

99 CIO

201
El Capito
Borle
Mantás

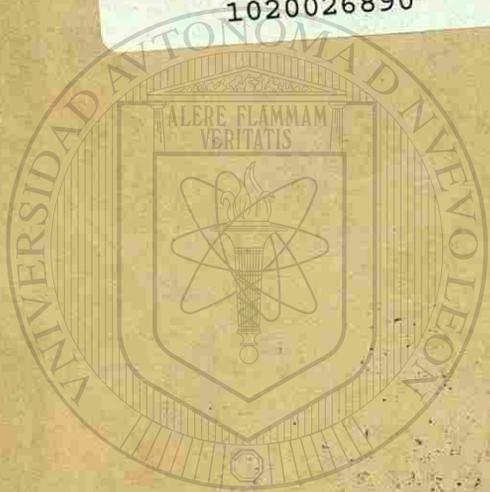
DVILA
ORTA

La Fuente de Capuarville
En las Campas

P02499
C38



1020026890

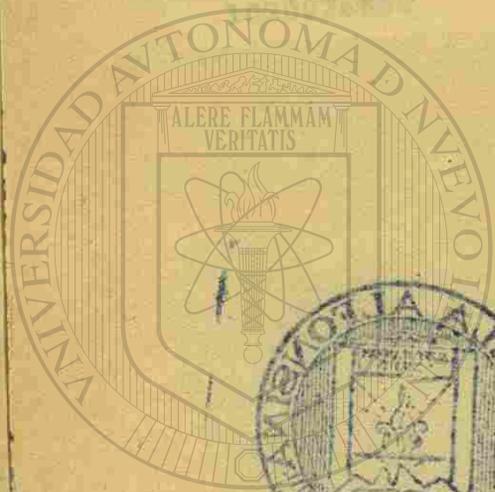


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL CAPITAN BURLE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO COARRRUBIAS
RICARDO COARRRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA ROSA
OBRAS ESCOGIDAS DE LOS MAS CELEBRES AUTORES

EL CAPITÁN BURLE

— 72 —
NANTAS

POR
EMILIO ZOLA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

101179

ADMINISTRACION

PLAZA DE TETUÁN, 50, PRAL
BARCELONA

30793

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
VALERE FLAMMI
VERITATIS

Num. N
Núm. At. 286c
Núm. Adg. 30793
Precedencia - 8 -
Precio
Fecha
Clasifico
Catalogo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA

Establecimiento tipográfico «La Ibérica»

843
Z.



PQ 2499

C38

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

La traducción es propiedad
del editor

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL CAPITAN BURLE

I

Eran las nueve de la noche. La pequeña ciudad de Vauchamp acababa de entregarse al sueño, muda y negra, bajo una helada lluvia de noviembre. En la calle de los Recoletos, una de las más estrechas y desiertas del barrio de San Juan, quedaba una ventana iluminada en el tercer piso de una antigua casa cuyos canalones rotos lanzaban torrentes de agua. Era que la señora de Burle velaba ante un escaso fuego de troncos de vid, mientras su nieto Carlos estudiaba á la claridad de una lámpara.

El piso, alquilado por ciento sesenta francos anuales, se componía de cuatro enormes piezas que no se llegaba á calentar en invierno. La señora de Bur-

843
Z.



PQ 2499

C38

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

La traducción es propiedad
del editor

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL CAPITAN BURLE

I

Eran las nueve de la noche. La pequeña ciudad de Vauchamp acababa de entregarse al sueño, muda y negra, bajo una helada lluvia de noviembre. En la calle de los Recoletos, una de las más estrechas y desiertas del barrio de San Juan, quedaba una ventana iluminada en el tercer piso de una antigua casa cuyos canalones rotos lanzaban torrentes de agua. Era que la señora de Burle velaba ante un escaso fuego de troncos de vid, mientras su nieto Carlos estudiaba á la claridad de una lámpara.

El piso, alquilado por ciento sesenta francos anuales, se componía de cuatro enormes piezas que no se llegaba á calentar en invierno. La señora de Bur-

le dormía en la más vasta; su hijo el capitán cajero se había quedado la que daba á la calle, junto al comedor, y Carlitos con su cama de hierro, estaba perdido en el fondo de un inmenso salon de enmohecidas paredes.

Junto á la chimenea, la señora de Burle estaba recostada en el fondo de un sillón de terciopelo amarillo, contemplando humear la última cepa, con esas miradas fijas y vacías de expresión propias de los ancianos que reviven en sí mismos. Así permanecía horas enteras; era alta, de largo y grave rostro cuyos delgados labios no sonreían nunca. Viuda de un coronel, muerto en visperas de ascender á general, y madre de un capitán á quien había acompañado hasta en sus campañas, guardaba una tiesura militar y se había formado unas ideas del deber, el honor y el patriotismo que la hacían permanecer rígida, como disecada bajo la rudeza de la disciplina. Raras veces se le escapaba una queja. Cuando su hijo se quedó viudo, cinco años después de su matrimonio, había tenido naturalmente que cuidar de la educación de Carlos y lo hacía con la severidad de un sargento encargado de instruir reclutas. Vigilaba al niño sin tolerarle un capricho ni una irregularidad, obligándole á velar hasta media noche y velando ella misma, si no había cumplido todos sus deberes. Carlos, de complexión delicada, crecía muy

pálido, bajo aquella regla implacable, con la faz iluminada por hermosos ojos, muy grandes y muy claros.

En sus prolongados silencios, la señora de Burle no daba vueltas más que á una misma idea: su hijo había defraudado sus esperanzas. Esto bastaba para ocuparla, para que rehiciese su vida, desde el nacimiento del pequeño, á quien veía llegar á los más altos grados en medio del estrépito de la gloria, hasta aquella estrecha existencia de guarnición, aquellos días tristes y siempre parecidos, aquella caída en el cargo de capitán cajero, del que no saldría y en el que iba apoltronándose. Sin embargo, sus comienzos le habían llenado de orgullo, haciéndole creer que se realizaría su sueño, pues Burle, apenas salió de la escuela de Saint Cyr distinguióse en la batalla de Solferino, tomando con un puñado de hombres toda una batería enemiga, por cuyo hecho se le condecoró, los periódicos hablaron de su heroísmo y adquirió renombre de uno de los oficiales más bravos del ejército. Y lentamente el héroe engordó, se anegó en su carne y consagróse á una existencia feliz, inerte y cobarde. En 1870 no era más que capitán; hecho prisionero en el primer encuentro, volvió furioso de Alemania, jurando que no le harían batirse más, pues le parecía esto una barbaridad, y como no podía dejar el ejército, pues era

incapaz de otra ocupación, consiguió hacerse nombrar capitán cajero, un nicho, como decía él, donde al menos le dejarían reventar tranquilo. Aquel día la señora de Burle sintió una gran amargura, al comprender que todo había concluido y desde entonces conservó su tiesa actitud, con los dientes apretados.

Penetró el viento por la calle de los Recoletos y un ramalazo de lluvia dió furiosamente contra los cristales. La anciana separó los ojos de los sarmientos que se apagaban para cerciorarse de que Carlos no se dormía sobre su traducción latina. Aquel niño de doce años era la última esperanza á que se agarraba su sed de gloria. Al principio le había profesado el mismo aborrecimiento que á su madre, una obrerilla encajera, linda, delicada con quien el capitán, loco de deseo y no pudiendo conseguirla, había cometido la locura de casarse. Luego, muerta la madre y consagrado el padre á sus vicios, la señora de Burle volvió á soñar ante aquel pobre y macilento ser, al que educaba trabajosamente. La anciana quería que fuese fuerte, que fuese el héroe que su padre no había querido ser; y pese á su severa frialdad, le observaba ansiosamente crecer palpándole los miembros y tratando de imbuirle valor en el cerebro. Poco á poco, ofuscada por la pasión, llegó á creer que al fin tenía un hombre en su familia. El

niño, de naturaleza tierna y soñadora, profesaba físico horror al oficio de las armas; pero como su abuela le daba un miedo horrible y él era muy dulce y muy obediante, repetía cuanto ella le decía, resignándose á ser militar, cuando llegara el tiempo.

La señora de Burle observó que la traducción no adelantaba. Carlos, aturdido por el ruido de la tempestad, dormía con los ojos abiertos sobre el papel y la pluma en la mano. Entonces la anciana pegó con sus secos dedos sobre la mesa y el niño dió un salto, abrió el Diccionario y se puso á hojearlo febrilmente, mientras su abuela, siempre silenciosa, acercó los sarmientos y trató de reanimar el fuego sin poder lograrlo.

En el tiempo en que creyó en su hijo, habiase despojado por él de todo, y él le había comido sus pequeñas rentas, á impulso de pasiones que la anciana no quería profundizar. Aun en aquellos momentos, el capitán saqueaba la casa, todo iba á parar á la calle; se vivía en la miseria, las habitaciones estaban desmanteladas, la cocina fría; pero la viuda no hablaba jamás á su hijo de tales cosas: se lo impedía su respeto á la disciplina, pues él era el amo. Lo único que de vez en cuando le hacía estremecerse, era la idea de que Burle podía cometer algún disparate que impidiese á Carlos entrar en el ejército.

La anciana se levantó para ir á la cocina en busca de un sarmiento, cuando una terrible borrasca que descargó sobre la casa, sacudió las puertas, arrancó una persiana, desvió la dirección del agua de las rotas canales cuyo torrente inundó los balcones; y en medio de aquel estrépito, oyóse el ruido de la campanilla. ¿Quién podía ser á tal hora y con tal tiempo? Burle no volvía nunca antes de media noche... cuando volvía. La anciana abrió y presentóse un militar, chorreando y lanzando ternos.

—¡Voto á Sanes!... ¡Qué tiempo tan perro!

Era el mayor Laguitte, un valiente que había servido á las órdenes del coronel Burle, en los buenos tiempos de la viuda. Procedente de la clase de tropa, había llegado por su bravura, mucho más que por su inteligencia, al grado de comandante, cuando el encogimiento de una pierna, por consecuencia de una herida, le había obligado á aceptar el cargo de mayor. Cojeaba ligeramente, pero no había que decirselo, pues se negaba á confesarlo.

—¿Es usted, mayor?—dijo la anciana, cada vez más sorprendida.

—¡Sí! ¡Por vida de Dios!—gruñó Laguitte, sacudiéndose el agua.

Luego miró en torno suyo y añadió:

—Necesito absolutamente ver á Burle... ¿Se ha acostado ya ese holgazán?

—No, todavía no ha vuelto,—repuso la anciana con su duro acento habitual.

—¡Cómo! ¡No ha vuelto! ¡Pues entonces se han burlado de mí en su café!... ¿sabe usted?... el de Melania... Hay allí una criada que me ha dicho que el capitán se había ido ya á acostar... ¡Por algo sentí tentaciones de tirarle de las orejas!

—¿Es al mismo capitán á quién necesita usted hablar?

—¡Sí!

—¿Y no puedo yo participarle lo que usted me diga?

—¡No!

La anciana no insistió; pero permaneció en pie mirando fijamente al mayor que parecía no resolverse á partir y que, dejándose llevar de nuevo por la cólera, exclamó:

—¡Peor para él! ¡Voto al diablo! Ya que he venido, se lo dire á usted todo. Acaso sea mejor.

Y se sentó ante la chimenea, mientras la viuda iba á recobrar su butaca, cuando observó que Carlos había vuelto á quedarse dormido. Dirigióse entonces á despertarle; pero el mayor la detuvo diciendo:

—No, no, deje usted al pobre que duerma. No es muy divertido lo que he de decir y vale más que no lo oiga.

La anciana volvió á sentarse y hubo un momen-

to de silencio mientras los dos se contemplaban.

—Pues bien, ello es preciso... —dijo al fin el mayor, apoyando sus palabras con un furioso movimiento de la barba.—¡Ese puerco de Burle la ha hecho buena!

La viuda no se estremeció, limitándose á palidecer y conservando su tiesura. Laguitte prosiguió:

—Yo lo sospechaba y había pensado hablar á usted del asunto. Burle gastaba mucho y tenía un aire estúpido que no me agradaba; pero no lo podía creer... ¡Ah! ¡Voto al demonio! ¡Es preciso ser muy bestia para hacer porquerías semejantes!

La anciana presentó con claridad la cuestión, preguntando:

—¿Ha robado algo?

—¡Nunca se lo podrá usted imaginar!... Yo no examinaba nada; le aprobaba las cuentas, ponía firmas... Y estaba tranquilo. Sin embargo, desde hace un mes, como él tiene esa cabeza y me contaba cosas no muy limpias, empecé á fijarme; pero me pareció que todo estaba en orden, que todo se llevaba bien...

Detúvose ahogado por una oleada de furor y gritó:

—¡Por vida de...! ¡Voto á...! ¡No es su bribonada lo que me indigna sino el modo repugnante con que se ha portado conmigo!... ¡Se me ha... rifado! ¿entiende usted?... ¡Me ha debido tomar por un animal!...

—¿De modo que ha robado?—volvió á preguntar la anciana.

—Esta noche, cuando me levantaba yo de la mesa, se presentó Gagneux. Ya sabe usted quien es, el carnicero de la plaza de las Yervas. Un cochino bribón que logró la contrata de la carne y hace comer á mis pobres soldados todas las vacas tísicas del departamento... ¡Bueno! Le recibo como á un perro y me lo descubre todo... ¡Una cosa muy limpia! Parece que Burle no le daba nunca más que partidas á cuentas, un lío espantoso, un embrollo de cifras que el diablo no lo entiende. En fin, que Burle le debe dos mil francos y el carnicero habla de ir á contárselo todo al coronel, si no se le paga. Lo peor es que ese puerco de Burle, para pegármela, me daba cada semana un recibo falso de Gagneux... ¡A mí! ¡A un antiguo amigo semejante farsa! ¡Voto y revoto á todos los diablos!

El mayor se levantó, alzó los puños al techo y volvió á dejarse caer en su asiento, mientras la viuda repetía:

—Ha robado... así debía suceder.

Luego añadió sencillamente:

—Pero el caso es que no tenemos los dos mil francos; apenas si habrá unos treinta.

—¡Lo sospechaba!—dijo Laguitte—¿Y sabe usted á donde se va todo? A casa de la Melania, una mal-

dita piel que ha vuelto tonto á Burle. ¡Oh! Las mujeres... ¡Ya le dije yo que ellas le perderían... ¡Yo no sé como es ese animal!... Solo tiene cinco años menos que yo y todavía está en celo... ¡Vaya un temperamento!

Hubo un nuevo silencio. La lluvia redoblaba y, de vez en cuando, se oía el estrépito de las chimeas y las pizarras que el huracán derribaba.

—Veamos,—exclamó al fin el mayor poniéndose en pie.—Permaneciendo así, no se arregla nada, es preciso ver... ¡Ah! Si yo tuviese los dos mil francos...

Y se calló avergonzado. El, soltero, sin mujer, sin hijos, se bebía toda la paga y perdía al juego lo que la absenta y el cognac le dejaban; sin embargo, era un hombre honrado.

—No importa,—continuó ya en la antesala.—Voy á ver á ese bribón en casa de su doncella... Recorreré el cielo y la tierra... ¡Burle! El hijo de Burle, condenado por robo!... ¡Eso no puede ser!... ¡Sería el fin del mundo!... ¡Antes pegaría yo fuego á la población!... Y ¡rayos y truenos! no se apure usted... Todo esto es más humillante para mí...

Dió á la viuda un rudo apretón de manos y desapareció en la sombra de la escalera, mientras ella le alumbraba, levantando el quinqué. Cuando dejó este de nuevo sobre la mesa, la anciana permaneció

un instante inmóvil ante Carlos que continuaba durmiendo, con el rostro entre las hojas del Diccionario, y al contemplar aquella rubia cabeza, aquella faz dura y firme se enterneció; pero fué solo un momento, tras el cual la máscara recobró su expresión de fría é incontrastable voluntad. Pegó un golpe seco sobre la mano del niño y dijo:

—¡Carlos! ¡La traducción!

El niño se despertó asustado, tiritando, y volvió á hojear rápidamente el Diccionario. En aquel momento, el mayor Laguitte que cerró de golpe la puerta de la calle, recibió sobre la cabeza tal cantidad de agua que se escuchaban sus ternos entre el estrépito de la tempestad. Luego no se oyó más ruido que el de la lluvia y el roce de la pluma de Carlos sobre el papel. La señora de Burle había recobrado su puesto junto á la chinenea, y allí continuaba tiesa con los ojos en el fuego muerto, con su idea fija y en su actitud de todas las noches.

II

El Café de París, regentado por la viuda Melania Cartier, estaba en la plaza del Palacio, una plaza irregular, plantada de pequeños y polvorientos olmos. En Vauchamp se decía: —¿Vamos á casa de Melania? Al extremo de la primera sala, bastante

extensa, había otra, *el Diván*, muy estrecha, guarnecida de banquetas colocadas á lo largo de las paredes, con cuatro mesas de mármol en las esquinas. Allí era donde Melania, abandonando el mostrador, donde la reemplazaba su criada Eufrosina, pasaba la velada con algunos parroquianos, los íntimos, los que eran conocidos en la población por *esos caballeros del Diván*. Esto daba fama á un hombre; no se le nombraba nunca sino entre sonrisas que revelaban á la vez consideración y una sorda envidia.

Melania había quedado viuda á los veinticinco años. Su marido, un carretero que había dejado estupefacta á la población tomando el Café de París cuando murió un tío suyo, volvió un día, con la joven, de Montpellier, á donde hacía cada semestre un viaje para comprar licores. Había elegido la mujer que necesitaba para atraer parroquianos y animarlos á hacer gasto. Nunca se supo de donde la había sacado y no se casó con ella sino seis meses después de haberla ensayado en el mostrador. Por lo demás, en Vauchamp estaban divididas las opiniones respecto á Melania: unos decían que era una mujer soberbia, otros afirmaban que parecía un gendarme. Era una mujer alta, de facciones pronunciadas y cabellos ásperos que le caían sobre las cejas; pero nadie negaba su habilidad para encaprichar á los hombres. Tenía hermosos ojos y abusaba de ellos para

mirar fijamente á los caballeros del Diván que palidecían y se volvían suaves como un guante. Luego corrió el rumor que su cuerpo tenía excelentes formas, y en el Mediodía gusta mucho esto.

Cartier murió de un modo singular. Hablóse de una rifa entre los dos esposos y de un tumor formado por consecuencia de un puntapie en el vientre. Por otra parte, Melania se quedó bastante comprometida, pues el café prosperaba poco. El carretero se había gastado el dinero de su tío, bebiendo él mismo su absentia y jugando en su billar. Al principio se creyó que la viuda se vería obligada á vender el establecimiento; pero aquella vida la agradaba y, para una mujer, la instalación estaba completamente hecha. No necesitaba más que unos cuantos parroquianos: la sala grande podía quedar vacía; en consecuencia, se contentó con empapelar de blanco y oro el Diván y renovar la tapicería de las banquetas. Allí, primeramente hizo compañía á un boticario; luego fueron acudiendo un fabricante de fideos, un abogado y un juez jubilado. De este modo, el café continuó abierto, aunque el camarero apenas despachase veinte consumaciones al día. La autoridad toleraba el establecimiento porque se guardaban las conveniencias y porque, de querer profundizar, hubieran resultado comprometidas muchas personas respetables.

Por la noche, en la gran sala, cuatro ó cinco burghueses de la vecindad solían jugar una partida de dominó. Cuando Cartier murió, vieron que el Café de París tomaba un aspecto extraño; pero ellos no observaban nada y seguían sus costumbres. Como el camarero había llegado á ser inútil, Melania acabó por despedirle, y Eufrosina quedó encargada del servicio.

Una noche, los caballeros del Diván, que habían concluído por tolerarse mutuamente, recibieron una sorpresa muy desagradable al ver instalarse entre ellos al capitán Burle. Parece que por la mañana había entrado casualmente en el café á tomar absenta y encontrando sola á Melania, había estado hablando con ella. Por la noche, cuando volvió Eufrosina, le hizo pasar inmediatamente á la salita.

Dos días después, Burle reinaba allí, aunque sin haber puesto en fuga ni al farmacéutico, ni al fabricante de fideos, ni al abogado, ni al juez. El capitán, bajito y grueso, adoraba á las mujeres altas. En el regimiento le habían puesto el apodo de *Faldero* por su hambre continuo de mujer, por sus constantes apetitos que satisfacía donde y como fuese, con tanta mayor violencia cuanto más grande era el pedazo que podía morder. De aquí que Melania le dominó por completo, con irresistible poder y que, al cabo de quince días, cayese en la imbecilidad del

amante gordo que se vacía sin enflaquecer. Sus ojillos, anegados en su abotagado rostro, seguían por todas partes á la viuda, con mirada de perro castigado, y entregábase á verdaderos éxtasis ante aquella amplia faz hombruna, coronada por cabellos rudos como cerdas. Por miedo á que Melania le cortase los víveres, como él decía, toleraba á los demás caballeros del Divan y se dejaba allí hasta el último céntimo de la paga. Un sargento definió la situación diciéndole: —El Faldero ha encontrado su agujero y se quedará en él. ¡Era hombre perdido!

Serían cerca de las diez cuando el mayor Laguitte volvió á abrir con furia la puerta del Café de París, Mojado hasta los huesos, dejando tras sí un reguero de agua, se encaminó en derechura al mostrador, donde estaba Eufrosina leyendo una novela y exclamó:

—¡Estúpida!... ¿Eres tú la que te burlas de los militares?... Merecerías...

Levantó la mano y aparentó darle un golpe capaz de derribar un buey. La criadita retrocedió asustada, mientras los burghueses, con la boca abierta, volvían la cabeza sin comprender lo que pasaba. El mayor, sin perder tiempo empujó la puerta del Divan y cayó entre Burle y Melania, en el momento en que ambos se hallaban en amoroso coloquio y cuando ella, que necesitaba trescientos francos para el día

siguiente, halagaba al capitán dándole á cucharaditas un grog y diciéndole:

—¡Toma! Rico de tu mamá... ¿Quién te quiere á tí? ¡Dame el piquito!

El capitán, con el rostro echando fuego y los ojos adormilados, chupaba la cuchara con profundo placer.

—¡Por vida del demonio!—exclamó el mayor.— ¿Te haces guardar ahora por las mujeres?... Me dijeron que no habías venido, me pusieron en la puerta, y tú estabas ahí, chupa que chupa.

Burle, rechazando el grog, se estremeció. Melania, demostrando irritación, levántose, como para cubrirle con su cuerpo; pero Laguitte la miró cara á cara, con ese aire tranquilo y resuelto que conocen perfectamente las mujeres amenazadas de recibir un bofetón.

—Déjenos ustedes solos,—dijo sencillamente,

Cuando se vió obedecido Laguitte se puso en frente del capitán, se cruzó de brazos, encorvose y á plena voz exclamó:

—¡Puerco!

Burle se dispuso á incomodarse; pero el mayor no le dió tiempo y continuó:

—¡Calla! Te has burlado súciamente de un amigo... Me has hecho tragar recibos falsos que podían llevarnos á los dos á presidio. ¿Es eso limpio?

¿Se permite nadie esas bromas con un amigo de treinta años?

Burle se dejó caer de nuevo en su asiento, poniéndose lívido. El mayor continuó dando vueltas entorno de él y pegando puñetazos en las mesas,

—¡Has robado como un curial... y todo por ese camello... ¡Aun si lo hubieras hecho por tu madre, tendrías disculpa, Pero ¡rayos y truenos! lo que más rabia me da es que en tu casa se pasan hambres y traes aquí todo tu dinero... y el que no es tuyo... ¿Dime? ¿Que tienes en la cabeza para amelonarte así con ese sargento de caballería?... No mientas, hace poco que os he visto á los dos haciendo porquerías.

—Tú, en cambio, juegas...—murmuró el capitán,

—¡Sil Yo juego ¡rayos y centellas!—repuso el mayor, á quien la observación aumentó la cólera,—yo soy un condenado puerco de jugador, porque las cartas me llevan toda mi paga, y esto no es honroso para el ejército; pero ¡voto al demonio!... Revienta, si quieres, deja morir de hambre á tu vieja y al muchacho ¡pero respeta la caja y no comprometas á los amigos!

Calló de nuevo. Burle continuaba con la vista fija y el aire entontecido. Durante un momento no se oyó más ruido que el de las botas del mayor.

—¡Y ni un céntimo!—continuó éste violentamente.—¿No te ves ya entre gendarmes? ¡Ah! ¡Puerco!

De pronto se calmó y cogiendo por la muñeca al capitán, le puso en pie diciendo:

—Vamos, ven; es preciso intentar en seguida cualquier cosa, pues no quiero irme á acostar con semejante peso... Tengo una idea.

En el salón grande Melanía y Eufrosina hablaban con viveza á media voz. Cuando salieron los dos hombres, Melanía se atrevió á acercarse para decir á Burle con voz aflautada:

—¡Cómo! Capitán ¿se va usted ya?

—Sí, se marcha,—repuso brutalmente Laguitte;—y supongo que no volverá á meterse más en tan sucio agujero.

La criadita asustada, tiró á su ama de la ropa y tuvo la desgracia de murmurar la palabra *borracho*. Entonces el mayor dejó escapar el bofetón que guardaba en la mano desde hacía un rato. Las dos mujeres se bajaron y no alcanzó más que al moño de Eufrosina, á quien aplastó la cofia y rompió la peineta, excitando la indignación de los burgueses.

—¡Voto al diablo!—dijo Laguitte empujando al capitán.—Vamos pronto, porque sino voy á concluir con todos los de ahí dentro.

—¿Sabes?—continuó metiéndose en un charco hasta la rodilla y después de lanzar un rosario de ternos.—Vamos á casa de Gagneux... Yo subiré y tú me esperarás á la puerta... Quiero saber lo que ese ban-

dido tiene en el cuerpo y si se atreviera mañana á presentarse al coronel, como me ha amenazado que lo haría... ¡Voto á mil bombas...! ¡Comprometerme con un carnicero! ¡Ah! ¡No se dirá que eres orgullo. so... y eso es lo que no te perdonaré jamás.

La entrevista duró una hora, que pasó para el capitán sin que se diera cuenta de ello. Laguitte salió de casa del carnicero con aire sombrío y Burle no se atrevió á interrogarle. Echaron á andar por las calles oscuras, donde el agua corría como en el lecho de un torrente. El mayor, encerrado en su silencio, ni siquiera juraba; sin embargo, al volver á pasar ante el café de París, dió un golpe en el hombro á Burle, diciendo,

—¡Si vuelves á entrar en ese agujero...!

—¡No hay miedo!—repuso el capitán sin dejarle concluir,

Y le tendió la mano, pero el mayor repuso.

—Yo, no, te acompaño hasta tu casa... Así, al menos estaré seguro de que no volverás esta noche.

Al llegar á la calle de los Recoletos y ya con la llave en la mano, el capitán se decidió á preguntar.

—¿Qué hay?

—¿Qué hay?—respondió el mayor.—¡Hay que soy tan puerco como tú! ¡Que acabo de hacer una porquería... ¡Voto á mil legiones de demonios! ¡Elévete el diablo, pues por tu culpa, nuestros soldados se-

guirán comiendo carne podrida tres meses más.

Y le explicó que Gagneux, el repugnante Gagneux le había obligado á aceptar un trato: el carnicero no iría á ver al coronel y perdería los dos mil francos, reemplazando los recibos falsos por otros firmados por él, pero el mayor se comprometía á que en la próxima subasta se le adjudicase el suministro de la carne.

—¿Eh?—dijo Laguitte,—¿Debe hacer negocio ese animal cuando así nos regala dos mil francos?

Burle, ahogado por la emoción, estrechó las manos de su antiguo amigo y no pudo sino murmurar confusas frases de agradecimiento.

—¡Pase por la primera vez!—gruñó el mayor.—Era preciso... ¡Voto al demonio...! ¡No haber tenido siquiera dos mil francos en el cajón...! ¡Es para hacerle á uno aborrecer los cuartos...! ¡Peor para mí... Soy un don Nadie... Pero, oye, no vuelvas á empezar, porque no estoy dispuesto á hacer más porquerías.

El capitán le abrazó y se metió en su casa. El mayor permaneció un instante quieto á la puerta, para cerciorarse de que Burle se acostaba, luego; como eran las doce y continuaba lloviendo, volvió trabajosamente á su casa. La idea de sus soldados le apenaba. Detúvose y dijo en voz alta, con voz llena de tierna piedad:

—¡Los pobres muchachos van á comer vaca tísica por valor de dos mil francos!

III

En el regimiento causó verdadera estupefacción la noticia de que el Faldero había roto con Melanía. Al cabo de ocho días el hecho resultó indudable; el capitán no había vuelto á poner los pies en el café de París y se decía que su puesto, caliente aún, había sido ocupado por el boticario, con gran pesar del juez jubilado. Y cosa todavía más increíble ¡Burle vivía encerrado en su casa! Decididamente se reformaba, hasta el punto de pasar las veladas junto á la chimenea, repasando las lecciones á Carlitos. Su madre, que de nada se había dado por entendida, conservaba respecto á él la misma severa tiesura; pero sus miradas decían que le juzgaba curado.

Quince días después, el mayor fué una tarde á convidarse á comer en casa de su amigo, no sin haber vacilado antes, temeroso de excitar á éste tristes recuerdos; pero, supuesto que se corregía, no quiso dejar de darle un apretón de manos y tomar un bocado con él, lo cual de seguro le agradaría.

Cuando Laguitte se presentó, recíbióle la anciana, pues Burle estaba en su cuarto. Después de haber dicho que se quedaba á comer, añadió:

guirán comiendo carne podrida tres meses más.

Y le explicó que Gagneux, el repugnante Gagneux le había obligado á aceptar un trato: el carnicero no iría á ver al coronel y perdería los dos mil francos, reemplazando los recibos falsos por otros firmados por él, pero el mayor se comprometía á que en la próxima subasta se le adjudicase el suministro de la carne.

—¿Eh?—dijo Laguitte,—¿Debe hacer negocio ese animal cuando así nos regala dos mil francos?

Burle, ahogado por la emoción, estrechó las manos de su antiguo amigo y no pudo sino murmurar confusas frases de agradecimiento.

—¡Pase por la primera vez!—gruñó el mayor.—Era preciso... ¡Voto al demonio...! ¡No haber tenido siquiera dos mil francos en el cajón...! ¡Es para hacerle á uno aborrecer los cuartos...! ¡Peor para mí... Soy un don Nadie... Pero, oye, no vuelvas á empezar, porque no estoy dispuesto á hacer más porquerías.

El capitán le abrazó y se metió en su casa. El mayor permaneció un instante quieto á la puerta, para cerciorarse de que Burle se acostaba, luego; como eran las doce y continuaba lloviendo, volvió trabajosamente á su casa. La idea de sus soldados le apenaba. Detúvose y dijo en voz alta, con voz llena de tierna piedad:

—¡Los pobres muchachos van á comer vaca tísica por valor de dos mil francos!

III

En el regimiento causó verdadera estupefacción la noticia de que el Faldero había roto con Melanía. Al cabo de ocho días el hecho resultó indudable; el capitán no había vuelto á poner los pies en el café de París y se decía que su puesto, caliente aún, había sido ocupado por el boticario, con gran pesar del juez jubilado. Y cosa todavía más increíble ¡Burle vivía encerrado en su casa! Decididamente se reformaba, hasta el punto de pasar las veladas junto á la chimenea, repasando las lecciones á Carlitos. Su madre, que de nada se había dado por entendida, conservaba respecto á él la misma severa tiesura; pero sus miradas decían que le juzgaba curado.

Quince días después, el mayor fué una tarde á convidarse á comer en casa de su amigo, no sin haber vacilado antes, temeroso de excitar á éste tristes recuerdos; pero, supuesto que se corregía, no quiso dejar de darle un apretón de manos y tomar un bocado con él, lo cual de seguro le agradaría.

Cuando Laguitte se presentó, recibíole la anciana, pues Burle estaba en su cuarto. Después de haber dicho que se quedaba á comer, añadió:

—¿Qué hay de bueno?

—Todo va bien,—repuso la viuda.

—¿Nada sospechoso?

—Absolutamente nada... Se acuesta á las nueve, no ha salido ni una vez y parece muy satisfecho.

—¡Voto al diablo! ¡Así me gusta!—exclamó el mayor.—Ya sabía yo que era preciso sacudirle... ¡Todavía tiene corazón, ese animal!

Cuando Burle se presentó, el mayor le estrechó las manos casi hasta deshacérselas; y junto á la chimenea, antes de ponerse á la mesa, se habló tranquilamente celebrando las dulzuras del hogar doméstico. El capitán declaró que no cambiaría el suyo por un reino. La buena conducta no le hacía adelgazar, lejos de ello, aún había engordado, tenía hinchados los ojos y los labios abultados, y medio durmiendo, repetía:

—¡La vida de familia!... ¡No hay nada mejor!... ¡Ah!... ¡La vida de familia!

Laguitte se quedó sorprendido al ver á una muchacha que se presentó á poner la mesa.

—¡Calle!—dijo.—¿Han tomado ustedes criada?

—Ha sido preciso,—respondió la viuda suspirando.—Mis piernas ya no me ayudan y toda la casa estaba abandonada... Por fortuna, el tío Cabrol me ha traído á su hija... No sabía que hacer con Rosa y yo la enseño algo de cocina...

La criada salió.

—¿Qué edad tiene?—preguntó Laguitte.

—Diez y siete años. Es bestia, es sucia; pero no la doy más que diez francos al mes y no come más que sopa.

Cuando Rosa volvió con una pila de platos, el mayor se fijó en ella y admiróse de que hubiera una mujer tan fea. Era pequeña, muy negra, ligeramente jorobada, con cara de torta, nariz chata, boca desmesurada, y unos ojillos verduzcos; sus anchas caderas y sus largos brazos le daban un aspecto de fortaleza.

—¡Rayos y truenos! ¡Qué fauces!—exclamó el mayor, cuando la muchacha salió de nuevo para buscar el salero.

—¡Bah!—murmuró con indiferencia Burle.—Es muy complaciente; hace todo lo que se le manda y siempre sirve para fregar los platos.

La comida fué agradable. Había cocido y guisado de carnero. Se hizo referir á Carlos historias de su colegio y la viuda le preguntó repetidas veces:

—¿Verdad que quieres ser militar?

—Sí, abuelita,—repuso el niño, con la temerosa obediencia del perro sabio.

Rosa, cuyos pesados talones hacían saltar la mesa, cuando daba vueltas en torno de ella, no había abierto aún la boca. De pronto se plantó ante el ca-

pitán, que comía lentamente, como adormilado, y le preguntó con voz ronca:

—¿Quiere usted queso?

—¿Eh? ¿Qué?—exclamó Burle estremeciéndose. ¡Ah! Sí; que no... sujeta bien el plato.

Y cortó un pedazo de gruyere, mientras la chica le miraba con sus redondos ojillos. Laguitte se reía. Desde el principio de la comida, Rosa le divertía extraordinariamente. Acercóse al oído del capitán y le dijo en voz baja:

—¡Es aplastante!... ¡No hay quien tenga una nariz y una boca como esas! Envíala un día á casa del coronel para que la vea; eso le distraerá.

Tanta fealdad le hacía gozar y quiso contemplarla de cerca,

—Dí, muchacha ¿y yo? También quiero queso.

La chica le presentó el plato, y él se puso á mirarla y á reír, al observar que tenía un agujero de la nariz más grande que el otro. Rosa, muy seria, se dejaba examinar, esperando á que el mayor acabase de reír.

Luego quitó la mesa y desapareció. Burle se durmió inmediatamente, mientras el mayor y la viuda charlaban, Carlos volvió á sus ocupaciones. A las nueve el capitán se despertó bostezando y dijo que se iba á acostar; pidió perdón por ello, pero se le cerraban los ojos á pesar suyo. Media hora después,

cuando el mayor se despidió, la viuda buscó en vano á Rosa para que le alumbrara; sin duda debía haberse retirado á su cuarto.

—Es una marmota,—dijo la anciana.—Duerme doce horas seguidas, lo mismo que un leño.

—No moleste usted á nadie,—repuso Laguitte.—Mis piernas no son mejores que las de usted, pero agarrándome al pasamanos, no me caeré... En fin, señora, estoy muy contento; las penas de ustedes han terminado... He examinado á Burle y estoy seguro de que no oculta ningún enredo... ¡Voto al diablo!... Ya era hora de que renunciase á las faldas...

El mayor se marchó lleno de gozo.

Lo que más le encantaba de aquella conversión era que así no tenía necesidad de continuar examinando las cuentas del capitán. Nada le fastidiaba tanto como los papelotes, y desde el momento en que Burle se había corregido, podía el fumar su pipa y firmar con los ojos cerrados; sin embargo, no dejaba de vigilar. Los recibos eran buenos; los totales se equilibraban admirablemente; no había ninguna irregularidad. Al cabo de un mes, no hacía ya más que hojear los recibos y mirar los totales, que era lo que siempre había hecho antes; pero una mañana, no por desconfianza, sino simplemente porque estaba encendiendo una pipa, sus ojos permanecían fijos en una suma y maquinalmente observó un error: el total

estaba forzado en trece francos, para que resultase bien el balance. Esto le pareció sospechoso, más no dijo nada á Burle y se prometió repasar las sumas. A la semana siguiente comprobó un nuevo error de diez y nueve francos. Entonces lleno de inquietud se encerró con los registros y pasó una mañana abominable, repasando, sumando, jurando, sudando, con la cabeza llena de cifras. Y á cada suma, comprobaba un robo de unos cuantos francos, verdaderas miserias; habia faltas de diez, de ocho, de once francos; en las últimas sumas, se reducian aquellas á cuatro y á tres francos, y hasta habia una de franco y medio. Desde hacia ya dos meses, el capitán merma así los escudos de su caja y examinando las fechas, el mayor pudo cerciorarse de que la famosa lección habia aprovechado á Burle... ocho dias justos. Este descubrimiento acabó de exasperarle.

—¡Por vida de...! ¡Voto á...!—exclamaba dando puñetazos sobre los libros.—¡Esto todavía es más sucio que los recibos de Gagneux...! ¡Está al nivel de un cocinera que sisa diez sueldos del dinero de la compra...! ¡Arañar en las sumas...! ¡Robar franco y medio...! ¡Sé más orgulloso, puerco...! ¡Llévate la caja y vé á comértela con las actrices...!

La vergonzosa miseria de aquellos robos le indignaba; y la idea de que habia sido engañado por un medio tan sencillo y tan estúpido, acababa de sa-

carle de tino. Levantóse, se paseó durante una hora por su cuarto, fuera de sí, no sabiendo que hacer y hablando en alta voz.

—Decididamente, es hombre perdido. Precisa proceder con seriedad... Aunque le diese una paliza cada mañana, no le impediría que por las tardes se guardase dos ó tres francos... Pero ¡rayos y truenos! ¿Donde se come ese dinero? No sale y se acuesta á las nueve y en su casa todo parece muy arreglado... ¿Tendrá ese marrano otros vicios ocultos?

Púsose de nuevo á la mesa, reunió las cantidades sustraídas y vió que ascendían á quinientos cuarenta y cinco francos. ¡Donde buscar ese dinero! Precisamente se acercaba el día de la inspección y bastaba que al coronel se le antojase repasar una suma para que la trampa se descubriese. Esta vez Burle estaba perdido.

Tal idea calmó la mayor. Dejó de jurar y permaneció helado, con la imagen de la viuda, rígida y desesperada, ante él; al mismo tiempo, estaba tan apurado por la parte que le correspondía, que se hallaba á punto de ahogarse.

—Veamos,—murmuró,—ante todo es preciso que yo conozca el juego de ese cerdo... Luego habrá tiempo para ver lo que se hace.

Dirigióse á la oficina de Burle y desde la acera de enfrente, vió una falda que desaparecía

puerta entreabierta. Creyendo haber dado con el secreto, deslizóse detrás de ella y escuchó. Era Melania, pues la reconoció en la voz; se quejaba de los caballeros del Divan, hablaba de un pagaré que no sabía cómo satisfacer; los aguaciles estaban en su casa y le iban á vender todo. Luego, como el capitán respondiese que no tenía un cuarto, rompió á llorar, le tuteó, le llamó "*rico de su mamá*". Pero por más que empleó todos sus grandes recursos, sus seducciones no produjeron el menor efecto, pues la voz sorda de Burle repetía:

—¡Imposible! ¡Imposible!

Al cabo de una hora Melania se retiró furiosa. El mayor admirado del giro que tomaban las cosas, esperó un momento para entrar en la habitación donde el capitán se había quedado solo. Encontróle muy tranquilo, y á pesar de sus deseos de llamarle tres veces puerco, no le dijo nada, resuelto á saber antes la verdad.

—¿No era ese gendarme de Melania la que salía cuando yo entraba?—preguntó Laguitte.

Burle se encogió de hombros murmurando:

—Sí... Todavía viene á molestarme para que la dé doscientos francos; pero ¡yo! ni diez francos, ni diez sueldos.

—Pues mira,—repuso el otro tratando de sondearle,—me han dicho que habías vuelto á verla.

—¡Yo! ¡qué disparate! ¡Ya estoy harto de ese camello!

Laguitte se retiró preocupado ¿en qué podían haberse empleado los quinientos cuarenta y cinco francos? aquel bribón, al dejar las mujeres, se habría entregado al vino, y al juego? Entonces se prometió sorprenderle en su casa aquella misma noche, pues haciéndole hablar é interrogando á su madre, acaso lograría conocer la verdad.

La pierna le hacía sufrir cruelmente, así es que tocaban las nueve cuando llegó á casa del capitán. La puerta de la calle estaba entreabierta. Lleno de fatiga subió hasta el tercer piso y allí le sorprendió un rumor de voces que partía del superior; creyó reconocer la voz de Burle y continuó subiendo.

Fué á colocarse sin hacer ruido junto á la puerta de donde procedían las voces y se quedó con la boca abierta: los que hablaban eran el puerco de Burle y el monstruo de Rosa.

—Me has prometido tres francos,—decía con rudeza la criada.—¡Dámelos!

—Querida, ya te los traeré mañana,—repuso el capitán con voz suplicante.—Hoy no he podido... pero ya sabes que cumplo siempre mis promesas.

—¡No! Dame los tres francos ó baja á tu cuarto.

Rosa debía estar desnuda ya y sentada en el borde de su catre, pues este crugía á cada uno de los

movimientos de ella. El capitán, en pie, pateaba de impaciencia. Acercóse á Rosa y dijo:

—No seas arisca. Déjame sitio.

—¡Márchate!—replicó la fámula.—Si no me das los tres francos, llamo y se lo digo todo á la vieja.

Y no salía de los tres francos, como un burro plantado que se niega.

Burle se incomodó; lloró; luego, para amansarla, sacó del bolsillo un tarro de confitura que había cogido del armario de su madre y que Rosa aceptó; poniéndose enseguida á vaciarlo, sin pan, con el mango de un tenedor que encontró sobre su cómoda. El dulce le gustó, más cuando el capitán creyó tenerla conquistada, le rechazó con igual obstinación que antes, repitiendo:

—¡Me importa un rábano la confitura! ¡Lo que yo quiero son los tres francos!

El mayor levantó el bastón con ánimo de partir la puerta en dos pedazos, pues se ahogaba de ira. ¡Voto á Crispo! ¡Maldita piel! ¡Y pensar que un capitán del ejército se rebajaba hasta tal punto! Olvidando la suciedad de Burle, Laguitte hubiese estrangulado á aquella mujer por su soez conducta. ¿Acaso debía regatear la que tenía una boca como la suya? ¡Ella era quien debía pagar!... Pero el deseo de oír el desenlace le contuvo.

—Me estas haciendo sufrir,—dijo el capitán,—

bien sabes que me he mostrado siempre complaciente contigo.—Te he regalado un traje, luego unos pendientes, después un relojito... ¡Y ni siquiera te has puesto ninguno de mis regalos!

—¡Claro! ¡Para echarlos á perder!... Mi padre me los guarda.

—¿Y el dinero que me has sacado?

—El me lo coloca.

Hubo un instante de silencio. Rosa reflexionaba.

—Oye,—dijo al fin.—Si me juras que mañana por la noche me traerás seis francos, consiento... Ponte de rodillas y jura que me los traerás... ¡No! ¡no! ¡de rodillas!

El mayor Laguitte, estremeciéndose, se alejó de la puerta y permaneció en el pasillo, pegado á la pared; flaqueábanle las piernas y en la sombría oscuridad de la escalera esgrimía el bastón como si fuera un sable. ¡Ah! ¡Voto al demonio! Ya comprendía porqué el puerco de Burle no salía de su casa y se acostaba á las nueve. ¡No estaba mala su conversión!... ¡Y con un desperdicio que el último de los quintos se hubiera desdeñado de recoger, de entre un monton de basura

—Pero ¡rayos y truenos!—dijo el mayor en voz alta:—¡para eso podía haber continuado con Melania!

¿Y que hacer? ¿Entrar y pegarles á los dos una

paliza? Tal fué su primera idea; pero luego tuvo compasión de la anciana. Lo mejor era dejarles encenagados en sus porquerías. Del capitán y no se sacaría nada de provecho. Cuando un hombre cae tan bajo, lo mejor que se puede hacer es echarle una paletada de tierra para concluir con él como con un animal podrido que envenena la atmósfera. Por más que se hiciera para sacarle de su abyección, volvería á comenzar al día siguiente, acabaría por robar monedas de cobre, para pagar refrescos á las chiquillas mendigas, llenas de piojos ¡Rayos y truenos! ¡Prostituir así el dinero del ejército francés!... ¡Y el honor de la banderal... ¡Y el apellido de Burle, ese respetable apellido que iba á concluir en el lodo. ¡Mil legiones de demonios! ¡No era posible acabar así!

El mayor se enterneció por un instante... ¡Si hubiese tenido los quinientos cuarenta y cinco francos!... ¡Pero ni un céntimo!... Dejó á los dos marraños haciendo el duo, bajó y llamó en casa de la viuda. Al cabo de más de cinco minutos, ella misma salió á abrir.

—Usted dispense,—dijo —Creí que estaba todavía levantada esa marmota de Rosa.. Tendré que ir á despertarla.

El mayor le detuvo

—¿Y Burle?—preguntó.

—¡Ah! Está durmiendo desde las nueve... ¿quiere usted llamar á su cuarto?

—No, no... Sólo deseaba dar á ustedes las buenas noches.

En el comedor, Carlos, ante la mesa, en su puesto ordinario, terminaba su traducción; pero su rostro tenía la expresión del terror y sus blancas manitas temblaban. Su abuela antes de mandarle á acostar, le leía descripciones de batallas para desarrollar en él el heroísmo de la familia. Aquella noche, la historia del *Vengador*, el buque cargado de moribundos que se había hundido en el mar, dejó al niño presa de una crisis nerviosa y con la cabeza como dominada por una horrible pesadilla.

La viuda pidió permiso al mayor para acabar la lectura y no cerró el libro hasta que el último marinero hubo gritado:—¡Viva la República!... Carlos estaba blanco como el papel.

—¿Te has enterado?—dijo la anciana.—El deber de todo soldado francés consiste en morir por la patria.

—Sí, abuelita.

La dió un beso en la frente y se marchó temblando de miedo, á acostarse en la habitación, donde el menor crujido de los muebles le daba escalofríos.

El mayor había escuchado con aire grave. Sí: rayos y truenos. El honor era el honor, y nunca deja-

ría él que el bribon de Burle deshonrase á aquella anciana y á aquel niño. Ya que al chico le gustaba tanto la milicia, era preciso que entrara en Saint-Cyr con la cabeza alta. Sin embargo, el mayor retrocedía aun ante una maldita idea que ya se le había metido en la cabeza al oír arriba lo de los seis francos. Cuando la viuda cogió el quinqué para acompañarle, al pasar ante la alcoba del capitán, la anciana se quedó sorprendida viendo la llave en la puerta cosa que no pasaba nunca.

—Entre usted,—dijo.—No le conviene dormir tanto... Se pone pesado.

Y antes que Laguitte pudiera impedirlo, abrió la puerta y se quedó helada al ver el cuarto vacío. El mayor se puso encarnado y en su aire atontado lo comprendió todo de pronto la viuda, recordando mil pequeños detalles.

—¡Usted lo sabía! ¡Usted lo sabía!—murmuró.—
¿Por qué no advertírmelo?... ¡A mi lado!... ¡Al lado de su hijo!... ¡Con esa fragona!... ¡Con ese monstruo!... ¡Y estoy segura de que ha robado otra vez!...

Permaneció un instante rígida y pálida, y luego añadió con dureza:

—¡Crea usted que preferiría verle muerto!

Laguitte la cogió ambas manos que tuvo un momento fuertemente apretadas entre las suyas; luego se marchó, pues tenía un nudo en la garganta y es-

taba á punto de llorar... ¡Rayos y truenos! Aquella vez estaba ya decidido á todo.

IV

La inspección general debía verificarse á fin de mes, de modo que el mayor podía disponer de diez días. Al día siguiente se dirigió cojeando al café de Paris, donde pidió un bock. Melania palideció. Eufrosina se resignó á servir lo pedido con el temor de recibir un nuevo cachete; pero el mayor parecía muy tranquilo. Hizo que le dieran una silla para que le sostuviera la pierna y luego bebió la cerveza como un hombre que tiene mucha sed. Al cabo de una hora, vió pasar á dos compañeros, el comandante Moraudot y el capitán Doucet y los llamó, agitando con violencia su bastón.

—¡Entren ustedes á tomar un bock!—les gritó cuando se acercaron.

Los invitados no se atrevían á rehusar, y cuando la criada les sirvió, preguntó Moraudot al mayor:

—¿Viene usted ahora aquí?

—Sí, la cerveza que dan es buena.

El capitán Doucet guiñó los ojos con aire maligno.

—¿Es usted ya de los del Divan?—interrogó.

Laguitte se echó á reír y no contestó. Entonces

dieron algunas bromas sobre Melania y se encogió de hombros con bonachonería, manifestando que aquella mujer tenía muy buen cuerpo y que los que más murmuraban de ella se darían por muy satisfechos con que les hiciera caso. Luego, volviéndose hacia el mostrador y poniendo una expresión amable, dijo:

—Señora, ¡más bocks!

Melania estaba tan sorprendida que se levantó y por sí misma sirvió la cerveza que se le pedía. Cuando llegó junto á la mesa, el mayor la detuvo y hasta se propasó á darle golpecitos en una mano que ella había puesto en el respaldo de una silla. Entonces, la viuda, habituada á aquellos modales, se mostró muy amable, creyendo que había sentido algún capricho aquel viejo derruido, como lo llamaba hablando con Enfrosina. Doucet y Moraudot se miraban.

¡Cómo! ¡El condenado mayor sucedía al Falderol! ¡Cómo iban á reirse en el regimiento!

De pronto, Laguitte, que no dejaba de mirar hacia la plaza del Palacio, por el hueco de la puerta que estaba abierta, exclamó:

—¡Calle! ¡Ahí está Burle!

—Sí, á esta hora viene siempre,—dijo Eufrosina acercándose también. El capitán viene todas las tardes, cuando sale de la oficina.

El mayor á pesar de lo que le molestaba la pierna se puso en pie y comenzó á sacudir las sillas, gritando:

—¡Eh! Burle. ¡Ven y tomarás un bock!

El capitán asombrado, no comprendiendo como se hallaba Laguitte en casa de Melania, con Doucet y Moraudot, acercóse maquinalmente. Aquello trastornaba sus ideas, hasta el punto de que se detuvo en el umbral vacilando todavía.

—¡Un bock!—pidió el mayor.

Y añadió volviéndose hacia su amigo:

—¿Qué te pasa? Entra y siéntate... ¿Tienes miedo de que te coman?

Cuando el capitán se sentó, medió un instante de malestar. Melania sirvió el bock con un ligero temblor de manos, temerosa de que se produjera un conflicto que la obligara á cerrar el establecimiento. La galantería del mayor la inquietaba y trató de esquivarse; pero Laguitte la invitó á tomar algo con los reunidos y, hablando en tono de amo, ordenó á Enfrosina que sirviera una copita de anisete. Melania se vió obligada á sentarse entre el capitán y el mayor, que repetía en tono agresivo:

—¡A mí me gusta que se respete á las señoras!... ¡Seamos caballeros, rayos y truenos!... ¡A la salud de Melania!

Burle, mirando su vaso, se sonreía con embarazo.

30793

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEX.

Los otros dos militares, extrañados de la actitud del mayor, habían intentado en vano marcharse. Por fortuna la sala estaba casi vacía; sólo los burgueses, en torno de su mesa, jugaban su acostumbrada partida, volviendo la cabeza á cada juramente que oían, escandalizados al ver tanta gente y proponiéndose amenazar á Melania con marcharse al café de la Estación si aquel local seguía invadido por la tropa.

—¿No trincas con la señora?—dijo rudamente el mayor.—¡Al menos sé cortés!

Y como Doucet y Morandot se levantaran de nuevo añadió:

—Esperad y nos iremos juntos... ¡Este animal no ha sabido nunca portarse como es debido!

Los dos militares permanecieron en pie, sorprendidos de la brusca cólera del mayor. Melania quiso poner paz, con su sonrisa de mujer fácil y poniendo las manos en los brazos de los dos hombres; pero Laguitte continuó:

—¡No! ¡Déjeme usted!... ¿Por qué no ha trincado éste?... Yo no permito que se la ofenda á usted... ¡y ya estoy harto de este puereol!

Burle, poniéndose pálido al oír aquel insulto, se levantó y dijo á Morandot:

—¿Qué diablos tiene? ¡Me llama para insultarme! ¿Acaso está borracho?

—¡Rayos y centellas! ¿Borracho yo?—gritó el mayor.

Y poniéndose en pie trabajosamente, pegó una bofetada al capitán. Melania apenas tuvo tiempo de bajarse para no recibir la mitad del cachete sobre una oreja. El barullo fué espantoso. Eufrosina comenzó á chillar en el mostrador como si la pegasen. Los burgueses aterrados se atrincheraron detrás de su mesa creyendo que todos aquellos militares iban á sacar los sables y á exterminarlos, y entretanto, Doucet y Morandot, sujetando al capitán que trataba de lanzarse sobre el mayor, le condujeron hacia la puerta, donde le calmaron un poco, echando la culpa de todo á Laguitte. El coronel decidiría, pues aquella misma noche le contarían el caso, como testigos presenciales. Cuando lograron que Burle se alejase, volvieron al café, donde Laguitte, muy conmovido y con los ojos empañados por las lágrimas, trataba de aparentar gran calma y acababa de beber su *bock*.

—Mayor,—dijo el comandante,—lo que ha hecho usted está muy feo. El capitán es un inferior y no se le puede autorizar á batirse con usted...

—¡Oh! Eso lo veremos,—repuso Laguitte.

—Pero ¿qué le ha hecho á usted? Ni siquiera le dirigía la palabra, y entre antiguos compañeros, es absurdo lo que ha pasado.

El mayor hizo un gesto y respondió:

—¡Tanto peor! ¡Ya me estaba reventando!

Y no salió de aquella respuesta. Nunca se supo nada más, pero no por eso fué menor el escándalo. En suma, la opinión de todo el regimiento fué que Melania, rabiosa al verse abandonada por el capitán, había hecho que le abofetease el mayor, quien, á su vez, había caído entre las garras de aquella y al que sin duda contó historias abominables. ¿Quién lo hubiera creído del vejestorio Laguitte y después de cuanto había hablado contra las mujeres? ¡A su vez, había caído!... Y pese al alboroto que se armó contra Melania, la aventura la puso en moda, considerándola como una mujer á la vez temida y deseada, y desde entonces el negocio del establecimiento prosperó.

Al día siguiente el coronel reunió al mayor y al capitán y les echó un sermón, acusándolos de deshonrar el ejército con su asistencia á sitios mal reputados. ¿Qué pensaba hacer, supuesto que no podían batirse? Esta era la cuestión que apasionaba al regimiento desde la víspera, pues mediando un bofetón parecían inadmisibles las excusas; sin embargo, como Laguitte, á causa del estado de su pierna, apenas se podía tener en pie, pensóse en la posibilidad de una reconciliación, si el coronel lo exigía.

—Veamos,—dijo éste:—¿me toman ustedes por árbitro?

—Perdone usted, mi coronel,—repuso el mayor.

—Traigo á usted mi dimisión. Aquí está y así se arregla todo. Sírvase usted señalar día para el duelo.

Burle le miró con aire de sorpresa. El coronel por su parte se creyó en el caso de hacerle algunas observaciones.

—La determinación que ha tomado usted es muy grave,—dijo.—Piense que sólo le faltan dos años para tener derecho al retiro...

Pero Laguitte le interrumpió de nuevo, diciendo en tono brusco:

—¡Eso es cuestión mía!

Perfectamente. Entonces voy á enviar la dimisión de usted y en cuanto esté aceptada señalaré día para el desafío.

Tal desenlace dejó estupefacto al regimiento. ¿Qué tenía en el cuerpo aquel rabioso mayor que así quería á todo trance cortarse el pescuezo con su antiguo compañero Burle? Volvióse á hablar de Melania y de la hermosura de sus formas, con las que soñaron todos los oficiales, inflamados por la idea de que debían ser muy buenas cuando ofuscaban así á viejos tan duros de cocer. El comandante Moraudot, que se tropezó con Laguitte, no le ocultó sus inquietudes: si no moría en el lance ¿cómo viviría? No tenía bienes y apenas si podía comer pan con la pensión de su

cruz y el importe de su retiro, reducido á la mitad. Mientras Morandot hablaba, Laguitte, con la mirada fija en el espacio, guardaba obstinado silencio; luego, cuando aquel trató de averiguar la causa de su odio contra Burle, se limitó á repetir:

—¡Ya me reventaba! ¡Peor para él!

Todas las mañanas la pregunta obligada en el regimiento era: —¿Ha llegado ya la dimisión?— Esperábase el duelo, y sobre todo se discutía acerca de su resultado. La mayor parte opinaba que Laguitte sería ensartado en menos de tres segundos, pues era absurdo querer batirse á su edad y teniendo una pierna paralizada que ni siquiera le permitiría tirarse á fondo; pero algunos meneaban la cabeza en señal de duda. Es verdad que Laguitte no había sido nunca un prodigio de inteligencia, que desde hacía veinte años se le citaba por su estupidez: mas en otros tiempos había sido el primer tirador del regimiento y, procediendo de la clase de tropa, había ganado las charreteras de comandante con la bravura del hombre sanguíneo que no tiene conciencia del peligro. Burle, por el contrario, tirador mediano, pasaba por cobarde: sería, pues, preciso ver en qué paraba aquello. Y la emoción aumentaba, porque la endiablada dimisión tardaba en llegar.

El más inquieto, el más transtornado de todos era el mayor. Transcurrieron ocho días; dos después de-

bia realizarse la inspección general y la dimisión no llegaba, Laguitte temblaba al pensar que podía haber abofeteado á su antiguo amigo y presentado la dimisión por puro placer y sin retrasar el escándalo un solo minuto. Muerto él, no tendría que presenciar lo que ocurriese, y si él mataba á Burle, como creía, echaríase inmediatamente tierra al asunto, se habría salvado el honor del ejército y el pequeño podría entrar en Saint-Cyr; pero ¡rayos y truenos! Los empleados del ministerio habían de darse prisa. El mayor no podía estarse quieto en ningún sitio; se le veía rondar ante el correo, acechar á los carteros, interrogar al escribiente del coronel, para enterarse; no dormía y poniéndose ya al mundo por montería, apoyábase en su bastón y cojeaba horriblemente.

La vispera de la inspección dirigíase á casa del coronel cuando se quedó paralizado al ver á pocos pasos á la viuda que llevaba á Carlos al colegio. No la había vuelto á ver, y ella, por su parte, tampoco había salido de casa. Sintióse desfallecer, se pegó á la pared para dejar paso; no se saludaron, lo que asombró al niño. La viuda, con aire frío y erguido el talle, rozó al mayor, sin extremecerse, y cuando hubo pasado, él la vió alejarse conmovido y, á la vez que contenía las lágrimas, murmuró:

—¡Rayos y truenos! ¡Ya no soy nadie.

Al entrar en casa del coronel, un capitán que allí estaba le dijo:

—¡Acaba de llegar el endiablado papel!

—¡Ah!—exclamó el mayor, palideciendo.

Y le pareció ver de nuevo alejarse á la anciana, con su implacable rigidez y llevando al niño de la mano, ¡Rayos y truenos! ¡Decir que había deseado tan ardientemente la llegada de aquel papel y que ahora le trastornaba y le abrasaba las entrañas!

El desafío se verificó á la mañana siguiente, en el patio del cuartel, detrás de una tapia. El viento era vivo y el sol lucía en todo su esplendor. Casi hubo necesidad de llevar á Laguitte. Uno de los testigos le daba el brazo, mientras él se apoyaba del otro lado en su bastón. Burle, hinchado el rostro de amarilla grasa, parecía dormir en pie como abrumado por una noche de bodas. No se cruzó una sola palabra, pues todo el mundo tenía ganas de acabar.

El capitán Doucet, que era uno de los testigos, cruzó los aceros, retrocedió y dijo:

—¡Adelante, señores!

Burle atacó inmediatamente, queriendo tantear á Laguitte y saber lo que debía esperar. Desde hacía diez días, aquel asunto era para él una pesadilla absurda, que no podía desechar. A veces experimentaba una sospecha, pero la alejaba de su cerebro

extremeciéndose, pues equivalía á su sentencia de muerte y resistíase á creer que un amigo apelase á tales recursos para arreglar los negocios. Además, la pierna de Laguitte le tranquilizaba algo: le daría un pinchazo en el hombro y todo habría terminado.

Durante cerca de dos minutos las espadas chocaron produciendo ese ruido peculiar del acero. Luego el capitán hizo un quite y quiso tirarse á fondo; pero el mayor, recobrando su puño de otros tiempos, hizo una terrible parada en quinta y, si hubiese contestado al ataque, el capitán hubiera sido atravesado de parte á parte. Burle se apresuró á romper, y palideció, sintiéndose á la merced de su adversario que acababa de perdonarle por aquella vez; comprendía al fin que se trataba de una ejecución.

Sin embargo, Laguitte, bien plantado sobre sus malas piernas, convertido en piedra esperaba. Los dos adversarios se miraban fijamente. En los turbados ojos de Burle apareció una súplica, una petición de indulto; sabía porque iba á morir y, como un niño, prometía no hacerlo más. Pero los ojos del mayor permanecieron implacables; el honor hablaba, ahogando la piedad del buen hombre.

—¡Acabemos!—murmuró entre dientes.

Entonces fué él quien atacó. Brilló un relámpago; la espada chispeó pasando de derecha á izquierda, retrocedió y con recto y fulminante avance fué

clavarse en el pecho del capitán, que cayó como una masa inerte sin lanzar un solo grito.

Laguitte soltó la espada, miró á aquel pobre animal de Burle, caído de espaldas, con el gordo vientre hacia arriba y repitió furioso, dominado por la emoción:

—¡Rayos, truenos y centellas! ¡Voto á mil legiones de demonios!

Apartáronle de allí. Tenía paralizadas ambas piernas y sus testigos hubieron de sostenerle á derecha y á izquierda, pues ni aun podía servirse del bastón.

Dos meses después, el anciano mayor se arrastraba tomando el sol por una desierta calle de Vau-champ, cuando se halló de nuevo frente á frente de la viuda de Burle y Carlitos, ambos de riguroso luto. Trató de evitar el encuentro, pero le costaba trabajo andar y se dirigían hacia él, sin retardar ni apresurar el paso. Carlos continuaba con su dulce y asustada expresión femenil; la viuda conservaba su rigidez, más dura que antes. Cuando Laguitte se ocultaba en el ángulo de una puerta para dejarles libre el paso, la anciana se detuvo bruscamente ante él y le tendió la mano. El mayor vaciló y concluyó por tomar la mano aquella y estrecharle, pero temblando de tal manera que sacudió el brazo de la viuda.

Hubo un momento de silencio y un cambio mutuo de miradas.

—Carlos,—dijo al fin la abuela,—estrecha la mano del mayor.

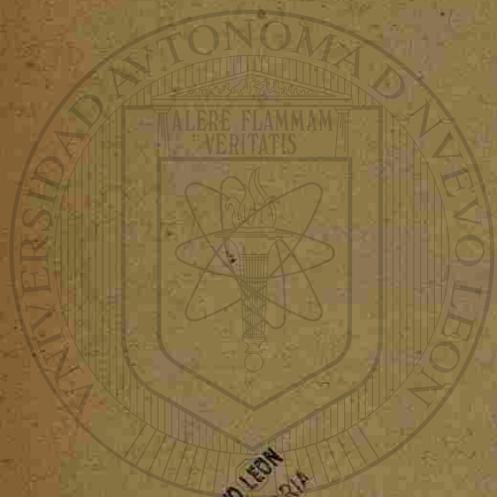
El niño obedeció sin comprender. El mayor se puso pálido y apenas se atrevió á rozar los delicados dedos del pequeño. Luego, puesto en el caso de decir algo, no encontró más que esta frase.

—¿Sigue usted en la idea de que entre en Saint-Cyr?

—Sin duda, en cuanto tenga la edad,—repuso la viuda.

A la semana siguiente, murió Carlos de una fiebre tifoidea. Una noche, su abuela, con ánimo de agredirle, le había vuelto á leer el combate del *Vengador*, y poco después el niño deliraba. Había muerto de miedo.

FIN



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, Mex.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

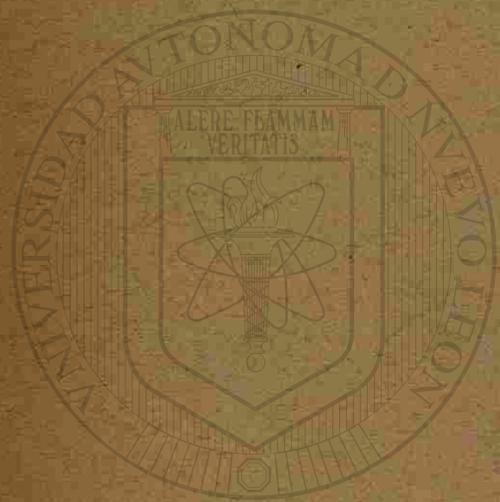
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

UANL
NANTAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

NANTÁS

POR

EMILIO ZOLA

I

Al llegar á París, Nantás se había instalado en el último piso de una casa de la calle de Lille, junto al palacio del barón de Danvilliers, miembro del Consejo de Estado y hombre de gran posición. La casa citada era propiedad del mismo.

Asomado Nantás á su ventana, podía ver un rincón del jardín del hotel, sombreado por un conjunto de hermosos árboles, por encima de los cuales se descubría, en perspectiva, una parte de la ciudad, de la

que se destacaban la tranquila corriente del Sena, las Tullerías y el Louvre, la extensa fila de los muelles y todo un mar de tejados que se perdían en las lontananzas del cementerio del Padre Lachaise.

La habitación era sencillamente un cuartito abohardillado, con una ventana abierta sobre el tejado. Una cama, una mesa y una silla constituían todo el mobiliario de la casa. Nantás había procurado reducirse todo lo posible, buscando la mayor economía mientras encontraba una colocación cualquiera. El papel despegado de las paredes, el techo ennegrecido, la miseria, en fin, que se respiraba dentro de aquella habitación, hacían poca mella en el ánimo de Nantás que, al pensar que vivía frente á los suntuosos palacios de las Tullerías y el Louvre se comparaba á un general durmiendo en algún miserable albergue, junto al camino y delante de la inmensa y rica ciudad que al siguiente día iba á tomar por asalto.

La historia de nuestro protagonista no era muy larga. Hijo de un albañil de Marsella, había comenzado sus estudios en el Liceo de dicha ciudad, impulsado por la voluntad de su madre, que á toda costa quería hacerle un sabio. Con auxilio de sus padres y con su propio esfuerzo, Nantás pudo terminar los estudios del bachillerato. A la muerte de su madre, Nantás entró á desempeñar un modesto empleo en

casa de un comerciante, y allí pasó doce años de su vida, consumido por la más desesperante monotonía. Muchas veces se hubiera lanzado al mundo en busca del porvenir, si su deber de hijo no le hubiese retenido en Marsella, donde su padre se encontraba imposibilitado á consecuencia de una caída de un andamio.

Nantás atendía con su sueldo á todas las necesidades de la casa, hasta que un día al entrar en ella, encontró muerto á su padre; á consecuencia de sus achaques había dejado de existir repentinamente.

Tres días después, Nantás había vendido los cuatro trastos de su casa, y con doscientos francos en el bolsillo, se marchó á París.

Había heredado de su madre el deseo de grandezas y la ambición de hacer una fortuna: su voluntad y su decisión eran grandes, y también la confianza en sus propias fuerzas. Siendo muy joven, considerábase con energías para realizar empresas extraordinarias, y no pocos se habían burlado de él cuando en sus conversaciones íntimas repetía su frase favorita: "yo soy una potencia", frase que resultaba realmente cómica al contemplar al pobre mozo con su raído gabaneste negro, pegado á los hombros y cubierto de manchas.

Nantás había hecho poco á poco una religión de la fuerza. Para él no había en el mundo necesidad de

otra cosa, y estaba convencido de que, á la postre, los fuertes son los que vencen siempre.

Al pasear solo los domingos por las afueras de Marsella, Nantás, meditando, se creía un genio: sentía en el fondo de su ser como un impulso instintivo que le empujaba hacia adelante; y cuando a la tarde volvía á su casa, á comer con su padre, enfermo, un plato de patatas por toda la cena, pensaba que algún día tendría su parte en una sociedad en la que nada era todavía á los treinta años. No era la suya una ambición desordenada y baja, sino el sentimiento noble de una inteligencia y de una voluntad que careciendo de medios para desarrollarse esperaban encontrarlos lógicamente y naturalmente.

Al pisar Nantás el suelo de París, creyó que no tenía más que alargar la mano para encontrar lo que deseaba: una colocación digna de él. Desde luego se lanzó á la lucha. Poseía algunas cartas de recomendación, que inmediatamente llevó á su destino, y se avistó con algunos compatriotas, en los que esperaba encontrar apoyo y protección; pero al cabo de un mes no había obtenido ningún resultado.

—Los tiempos están malos, —decíanle en todas partes.

Y algunos le hacían promesas que jamás cumplían.

Entretanto, su bolsillo se iba vaciando, y ya de sus doscientos francos no le quedaban más que vein-

te, con los cuales vivió un mes, no comiendo más que pan, corriendo París de la mañana á la noche, y volviendo á acostarse hambriento, sin luz, rendido de fatiga y siempre con las manos vacías.

Y, sin embargo, no desesperaba, sólo que, poco á poco, iba sintiendo una sorda cólera, pensando que el destino era con él triste ó injusto.

Una noche Nantás se encontró con que en todo el día no había probado un bocado de pan. La vispera había concluído sus últimos recursos, y no tenía ni un céntimo, ni un amigo á quien recurrir en tal extremo.

Todo el día había estado lloviendo en París: una de esas lluvias grises y frías, características de la gran ciudad. Nantás, calado hasta los huesos, había estado en Bercy y despues en Montmartre, donde le habían indicado que encontraría colocación; pero en Bercy la plaza había sido ocupada, y en Montmartre no gustó bastante la forma de letra del pretendiente. Estas eran sus últimas esperanzas: hubiese aceptado una ocupación muy modesta, cualquier cosa, en la seguridad de hacer fortuna con la base más insignificante. No pedía sino un pedazo de pan, un punto de apoyo para levantar, piedra por piedra, el edificio de su porvenir.

Con el corazón oprimido y lleno de amargura, marchó Nantás tristemente de Montmartre á la calle

de Lille. La lluvia había cesado y un gentío inmenso, que iba á sus negocios, se atropellaba por las aceras. Nantás se paró algunos minutos delante de una casa de cambio: cinco francos le hubiesen bastado tal vez para ser un día dueño del mundo; con cinco francos se vive ocho días, y en ocho días, se pueden hacer muchas cosas. Y así soñando, volvió Nantás muy pronto á la realidad del momento, al recibir en su rostro salpicaduras de sucio barro que un carruaje hizo saltar, rodando violentamente por la calle. Rechinando los dientes y con vehementes deseos de andar á golpes con la muchedumbre que llenaba las calles, se dirigió Nantás directamente á su casa. En la calle de Richelieu, un ómnibus estuvo á punto de aplastarle. Al pasar por la plaza del Carrousel dirigió á las Tullerías una mirada de envidia, y cruzó el río por el puente, donde una niña elegantemente vestida le hizo desviar del camino que seguía, medio ciego, como el jabalí perseguido por la jauría: esta pequeñez le pareció una humillación suprema, ¡hasta los niños se oponían á su marcha! Por fin, cuando llegó á su miserable habitación, como una fiera herida que va á morir en su cubil, dejóse caer anonadado en la silla, contemplando su pantalón cubierto de lodo y sus zapatos escupiendo en la estancia un reguero de agua.

Ahora sí que todo había concluído. Pensó en la

muerte y en la necesidad de morir cuanto antes; por un momento aun su orgullo le hizo pensar que al suicidarse la sociedad perdía una fuerza. Sentir dentro de sí tan grandes energías y no encontrar quien le diese el primer impulso, le parecía un sarcasmo horrible, y todo su ser se sublevaba de cólera. Tener todas las condiciones necesarias para la lucha y verse reducido á la impotencia, como el león encerrado en su jaula, era una burla sangrienta del destino.

Luego dió otro rumbo á sus ideas, y pensó en la grandeza de su muerte. Oyó contar de niño la historia de un inventor que, habiendo construído una máquina maravillosa, la destrozó á martillazos al ver la indiferencia con que las gentes la miraban. Pues bien, él era ese hombre: él llevaba en sí una fuerza nueva, un raro mecanismo de energía y de voluntad, y ahora iba á destruir esa máquina, estrellándose el cráneo contra la calle.

Poníase el sol detrás de los árboles del hotel Danvilliers; un sol triste de otoño, cuyos rayos de oro iluminaban las últimas hojas. Nantás se levantó como atraído por el adiós del astro rey: iba á morir y necesitaba luz: miró hacia el jardín, y vió á una joven rubia que se paseaba por entre los árboles con aire de soberana reina.

Nantás no era romántico; había pasado ya de la

edad en que los hombres de las bohardillas sueñan con princesas enamoradas que les ofrecen su corazón y su fortuna.

Sin embargo, en aquella hora suprema del suicidio sintió deseos de pronunciar el nombre de aquella altiva mujer que se paseaba en el jardín; ¿cómo se llamaría? Pero no, él no tenía dentro de sí más que odio para las gentes de aquel palacio que le insultaban con el esplendor de sus salones, cuyo lujo veía por sus entreabiertas ventanas.

—¡Oh! ¡Me vendería,—pensó Nantás,—al que me diese los primeros céntimos de mi fortuna futura!

Si hubiese un Monte de Piedad que prestase sobre la voluntad ó la energía, Nantás se hubiera salvado. Se imaginaba también que un político podía hacer de él un instrumento para los negocios, y él aceptaba todo como punto de partida.

Pensando en esto, dejóse caer nuevamente en la silla con el propósito de arrojarse por la ventana cuando fuese de noche.

Rendido por la fatiga, se había quedado dormido cuando fué despertado bruscamente por la voz del portero de la casa que subía acompañado de una mujer, y que dijo al entrar en la habitación:

—Me he permitido subir...

Y notando que no había luz en la estancia salió en

busca de una bujía, con la que volvió inmediatamente. El portero parecía conocer á la persona á quien acompañaba, á con la cual se mostraba respetuoso y complaciente.

—Aquí la dejo á usted,—dijo.—Pueden ustedes tranquilamente, hablar pues nadie les molestará.

Nantás, que se había puesto de pie ofreciendo á la señora la única silla de que disponía, la miraba sorprendido y como interrogándola, pues no recordaba haberla visto nunca. Ella se había levantado el velo que cubría su rostro mostrando ser de unos cuarenta años de edad, pequeña, regordeta, y con todo el aspecto de una beata.

—Soy,—dijo—la señorita Chuín... y vengo para hablar con usted de un negocio importante.

Y mientras Nantás sentado en su cama, esperaba la explicación de aquella señora, cuyo nombre tampoco le recordaba nada, ella investigaba con la mirada los rincones de la estancia. Por fin, con voz suave y acompañando sus palabras con una ligera sonrisa, habló en esta forma:

—Señor mío, vengo á ver á usted como una amiga. He sabido que sus asuntos no marchan bien; no crea usted, sin embargo, que haya sido objeto de ningún espionaje; ne se trata sino de prestarle un buen servicio; tengo noticia de cuan penosa ha sido la vida para usted hasta el presente y con qué valor ha lu-

chado por crearse una posición que, hasta la fecha, no ha conseguido, resultando inútiles todos sus esfuerzos. Dispense usted que me entrometa en sus asuntos, y crea que únicamente la simpatía...

Nantás no la interrumpía, pensando que el portero podía haber enterado de su situación á la oficiosa interlocutora, que cada vez con más soltura continuó diciendo:

—Usted es un joven de gran porvenir. Yo me he permitido averiguar todas sus tentativas, y he visto con cuánta firmeza ha afrontado sus desgracias; creo que iría usted muy lejos si alguien le diese la mano.

Nantás pensó que venía á ofrecerle algún empleo, y se apresuró á decir que desde luego aceptaría cualquier cosa. La señorita Chnin, roto ya el hielo y cambiando bruscamente de tono, dijo con resolución:

—¿Tendría usted algún inconveniente en casarse?

—¡Casarme! ¿Y quien me iba á querer? Alguna desdichada á quien ni siquiera podría dar de comer.

—No, yo ofrezco á usted una joven guapísima, muy rica, muy bien emparentada, y que en un momento puede ponerle en camino de alcanzar una elevada posición.

—¿Y cuál es la mancha que tiene esa señorita?— interrumpió gravemente Nantás.

—Está en cinta, y es preciso reconocer lo que nazca,—dijo con claridad la señorita Chuin, dejando su tono meliflúo y yendo derechamente al asunto.

El primer impulso de Nantás fué despedir á su visitante.

—Lo que usted me propone es una infamia.

—¡Oh! Una infamia,—dijo la señorita Chuin, volviendo á su tono suave,—No acepto semejante palabra... La verdad es que puede usted salvar á una familia de la desesperación. El padre lo ignora todo; el embarazo no es muy adelantado, y yo soy la que ha concebido la idea de casar cuanto antes á la interesada presentando al prometido como padre del niño ó de la niña que venga. Este proyecto repararía, en parte, el escándalo... pues, por desgracia, el seductor es casado. ¡Ah! Verdaderamente hay hombres que carecen de todo sentido moral.

Nantás no escuchaba; meditaba. ¿No hacía un momento que pensaba en venderse? Pues bien, ahora se le ofrecía ocasión. Todo se reducía á un cambio: él daba un nombre y á él le daban una posición. Era un contrato como cualquier otro.

Y miraba su pantalón manchado por el lodo, y sentía que no había comido desde la víspera, y recordaba los dos meses de humillaciones que tanto habían amargado su existencia, y pensaba que ahora se le ofrecía ocasión de elevarse en aquella...

ciudad que le había rechazado empujándole al suicidio.

—Acepto,—dijo secamente.

Luego pidió más explicaciones. ¿Qué iba á ganar la que proponía el negocio? Ella no quería nada, mas por fin pidió veinte mil francos de la dote con que el marido sería agraciado. Y mostrándose ya más expresiva, dijo:

—Yo he sido la que he pensado en usted. La señorita no se negó cuando yo se lo propuse... ¡Oh! Es un buen negocio del cual me dará usted las gracias más tarde. Yo hubiera podido encontrar un marido de otra clase social, hasta hombres con títulos de nobleza; conozco á quien me hubiera besado las manos si se lo propongo, pero he preferido á usted porque es buen mozo y tiene la cabeza fuerte... ¡Oh! Usted irá lejos... no me olvide... siempre estaré á su disposición.

Hasta entonces, no se había pronunciado el nombre de la interesada: á una pregunta de Nantás, dijo su visita levantándose y haciendo una nueva presentación de su persona:

—Como ya he dicho á usted, soy la señorita Chuin... y sirvo en casa del barón de Danvilliers desde la muerte de la señora baronesa, en calidad de ama de gobierno. He educado á la señorita Flavia, la hija del barón, que es la que propongo á usted por esposa.

Y dicho esto, salió de la habitación, habiendo dejando antes sobre la mesa, un billete de quinientos francos, como anticipo, que por su cuenta hacía para atender á las primeras necesidades.

Cuando Nantás quedó solo, se asomó á la ventana. La noche era oscura, y allá abajo se distinguía la negra masa de los árboles; sobre la fachada sombría del hotel, se destacaba la claridad proyectada en una ventana por la luz del interior. Allí estaría la mujer altiva que antes paseaba por el jardín con aires de princesa. Ella ú otra ¡qué importaba! La mujer era lo de menos en aquel negocio.

En lontananza se vislumbraba la claridad titilante de los mecheros de gas iluminando los muelles y las encrucijadas de la orilla izquierda del río. Nantás dirigió los ojos á la gran ciudad envuelta en tinieblas, y exclamó con seguridad:

—¡Ahora, eres mía!

II

El despacho del barón de Danvilliers era una severa habitación lujosamente tapizada y cubierta de muebles antiguos. En él se encontraba el respetable anciano, revelando en su rostro toda la pesadumbre que le había producido la noticia de la deshonra de su hija, de la que la señorita Chuin le

había enterado, y pensando que sólo una reparación podría atenuar, en parte, la desgracia.

Aquella mañana esperaba la visita del seductor de su hija, á quien no conocía, y que tanto daño le había hecho. Tocó un timbre, y dijo á su criado:

José, va á venir un caballero; introdúcelo aquí y procura que nadie nos interrumpa.

Y quedó solo, pensando, con el corazón lleno de amargura: ¡El hijo de un albañil, un muerto de hambre que no tiene ninguna ocupación conocida!

—La señorita Chuin le había presentado como un hombre de gran porvenir, pero, de todos modos, ¡qué deshonra para una familia en la que nunca hubo una mancha!

Flavia se había acusado con gran arrebató como única culpable para librar á su ama de gobierno del menor reproche. Después de esta penosa explicación permanecía retirada en sus habitaciones, pues su padre no había querido verla. Antes de perdonar, deseaba arreglar por sí mismo aquel desdichado negocio.

Todo lo tenía preparado al efecto el buen señor, cuyos cabellos habían encanecido en pocas horas: tal era el dolor que le había causado la deshonra de su hija

—El señor Nantás,—anunció José.

El barón no se levantó. Volvió la cabeza y miró

fijamente á Nantás, que avanzaba con lentitud. Había tenido la precaución de vestirse como exigían las circunstancias, con un traje y gabán negros, todavía presentables, aunque gastados por el uso, y que le daban el aspecto de un estudiante de pocos recursos pero cuidadoso y ordenado, distinto del tipo aventurero y galanteador. Avanzó hasta el centro de la estancia, y esperó en actitud respetuosa.

—¿Es usted, el señor...?—tartamudeó el barón.

Pero no pudo continuar; le embargaba la emoción y temía cometer una violencia, dejándose llevar de algún arrebató. Tras un corto silencio, dijo en tono más tranquilo:

—Caballero, ha cometido usted una mala acción.

Y como Nantás tratara de disculparse, el barón continuó con mayor violencia:

—Una mala acción. No quiero saber nada; ruego á usted que no intente darme ninguna explicación. Aunque mi hija se hubiese entregado á usted, su crimen sería el mismo. Solo los ladrones se introducen así violentamente en las familias.

Nantás, con la cabeza baja, nada decía.

—Ha ganado usted una dote con toda comodidad, gracias á una pérfida asechanza en que estaba usted seguro de coger al propio tiempo á la hija y al padre.

—Permitame usted...—interrumpió Nantás.

—¡Qué! ¿qué quiere usted que le permita? Usted no tiene derecho á hablar aquí, donde viene como un culpable... Me ha ultrajado usted... Vea usted esta casa, esta familia que ha vivido más de tres siglos sin una mancha. ¿Usted sabe lo que es un honor secular, una tradición de dignidad y de respeto? Pues bien, ha pisoteado usted todo esto. Comprenderá que me ha faltado poco para morir, y que hoy mis manos tiemblan como si hubiese envejecido diez años en un momento... Calle usted y escúcheme.

Nantás, pálido y emocionado, comprendió que había aceptado un papel muy difícil, y queriendo hacer ver que la pasión le había cegado, intentó inventar una novela diciendo:

—Yo había perdido la cabeza... no pude ver á Flavia...

Al oír el nombre de su hija, se levantó el barón y gritó con voz colérica:

—¡Silencio! Ya he dicho á usted que no quiero saber nada. Que mi hija haya ido á buscar á usted ó que usted se haya dirigido á mi hija me es igual; ni á ella ni á usted he de preguntar nada. Pueden ustedes excusar explicaciones que no he de pedir jamás.

El barón volvió á sentarse temblando y como rendido por el esfuerzo que acababa de hacer. Nantás bajó la vista, profundamente perturbado y con-

fundido á pesar del dominio que tenía sobre sí mismo. Al cabo de un corto silencio, el anciano habló como si tratara de un negocio.

—Perdóneme usted, caballero; yo le prometo desde ahora tener sangre fría. Usted ha venido aquí para ofrecerme una transacción que considero necesaria. Transijamos, pues.

Y siguió hablando en el tono que pudiera emplear un abogado que estuviese arreglando amistosamente, pero con disgusto, un negocio vergonzoso.

—La señorita Flavia Danvilliers heredó, á la muerte de su madre, una suma de doscientos mil francos, que no debía percibir hasta el día de su matrimonio. Esta suma ha producido los intereses correspondientes; he aquí las cuentas que yo, como padre tutor, tengo la obligación de presentar.

Y abriendo un legajo de papeles, lo presentó á Nantás, que no se atrevió á tomarlo. Presa de la mayor emoción, permanecía inmóvil delante de aquel anciano, recto y sencillo, que le parecía más respetable desde que se expresaba con tanta calma y serenidad.

—Además,—continuó el barón,—yo reconozco á usted en el contrato que mi notario ha extendido esta mañana, una dote de doscientos mil francos. Sé que usted no tiene nada; recibirá, pues, los doscientos mil francos en casa del notario, el día del matrimonio.

—Pero,—dijo Nantás,—yo no pido dinero, yo no quiero más que á su hija de usted.

—Usted,—repuso el barón, cortándole la palabra,—no tiene derecho á replicar; mi hija no se debe casar con un hombre menos rico que ella. Yo doy á usted la dote que estaba destinada para ella, esto es todo. Quizás usted creyera encontrar algo más, pero se me juzga más rico de lo que soy en realidad, caballero.

Y como Nantás permaneciese mudo y cual avergonzado ante aquella nueva crueldad, el barón dió por terminada la entrevista, llamando á su criado y ordenándole:

—José, di á la señorita que la espero en mi despacho.

Y levantándose, paseó lentamente por la estancia, mientras Nantás continuaba silencioso é inmóvil, sintiéndose muy pequeño ante aquel venerable anciano.

Al entrar Flavia en el despacho, dijo el barón presentándole á Nantás:

—Hija mía, he aquí á este caballero: el matrimonio se celebrará cuando se cumplan los trámites legales.

Y sin decir más, los dejó solos, como si para él estuviese realizado el casamiento.

Cuando la puerta se cerró, reinó por un instante

un completo silencio. Nantás y Flavia se miraron por la primera vez. A Nantás le pareció su futura esposa una mujer muy hermosa, con su rostro pálido y altivo, y sus grandes ojos pardos, que no se bajaban nunca. Quizás hubiese llorado en los tres días que había permanecido en sus habitaciones; pero la frialdad de sus ojos debió haber secado sus lágrimas. Ella fué la que habló primero.

—Por lo visto caballero, el negocio está terminado.

—Sí, señora,—respondió Nantás.

Flavia, haciendo un gesto de desprecio, le envolvió en una prolongada mirada, como si quisiera descubrir toda su bajeza.

—Corriente, tanto mejor,—exclamó.—Yo creí que sería imposible encontrar una persona que se prestase á una venta semejante.

Sintió Nantás todo el desprecio que respiraban aquellas frases; pero levantó con serenidad la cabeza, entendiendo que si era natural haber temblado delante del padre á quien estaba engañando, cambiaba la situación frente á la hija que, al cabo, era su cómplice.

—Dispense usted, señorita,—dijo tranquilamente y con gran respeto;—se me figura que se equivoca al juzgar la situación en que nos encontramos, calificándola, por lo que á mí respecta, de una venta.

Yo entiendo que los dos nos encontramos en análoga situación...

—¡Ah! ¿De veras?—interrumpió Flavia con sonrisa desdenosa.

—Si, análoga situación. Usted necesita un nombre para ocultar una mancha que yo me guardaré muy bien de juzgar, y yo doy á usted el mío. Por mi parte, yo necesito algunos fondos y cierta posición social para llevar á cabo algunas empresas, y usted me proporciona esos fondos. Somos, pues, al presente, dos asociados que han aportado cada uno igual capital. Debemos, por tanto, darnos las gracias por el servicio que mutuamente nos hemos hecho.

Nada repuso Flavia, mostrando sin embargo en su rostro los efectos de su orgullo irritado por las frases de Nantás.

Al cabo de un corto silencio exclamó la joven:

—¿Conoce usted las condiciones que impongo?

—No, señora,—contestó Nantás, que conservaba más completa calma. Pero usted me las dirá, y desde luego quedan aceptadas.

Flavia sin demostrar alteración ni el rubor, se expresó claramente.

—Usted no será nunca más que mi marido de nombre: haremos vida completamente separada y distinta. Usted renunciará todos sus derechos sobre mí, y yo no tendré ningún derecho para con usted.

A cada frase asentía Nantás con un signo de cabeza; y cuando ella hubo terminado, se expresó así:

—Si yo tuviese que ser galante no podría menos de decir lo que me desesperan semejantes condiciones; pero no estamos en el caso de entretenernos en cumplidos. Me complazco en que se definan claramente nuestras situaciones respectivas. Entramos en la nueva vida por un camino, en el que, á la verdad, no podremos recoger muchas flores... Y solo he de pedir á usted una cosa: que cuide de hacer uso de la libertad que la deje de manera que no sea nunca necesaria mi intervención.

—¡Caballero!—exclamó violentamente Flavia revelando todo su orgullo.

Nantás se inclinó respetuosamente como suplicando no ser ofendido. Su posición mutua era delicada, y los dos debían tolerar ciertas alusiones, sin las cuales la buena inteligencia era imposible. Así, pues, lo mejor que era no insistir sobre el particular. La señorita Chuin, en una segunda entrevista con Nantás, le había explicado la falta de Flavia. Su seductor era un snjeto llamado Fondettes, casado con una de sus amigas de colegio. Flavia había ido á pasar un mes á casa de su amiga, en el campo, donde una noche se encontró en los brazos de aquel hombre, sin darse cuenta á punto fijo de cómo había sucedido el caso y sin saber hasta qué punto había consenti-

do. La señorita Chuin llegó á hablar hasta de una violación.

De repente Nantás habló á Flavia en tono amistoso. Como todos los hombres que tienen conciencia de su propias fuerzas, gustaba de mostrarse bondadoso.

—Señorita,—dijo,—no nos conocemos todavía; por tanto, no hay razón para que nos aborrezcamos mutuamente. Quizá podamos entendernos. Veo que usted me desprecia, ignorando por completo mi historia.

Y comenzó á hablar impetuosamente narrando su vida devorada por la ambición en Marsella, y explicando los infortunios de sus dos meses de inútiles peregrinaciones por París. Luego manifestó su desprecio por la mayor parte de las conveniencias sociales á las que tanto atiende el común de los hombres. ¡Qué le importaban los juicios del mundo cuando hubiese llegado á dominarlo!

El podría proceder como hombre superior. La omnipotencia lo excusa todo. Y á grandes rasgos, exponía el género de la vida extraordinaria que se proponía seguir. No temía ningún obstáculo; nada prevalece contra la fuerza; él era fuerte y sería dichoso.

—No me crea usted solamente interesado,—continuó Nantás.—Yo no me he vendido por la fortuna

de usted; yo no quiero ese dinero sino como medio para alcanzar una posición elevada... ¡Oh! Si supiera usted de todo lo que yo soy capaz; si conociese mis noches delirantes, siempre con los mismos sueños desvanecidos siempre por las realidades del mañana, seguramente me comprendería y tal vez se confiase usted á mí, ayudándome en la lucha y proporcionándome los medios de realizar mis aspiraciones.

Flavia le escuchaba atentamente, pero sin mostrar la menor alteración en su semblante. Nantás recordó entonces la preocupación que un momento había tenido, tres días antes, sin acertar á solucionarla. ¿Le habría visto Flavia en su ventana y le conocía ya cuando aceptó sin ningún reparo el proyecto de su ama de gobierno? Y le vino á la imaginación el singular pensamiento de que tal vez ella se hubiese enamorado románticamente, si él se hubiese negado con indignación á la venta de que se había propuesto.

Flavia, que permanecía fría é indiferente, dió por terminada la entrevista, diciendo, como si no hubiese escuchado la confesión de Nantás:

—Así, pues, mi marido solamente de nombre; nuestras vidas, completamente distintas, y una libertad absoluta.

Nantás respondió recobrando el aire ceremonioso

y la voz tranquila del hombre que discute fríamente un negocio:

— Convenido, señora.

Y se retiró disgustado y descontento de sí mismo. ¿Cómo había cedido á la tentación de tratar de convencer á aquella mujer? Era muy hermosa y valía más que no hubiese nada común entre los dos. Así no le detendría en su carrera.

III

Han transcurrido diez años. Una mañana Nantás se encontraba en aquel mismo despacho donde tan rudamente le había acogido el barón de Danvilliers en su primera entrevista, y que ahora era el suyo. El barón, después de haberse reconciliado con su hija y con su yerno, les había cedido su palacio, reservándose únicamente un pabellón levantado al extremo del jardín junto á la calle de Beaune.

En aquellos diez años, Nantás había conquistado una de las más grandes y envidiables posiciones financieras é industriales. Interesado en todas las grandes empresas ferroviarias é interviniendo en todas las especulaciones más importantes de los primeros años del Imperio, había realizado, rápidamente, una inmensa fortuna. Su ambición sin embargo, no se había colmado. Quiso interve-

nir en el mundo de la política, y logró salir diputado por un departamento, donde poseía grandes propiedades. Desde su ingreso en los cuerpos colegisladores se significó como aspirante á ministro. Por sus conocimientos especiales y su facilidad de palabra, se hacía de día en día más lugar, adquiriendo su personalidad mayor relieve. Aparte de esto, mostróse siempre ferviente partidario del Imperio, defendiendo en asuntos de Hacienda teorías propias, que llamaban poderosamente la atención, y de las cuales se preocupaba el mismo Emperador.

Aquella mañana, Nantás estaba fatigado del trabajo del día. En las vastas oficinas que había instalado en el piso bajo de la casa reinaba una actividad asombrosa. Todo un mundo de empleados trabajando en sus respectivas secciones; los unos, inmóviles detrás de los ventanillos del despacho, los otros yendo y viniendo de un lado para otro, mientras se oía sonar el oro cayendo de los sacos abiertos y rodando por las mesas. Y fuera, esperando turno, una turba de pretendientes, de hombres de negocios, políticos, todo París, en fin, postrado á los pies del poderoso. Frecuentemente, personajes de alta significación tenían que hacer antesala, esperando con paciencia más de una hora, mientras él, Nantás, confinado en su gabinete despachaba su correspondencia con las provincias y con el extranjero, abarcando

en pensamiento todo el mundo, y realizando, en fin, sus antiguos sueños de fuerza al sentirse motor inteligente de una máquina colosal que removía los reinos y los imperios.

Nantás llamó al ujier que cuidaba de la puerta, y con acento reservado y mostrándose inquieto y preocupado, le preguntó:

—German, ¿sabes si ha venido la señora?

Y como el criado respondiese que lo ignoraba, le ordenó que hiciese bajar al despacho á la doncella de su mujer. Germán sin retirarse le dijo:

—Usted dispense señor, está ahí fuera el señor Presidente del Cuerpo Legislativo, que insiste en entrar.

—¡Bien!—ordenó Nantás, haciendo un gesto de disgusto;—hazle pasar y cumple lo que te he ordenado.

La víspera, con motivo de la discusión de los presupuestos, Nantás había pronunciado en la Cámara un elocuente discurso, causando tanta impresión, que el artículo discutido había pasado nuevamente á la Comisión, para su enmienda en la forma indicada.

Después de la sesión se dió por segura, entre los políticos, la caída del ministro de Hacienda, designándose como sucesor al joven diputado; por lo tanto, la visita del presidente del Cuerpo Legislativo podía ser de gran importancia. Así, pues, procurando desechar la preocupación que le embargaba, salió

Nantás al encuentro del presidente, tendiéndole afectuosamente las manos,

—¡Ah! Señor duque, no sabía que estaba usted esperando. Perdone, usted me dispensa un grande honor con su visita.

Y por un momento se cruzaron todo género de frases de atención y de cumplido. Luego el presidente, sin expresarse de un modo explícito, le dió claramente á entender que iba de parte del Emperador para explorar su ánimo, y saber si estaría dispuesto á aceptar la cartera de Hacienda. Y si la aceptaba, en qué condiciones.

Nantás, con más tranquilidad, expuso su programa; mas á través de la aparente impasibilidad de su rostro, podía notarse la impresión que le producía su triunfo. Por fin alcanzaba el último escalón, llegando á la cumbre. Un paso más, y vería todas las cabezas inclinadas ante él.

En el instante en que el presidente se despedía anunciando que inmediatamente se dirigía á las Tullerías para comunicar al Emperador el resultado de su entrevista, abrióse una pequeña puerta y apareció la doncella de la señora de la casa.

Nantás, palideciendo de pronto y sin terminar la frase que estaba dirigiendo al presidente, corrió con rapidez hacia la doncella, murmurando maquinalmente:

—Dispense usted, señor duque...

Y en voz baja dijo á la doncella:

—¿A que hora ha salido la señora? ¿Ha dicho dónde iba ó á que hora volvería?

La doncella no respondió sino con palabras vagas, procurando no comprometerse. Comprendiendo Nantás lo inútil de aquel interrogatorio, concluyó por decir:

—Cuando venga la señora dile que quiero hablarla.

El duque, entre tanto, sorprendido por aquella escena, se había retirado discretamente á una ventana y esperaba mirando al patio. Nantás se excusó nuevamente, tratando de dar todo género de explicaciones; pero había perdido su sangre fría, y no hacía sino balbucear frases sin ilación y sin sentido.

—He echado á perder este negocio;—dijo en voz alta, cuando salió el presidente,—hé aquí una cartera que se me va de entre las manos.

Y quedó sumido en un estado de mal humor producido por un acceso de cólera reconcentrado.

Después fué recibiendo la visita de varios personajes: un ingeniero le traía una memoria asegurando beneficios enormes en la explotación de una mina; un diplomático venía á hablarle del empréstito que una potencia vecina pensaba abrir en París; muchos presentaban cuentas de multitud de negocios, en que

estaba interesado y, por último, muchos senadores y diputados del Parlamento le hablaban de diferentes asuntos. Todos le daban la enhorabuena por su discurso, y él, sin gran entusiasmo y sin que asomase una sonrisa á sus labios, recibía este incienso arrellanado en el fondo de su butaca. En tanto, el oro seguía sonando en las oficinas inmediatas, y una trepidación de fragua parecía hacer temblar los muros como si se estuviese fundiendo aquel precioso metal. El dueño de todo aquello no tenía más que tomar la pluma que estaba al alcance de su mano para expedir órdenes que podían cambiar la suerte de Europa; podía impedir ó precipitar la guerra, apoyando ó combatiendo el empréstito de que se le había hablado; tenía, en fin, en sus manos el presupuesto de Francia, pudiendo considerar su personalidad vencedora en toda la línea y como eje alrededor del cual giraba el mundo. Y, sin embargo, no sentía la satisfacción que había esperado encontrar en el triunfo; notábase presa de una laxitud de cuerpo y de un decaimiento de ánimo enervante; y cuando una llama de ambición y de orgullo satisfechos subía á su rostro, sentíase de pronto palidecer como si hubiese notado la impresión de un jarro de agua fría en la cabeza.

Aun pasaron dos horas, y Flavia no había vuelto. Nantás llamó á Germán ordenándole que fuese

UNIVERSIDAD
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X EL JUSTO"
Apdo. 1625 MONTERREY, N. L.

buscar al señor de Danvilliers, si se encontraba en sus habitaciones. Quedó solo y se dirigió á su habitación proponiéndose no recibir á nadie más en aquel día. Poco á poco su agitación adquirió mayores proporciones. Evidentemente, su mujer había ido á alguna cita amorosa. Probablemente, pensaba, habría renovado sus relaciones con Fondettes, que había quedado viudo hacia seis meses. En verdad, hacia lo posible por desechar de sí todo temor y toda idea de celos. Durante diez años, había observado fielmente las condiciones estipuladas; pero ahora entendía que podría ponerse en ridículo. Jamás permitiría á su mujer que comprometiese su situación, haciéndole objeto de las burlas de todos; y dominado por la obsesión de los celos, quería á toda costa recabar sus derechos de esposo, con vehemencia extraordinaria, semejante sólo á aquellos alardes de fuerza derrochados al comienzo de su carrera, cuando arriesgaba los más atrevidos golpes.

Por fin entró Flavia, vistiendo todavía un traje de paseo, despojada únicamente del sombrero y de los guantes. Tembló Nantás al verla, y comenzó á hablar excusándose y diciéndola que él hubiese subido á sus habitaciones al saber que había vuelto. Flavia, con aire indiferente y sin fijar la atención en lo que oía, le invitó con un ademán á que se explicara.

—Señora,—empezó á decir Nantás,—es necesaria

una explicación entre nosotros. ¿Donde ha estado usted esta mañana?

La voz alterada de su esposo y la brusquedad de la pregunta, sorprendieron extraordinariamente á Flavia, que no obstante respondió con la mayor tranquilidad:

—Estuve donde tenía necesidad de ir.

—En lo sucesivo, esto no puede continuar—replicó Nantás palideciendo.—Debe recordar usted que la dije en cierta ocasión que jamás toleraría que usara de su libertad de manera que pudiera deshonorar mi nombre.

—¿Deshonrar su nombre? Recuerde usted que no hay necesidad de hacerlo, porque ya lo estaba.

Nantás, en un acceso de furor, se abalanzó á su mujer en actitud de golpearla, y gritó:

—Desgraciada, viene usted de los brazos de Fondettes... de un amante... Lo sé

—Está usted equivocado,—contestó Flavia sin retroceder ante la actitud amenazadora de su esposo. No he vuelto á ver á Fondettes. Pero si yo tuviese un amante, no sería usted quien podría reprochármelo. Por lo que se ve, ha olvidado nuestras condiciones.

Nantás la contempló un momento dirigiéndola una mirada salvaje; luego entre sollozos mal contenidos y mostrando la impetuosidad de una pasión largo

tiempo contenida, se arrojó á sus pies suspirando:

—¡Oh! ¡Flavia, Flavia te amo!

Retrocedió la altiva mujer evitando que su esposo rozase el extremo de su vestido, mientras él, siguiéndola de rodillas, con los brazos extendidos, decía entre sollozo:

—Te amo, Flavia, te amo como un loco. No sé, no sé cómo ha sucedido, pero hace años que empecé á sentir esta pasión que, poco á poco, se ha apoderado de todo mi ser. ¡Oh! Yo he luchado: he comprendido que no era digno de ti, y me he acordado muchas veces de nuestra primera entrevista. Pero hoy esta pasión me enloquece, sufro, y es preciso que hable.

Y continuó manifestando los efectos de aquella pasión que minaba su existencia, destruyendo todas sus ilusiones de grandeza y de fortuna.

Aquel hombre, que había puesto todo su fe en la fuerza, sosteniendo que la voluntad solo era suficiente para el logro de todos los propósitos, arrastrábase ahora, suplicante y débil como un niño, á los pies de una mujer. Todos sus sueños de fortuna realizados, la elevada posición conseguida á costa de tantas energías, todo lo hubiese cambiado en aquel momento por una mirada amorosa.

El oro de sus arcas, el coro de alabanzas de sus cortesanos, las insinuaciones del Emperador llamán-

dole al poder, ¿qué le importaban, si no tenía el amor de su Flavia? Todo su poder, toda su grandeza, nada le suponía, de nada servía si su mujer lo rechazaba.

—Escucha,—continuaba diciendo en el paroxismo de pasión,—todo lo que yo he realizado ha sido por ti. Al principio, es verdad, trabajaba por la satisfacción de mi orgullo. Después, tú has sido el único objetivo de todos mis pensamientos, de todos mis esfuerzos. Yo me decía que debía alcanzar las más elevadas posiciones con el fin de merecerte; y así esperaba conquistarte el día que pusiera á tus pies todo mi poder. Pues bien, ha llegado ese día. ¿No habré merecido ya perdón? ¡Ah! No me desprecies, te lo suplico.

—Apártese usted, caballero, déjeme pasar...—exclamó Flavia, que hasta entonces había permanecido muda.

Nantás rogó nuevamente. Quizás hubiese sido atendido á no haber mostrado aquella ridícula pasión de los celos, que constituía para él un tormento enloquecedor.

—Ya veo que tu desprecio hacia mí es muy grande todavía,—continuó en tono humilde y suplicante.—Pues bien, escucha; no concedas tu amor á nadie y yo te prometo realizar grandes cosas. Perdoname por mis inconveniencias de hace un momen-

to: no las tengas en cuenta, pues he perdido la cabeza... ¡Oh! ¡Dame la esperanza de que me amarás algún día!

—¡Nunca!—replicó Flavia con energía, intentando al propio tiempo salir de la habitación.

Entonces Nantás que se hallaba todavía postrado en tierra, se alzó presa de un acceso de cólera, y asió á su mujer por los brazos, sacudiéndola bruscamente.

Le sublevaba el desprecio de aquella mujer, justamente cuando había llegado á poner á la sociedad bajo sus pies. Lo podía todo; era árbitro de los Estados; podía dirigir la Francia á su antojo, y sin embargo no podía obtener el cariño de su esposa. ¡Él, tan fuerte, tan poderoso, en quien los menores deseos eran órdenes imperiosas, no lograba su aspiración suprema, por la oposición y el desprecio de una mujer tan débil como un niño!

Ciego por la cólera, seguía Nantás sujetando á su mujer por los brazos, exclamando con voz ronca:

—Yo quiero .. yo quiero...

—¡Déjeme usted...!—gritaba Flavia forcejeando por huir de su esposo.

Continuaba la lucha, cuando apareció en la puerta el barón de Danvilliers. A su vista, Nantás dejó á su mujer exclamando:

—Señor barón, su hija de usted viene de casa de

su amante... Dígala que una mujer debe respetar el nombre de su marido, siquiera no le tenga ningún afecto.

Para el barón era aquella una sorpresa dolorosísima; no obstante las relaciones ceremoniosas que entre el matrimonio se habían observado constantemente, él lo consideraba en perfecta armonía. Por su parte, había concluido por reconciliarse con su yerno. Ciertamente pertenecían á dos generaciones diferentes y que no podía ver con buenos ojos la intervención de Nantás en determinadas empresas y su ambición inmoderada en los asuntos financieros; pero, de todas suertes, reconocía de buen grado su gran fuerza de voluntad y su viva inteligencia, que le elevaban de la generalidad de sus semejantes. Por esto fué mayor la impresión de aquella escena, que estaba bien ajeno de imaginar.

Con el aire de padre ofendido en su dignidad, dirigióse hacia su hija, á quien todavía trataba con la misma severidad que diez años antes, mientras Nantás continuaba afirmando:

—Yo aseguro á usted, señor barón, que acaba de llegar de casa de su amante. ¡Ya ve como no lo niega!

Flavia había vuelto la cabeza, desdeñosa y despreciativa, y permanecía sin alterarse ante los insultos de su marido, mientras se arreglaba los rizos

de su peinado medio desecho por la violencia de la pasada escena.

—Hija mía,—interrogó el barón.—¿Por qué no te defiendes? ¿Será posible que sea verdad lo que dice tu marido? ¿Habrás reservado este postrer dolor para amargar mis últimos años? La deshonra caería también sobre mi frente, porque en una familia como la nuestra, la falta de uno de sus individuos recae sobre todos los demás.

Flavia seguía con movimientos de impaciencia el discurso de su padre, tratando de evitar el disgusto de una explicación; más como el barón continuase con más insistencia al ver su mutismo, concluyó por decir:

—Deje usted á ese hombre que siga haciendo su comedia... usted no lo conoce. Por el respeto que á usted tengo no me haga hablar.

—Es tu marido,—contestó el barón.—Es el padre de tu hijo.

—No, no, padre mío,—replicó vivamente Flavia—no es el padre de mi hijo... Por fin me obliga á decirlo todo. Este hombre no ha sido mi seductor, qué eso tal vez fuese excusable si él me hubiese amado. Este hombre se vendió, sencillamente, consintiendo en encubrir la falta de otro.

El barón se volvió hacia Nantás que, retrocedía cubierto el rostro de mortal palidez.

—Entiéndalo usted bien, padre mío,—continuó Flavia, cada vez con mayor energía,—se vendió, se vendió por el interés. No le he querido nunca, ni él ha puesto jamás sus manos sobre mí. Yo he querido siempre evitaros el dolor de esta revelación; mírele usted y comprenderá si digo la verdad.

Nantás permanecía mudo, ocultando su rostro entre las manos.

—Y ahora, padre mío, este hombre quiere que yo le ame; así me lo ha suplicado llorando y de rodillas. Alguna nueva comedia, sin duda. Perdóname usted, si le he engañado. Vea, pues, si yo puedo pertenecer á este hombre. Y ahora que lo sabe usted todo, vámonos; me hace daño permanecer aquí.

El barón ofreció el brazo á su hija, y sin pronunciar palabra atravesaron los dos la estancia sin que Nantás hiciera el menor movimiento para impedirlo.

Al llegar á la puerta, el anciano no pronunció más que estas palabras.

—Adiós, caballero.

Oyóse el ruido de la puerta al cerrarse tras el barón y su hija, y quedóse Nantás solo, anonadado, aturcido por la violenta escena que acababa de provocar.

Maquinalmente tomó una carta que Germán había dejado sobre la mesa, y abriéndola pasó con indiferencia los ojos sobre ella. El emperador le escri-

bía de su puño y letra ofreciéndole en los términos más halagadores la cartera de Hacienda.

Llegaba en su vida á la realización de todas sus aspiraciones: sus sueños de gloria iban á cumplirse, y no estaba satisfecho. En las cajas inmediatas sonaba con más intencidad el ruido del oro; era la hora de mayor agitación en la casa. Y él, dominando toda aquella labor colosal, obra suya, en el pináculo de su fortuna, permanecía con los ojos estúpidamente fijos en la carta del Emperador, y murmurando una frase que era la negación de toda su vida:

—¡Soy un desgraciado... soy un desgraciado!...

Y lloró con la cabeza entre las manos, cubriendo con sus lágrimas la credencial de ministro.

IV

Año y medio hacía que Nantás se encontraba al frente del Ministerio de Hacienda entregado por completo á las múltiples atenciones de su cargo, trabajando sin tregua como si tratase de olvidar sus penas íntimas con los empeños de una labor sobrehumana.

Al día siguiente de la violenta escena ocurrida en su despacho, Nantás había celebrado una entrevista con el barón de Danvilliers, consiguiendo del

venerable anciano que interviniese con Flavia, aconsejándola que volviese al domicilio conyugal. Así lo hizo ésta, efectivamente, pero sin que los dos se dirigiesen la palabra á no ser en la diaria comedia de sus relaciones con la sociedad.

Nantás no había querido trocar el palacio por su domicilio oficial, y en su mismo gabinete recibía todas las tardes á sus secretarios, despachando con ellos los asuntos del ministerio.

Esta fué la época de su vida en la que realizó más grandes empresas, llevando á la práctica trascendentales y fecundas iniciativas, que le envolvían en una aureola de gloria, levantando á su paso un murmullo de admiración y de simpatía; pero Nantás permanecía insensible á todos los elogios. Hubiérase dicho que trabajaba sin aspirar á ningún género de recompensa, y con el único pensamiento de intentar todo género de empresas hasta llegar á lo imposible. Cada vez que alcanzaba un nuevo éxito, consultaba con la mirada la impresión que producía en Flavia. ¿Llegaría á conmoverse alguna vez? ¿Sería posible que olvidando su censurable conducta pasada comprendiese por fin todo lo que significaba y valía el desenvolvimiento de su inteligencia soberana? Pero en el rostro impassible de su mujer no podía encontrar nunca la menor sombra de esperanza.

—¡Adelante!—pensaba entonces el joven ministro

—todavía no estoy bastante elevado, es necesario subir más, subir sin cesar.

Y seguía trabajando, persuadido de que podría forzar la felicidad, como había forzado la fortuna. Manteníanse en él potentes todas sus antiguas confianzas en el valor de sus propias energías. Seguía creyendo que la fuerza era palanca suficiente para levantar el mundo, y que la voluntad hacía prevalecer al género humano.

Cuando el recuerdo de su pasión despertaba en él algunas crisis de desaliento, procuraba esquivar la presencia de todos para que nadie se percatase de las debilidades de su carne. Y entonces se adivinaban momentos de luchas supremas en la llama intensa que despedían sus grandes ojos, reveladores de una voluntad poderosa y de una pasión tan intensa como la suya.

Entretanto, sentíase en su interior devorado por la pasión de los celos. No conseguir ser amado por Flavia constituía el suplicio más cruento de su vida, agravado por la idea enloquecedora de que su mujer podía pertenecer á otro.

Para afirmarse en el ejercicio de su libertad, era capaz, pensaba, de hacer públicos sus amores con Fondettes. Y aunque afectaba la mayor despreocupación aparentando no cuidarse poco ni mucho de sus actos, moríase de angustia en sus más cortas ausen-

cias. Si no hubiese temido el ridículo, la hubiera seguido por las calles; y ya que esto no podía hacerlo, pensó en buscar una persona de confianza en quien delegar tan delicada misión.

La señorita Chuin continuaba en la casa prestando sus servicios de ama de gobierno. El barón se había acostumbrado á su trato, y por otra parte estaba en muchas interioridades de la familia para que se la pudiese jubilar. Intenciones tuvo la oficiosa dueña de retirarse con los veinte mil francos recibidos de Nantás el día de su matrimonio; pero habiéndolo pensado con detenimiento calculó que tal vez continuando en la casa se le presentase ocasión de redondear su negocio á cambio de algún extraordinario servicio. Su aspiración era reunir, por lo menos, otros veinte mil francos para retirarse á Joinville, su país natal, y comprar, con el fin de pasar los últimos años de su vida, aquella casa del notario que tanto le había llamado la atención cuando era joven.

Nantás no había utilizado los servicios de la señorita Chuin en el tiempo que llevaba de casado; así, cuando la llamó á su despacho proponiéndola que le tuviese al corriente de la vida particular de Flavia, la astuta ama de llaves fingió no comprender, y le suplicó que le explicase sus deseos. Pensaba que sus servicios podían ser de importancia; y compren-

diendo los motivos que impulsaban al marido, quería obligarle á exponérselos claramente con el fin de hacer valer más su misión.

—Yo creo,—decía Nantás, rehuendo, naturalmente el explanar su pensamiento,—que mi mujer me oculta algún pesar; hace algunas semanas que me preocupa su tristeza, y deseo pues que averigüe usted si tiene algún motivo...

—Puede usted contar conmigo,—murmuró la señora Chuin con efusión maternal,—yo me debo á la señora y haré todo lo que pueda por ella y por usted.

Nantás prometió recompensarla según la importancia de sus buenos servicios; más ella tuvo la habilidad de obligarle á fijar una cantidad: recibiría diez mil francos el día que le presentase una prueba fehaciente de la buena ó la mala conducta de su señora. Poco á poco habían concluido por concretar los términos del asunto.

Desde aquel día quedó más tranquilo el ministro, dedicándose de lleno á sus múltiples negocios. Justamente por entonces tenía necesidad de trabajar en la preparación de los Presupuestos. De acuerdo con el Emperador, había introducido importantes modificaciones en el plan de Hacienda, y le precisaba reunir y preparar una gran cantidad de documentos y datos necesarios para contestar en las Cámaras á

las oposiciones que iban á combatirle vivamente.

Ocupado principalmente en esto, trabajaba sin cesar pasando en vela la mayor parte de las noches, sin que por ello dejase de comunicar frecuentemente con la señorita Chuin, á quien interrogaba con impaciencia. ¿Había averiguado alguna cosa? ¿Hacia la señora muchas visitas? ¿Frecuentaba determinadas casas? El ama de gobierno llevaba cuidadosamente redactado su diario, más hasta la fecha no había podido anotar sino datos sin importancia.

La verdad era que la respetable señorita Chuin había reflexionado detenidamente, y pensaba que con diez mil francos no satisfacía sus deseos, pues para posesionarse de la casa del notario necesitaba por lo menos veinte mil. Desde luego, tuvo la idea de venderse á la esposa como se había vendido á su marido, pero conocía demasiado á su señora y sabía que á la primera palabra hubiera rechazado con indignación cualquier ofrecimiento de aquella clase.

Hacia mucho tiempo que, con la esperanza de que algún día habrían de ser útiles sus trabajos, espiaba por su cuenta las acciones de su señora, pensando que frecuentemente los defectos ó los vicios de los amos hacen la fortuna de los criados. Pero su espionaje se estrellaba contra la conducta irreprochable de aquella mujer altiva cuyo orgullo era base sólida de la más acabada honradez conyu-

gal. Desde el día en que cometió su única falta, Flavia guardaba profundo rencor á todos los hombres.

En estas circunstancias, no se hacía muy fácil la realización de los bajos propósitos de la Chuin, cuando un día tropezó casualmente con Fondettes. Por el vivo interés con que este señor le preguntó por Flavia comprendió que no la había olvidado y que, antes por el contrario, tenía muy presente el momento que la había poseído.

La señorita Chuin en seguida formó su plan: servir al propio tiempo al marido y al amante. Hé aquí una combinación de la que se podía sacar mucho partido.

Precisamente todo venía á ayudar sus proyectos. Fondettes, libre por la muerte de su esposa, hubiera dado su fortuna por poseer de nuevo aquella mujer que le había pertenecido. El fué quien abordó la cuestión solicitando el apoyo y los buenos servicios de la señorita Chuin, á quien pintó con vivos colores la intensidad de su pasión. Por el buen parecer, rehusó al principio la Chuin; pero al cabo de ocho días y después de manifestar hipócritamente todo clase de escrúpulos, el negocio estaba terminado. Fondettes daría diez mil francos á la señorita Chuin, quien le proporcionaría los medios para introducirse una noche en el gabinete de Flavia.

La mañana del día convenido, la señorita Chuin se avistó con Nantás.

—¿Qué noticias me da usted?—preguntó aquel con impaciencia.

Ella, sin precisar nada, dejó entrever con sus reticencias que la señora tenía algunas amistades con las que estaba en frecuente relación.

—Al grano, al grano,—repetía trémulo y anhelante Nantás.

Por fin el ama de gobierno dejó escapar el nombre de Fondettes.

—Esta noche,—murmuró,—estará en la habitación de la señora.

—Está bien, gracias,—balbuceó Nantás.

Y la despidió con un ademán, temiendo desfallecer delante de ella. Esta brusca despedida sorprendió á la señorita Chuin, que iba muy bien prevenida para no embrollarse, suponiendo que sería sometida á un largo interrogatorio. Satisfecha por las facilidades que encontraba en su misión, saludó humildemente y salió con la actitud de una persona apesadumbrada.

Nantás se había levantado dejando escapar en voz alta frases entrecortadas.

—Esta noche... en su habitación...

Y se llevaba las manos á la cabeza como si temiese que fuera á estallar. Aquella cita en el mismo

domicilio conyugal le parecía monstruosa, el colmo del citismo. ¡No, no podía dejarse ultrajar de aquel modo! Y cerró sus puños de atleta, amenazando vengar con la fuerza su honor ofendido.

Intentó continuar su trabajo. Tres veces se sentó delante de su mesa y otras tantas tuvo que levantarse por la excitación que le dominaba y que con fuerza irresistible parecía impulsarle á subir á las habitaciones de su esposa para arrojarla al rostro el dictado de ramera. Pudo por fin vencerse y se sentó á trabajar, jurando que á la noche mataría á los amantes.

La víspera, Nantás había presentado al Emperador su proyecto definitivo de Presupuestos. Después de algunas objeciones discutidas por parte del ministro con perfecta lucidez, quedó acordado que al siguiente día presentaría el ministro su trabajo. Tenía, por tanto, precisión de ultimar y retocar su obra aquel mismo día.

—Los mataré á media noche,—discurría Nantás,—y me quedará tiempo hasta el día para terminar mi obra.

Aquella tarde, durante la comida, el barón de Danvilliers habló del proyecto de los Presupuestos que tanto ocupaba la atención de todos. El no aprobaba en absoluto las opiniones de su yerno sobre materias rentísticas, pero haciéndole justicia, las

encontraba muy atrevidas y notables. Mientras Nantás departía con su lucidez acostumbrada sobre el particular, creyó sorprender los ojos de su mujer fijos en los suyos. Frecuentemente, hacía algún tiempo que Nantás había sorprendido varias veces aquellas miradas vagas. ¿Sospecharía alguna cosa y temería haber sido vendida? Nantás hizo un esfuerzo para parecer indiferente, y continuó discutiendo sus proyectos financieros, hasta convencer á su suegro, rendido á los efectos de su clara inteligencia. Flavia seguía mirándole, habiendo mostrado un momento su rostro iluminado por la dulzura de un sentimiento extraordinario que se agitaba en su interior.

Hacia la media noche, Nantás se encontraba en su despacho dando la última mano á su obra maestra, á su creación suprema, á aquel completo mecanismo rentístico, que lentamente había ido formando, salvando gallardamente los obstáculos de todas clases que se habían cruzado en su camino.

Cuando el sonido del reloj anunció la media noche, Nantás levantó instintivamente la cabeza. El más completo silencio reinaba en el hotel. En aquella hora los adúlteros estarían cometiendo el crimen.

Nantás dejó la pluma y se levantó de mala gana, como quien va á realizar un acto inevitable de antemano preconcebido.

Después sintió enrojecer su rostro; sus ojos despidieron llamas de cólera, y precipitadamente subió á las habitaciones de su mujer.

Aquella noche Flavia había despedido muy temprano á su doncella. Deseaba estar sola. Eran las doce y todavía se encontraba en el gabinete que precedía á su alcoba. Tendida en una butaca, con un libro entre las manos, leía; mas á cada instante sus ojos se apartaban de las páginas y dejaban escapar vagas miradas, reveladoras de honda preocupación.

De pronto, se oyó ruido en la puerta.

—¿Quién es?—exclamó Flavia levantándose.

—Abre,—respondió Nantás.

Obedeció Flavia maquinalmente sin que los efectos de la sorpresa la dejasen reflexionar por el momento. Jamás su marido se había presentado de aquel modo en sus habitaciones. Nantás se precipitó en la estancia, desencajado y dominado por la cólera; en el camino habíase encontrado con la Chuin en acecho, que había dejado deslizar la noticia de que Fondettes hacía dos horas que estaba en las habitaciones de la señora. No cabía, pues, la menor duda.

—Señora,—exclamó Nantás,—tiene usted un hombre oculto en su alcoba.

Por el momento, Flavia no supo que contestar; sus pensamientos de hacía un instante eran bien distintos. Pasada la primera impresión, exclamó:

—Está usted loco, caballero...

Sin hablar una palabra, Nantás se dirigió resueltamente hacia la alcoba; pero su mujer se colocó precipitadamente delante de la puerta impidiéndole el paso, y gritando:

—No, no entrará usted... estoy en mi casa... ¡prohibo á usted que de un paso más!

Y arrogante y provocativa, se puso delante de su marido. Por un momento quedaron inmóviles, sin hablar palabra, y mirándose de hito en hito. Nantás extendió los brazos intentando acompañar la palabra con la acción.

—Déjame,—decía,—soy más fuerte que tú y entraré al fin.

—No, no entrará usted; no lo consiento.

—Hay un hombre... un hombre...

Flavia mostró con un gesto que no trataba de desmentirlo: luego exclamó cambiando bruscamente de tono:

—Y bien, aunque fuese verdad, ¿con qué derecho se iba usted á oponer? ¿No soy completamente libre?

Nantás retrocedió ante aquella frase.

En efecto, su mujer era libre, así lo habían convenido, aceptando él su papel con todos las consecuencias, y ahora comprendía que Flavia, con todas sus faltas, estaba en más airosa situación que él,

dominado por la pasión estúpida de los celos, con el semblante pálido y mostrando todo un infierno de sufrimientos reconcentrados.

Quando Flavia notó el cambio que se operaba en el interior de aquel hombre, apartóse de la entrada de su alcoba, y dirigiendo á su marido una amistosa y duce mirada, dijo con la mayor sencillez:

—Mire usted...

Y ella misma entró en la estancia con un quinqué en la mano, mientras Nantás permanecía inmóvil. Con un ademán le había hecho comprender que era inútil, que no quería ver nada. Insistió Flavia, y se adelantó á descorrer los cortinajes de su lecho...

Detrás de estos apareció Fondettes en la actitud de un culpable.

Presa de un estupor indescriptible, lanzó Flavia un grito balbuceando:

—¡Era verdad... era verdad!... Este hombre aquí... ¡yo lo ignoraba!, ¡oh! ¡por mi vida, yo lo juro!

Después, por un esfuerzo de voluntad, se calmó y pareció desechar el primer movimiento que le impulsaba á la natural defensa.

—Tenía usted razón, caballero, suplico á usted que me perdone...—exclamó, procurando dar á su voz una entonación tranquila.

Entretanto, Fondettes sentía sobre sí todo el peso de su violenta situación; hubiera deseado que su

marido hubiese increpado; pero éste, pálido como un muerto, nada decía.

Por último, dirigió una mirada á Fondettes y á Flavia, é inclinándose ante ésta, pronunció una sola frase:

—Señora, dispense; es usted libre.

Y salió de la estancia sintiendo que le abandonaban las fuerzas, ofuscado el pensamiento, y movido simplemente por el mecanismo de sus huesos y músculos.

Quando entró en su despacho, se dirigió en derecha á una mesa, y tirando de los cajones, sacó un revolver, que examinó detenidamente, mientras decía en voz alta, como adquiriendo consigo mismo un compromiso ineludible:

—¡Adelante: moriré cuando todo esté dispuesto!

Avivando su lámpara que había dejado á media luz, sentóse delante de su pupitre, reanudó su trabajo; y en medio del silencio solemne de la noche, sin una alteración en su rostro, continuó tranquilamente la frase comenzada.

Dos horas más tarde, Flavia, que había arrojado inmediatamente de su habitación á Fondettes, bajó con los pies desnudos á las habitaciones de su marido, y se puso á escuchar junto á la puerta del despacho: no se oía más que el ruido de la pluma corriendo sobre el papel. Flavia miró por el ojo de

la cerradura. Nantás escribía siempre con la misma tranquilidad, revelando en la serenidad de su rostro la satisfacción y la paz que proporciona el trabajo, mientras un rayo de la lámpara hacía brillar el cañón del revolver puesto al alcance de su mano.

V

La casa inmediata al jardín del palacio era en la actualidad propiedad de Nantás, que la había comprado á su suegro. Por un justificado capricho, el joven banquero había prohibido alquilar aquella miserable bohardilla, en la cual, por espacio de dos meses, luchó á la desesperada contra los efectos de la indigencia, á su llegada á París.

Realizada ya su fortuna, Nantás había sentido en varias ocasiones deseos vehementísimos de visitar su antigua vivienda. Y cuando algún obstáculo se oponía á su carrera, y cuando se encontraba en las más críticas situaciones de la vida, se encerraba por algunas horas en aquella destartada habitación que le recordaba sus días de privaciones. Al tener ahora la idea del suicidio, decidió realizarlo en su antigua vivienda.

Eran ya las ocho de la mañana cuando Nantás terminó su trabajo. Después de lavarse con agua fresca para calmar los efectos de la fatiga, llamó sucesi-

vamente á gran número de empleados para darles las órdenes correspondientes. Cuando llegó su secretario, dióle instrucciones concretas para que llevase su proyecto de Presupuestos á las Tullerías, dando al Emperador las explicaciones necesarias. Después de esto, Nantás creía haber cumplido su deber. Todo lo dejaba en orden, y no se diría que se mataba como un banquero en quiebra que se ha vuelto loco. En fin, le parecía que podía disponer libremente de su vida sin temor á que nadie le acusase de egoísmo y de cobardía.

Dieron las nueve; Nantás, arreglado ya todo, se dispuso á consumir su obra. Al dirigirse á su despacho en busca del revolver, tuvo que sufrir una nueva amargura. La presencia de la señorita Chuin, que venía á recoger el precio de su mala acción, le recordó todo lo pasado. Le entregó los diez mil francos, y huyendo con repugnancia de las frases de consuelo que le dirigía la sirvienta, y que le hubieran impulsado á realizar su muerte si por un momento hubiese dudado, subió á su antigua habitación, entrando tan precipitadamente, que no advirtió que dejaba la llave en la cerradura.

Nada había cambiado en la bohardilla. El papel ostentaba los mismos desgarrones; la misma cama, la misma silla y la mesa misma pregonaban la miseria de otros días. Nantás respiró con fuerza aquel

aire de indigencia que le recordaba lo pasado. Luego se apoyó en la ventana contemplando aquella parte de la ciudad de París; los árboles del palacio, el Sena, los muelles, todo el extremo de la orilla derecha y el conjunto de edificios que se confundían hasta perderse en las lejanías del cementerio del Padre Lachaise.

Nantás había dejado el revolver sobre la desvenecijada mesa. Ahora no tenía ninguna prisa: estaba seguro de que nadie le molestaría y de que podría matarse á su gusto. Pensaba que se encontraba en la misma situación de otros tiempos, en el mismo sitio y con los mismos propósitos del suicidio. Un día se había encontrado en aquella estancia con los propios deseos de saltarse el cráneo; pero era entonces tan pobre que no tenía arma necesaria, y había pensado en estrellarse la cabeza contra las piedras de la calle. El resultado era el mismo: al fin la muerte.

Así, al término de la carrera, aquello era lo único sólido, lo único que no mentía, lo único verdad. La experiencia que había hecho de la vida conquistando una fortuna, le parecía una puerilidad. ¿De qué le había servido aquel derroche de energías gastadas en tantos años de lucha, si á la postre venía á comprender que la voluntad y la fuerza no son suficientes para conseguir todos los deseos? Su aspiración suprema era irrealizable. Flavia no podía amarle, y

aquel gran edificio á tanta costa levantado y formado, caía derribado como castillo de naipes abatido por el soplo de un niño. La vida tiene sarcásticas crueldades: los hombres superiores sucumben como los más inbéciles.

Nantás amartilló el revolver. En aquel momento supremo, pensó con dolor y por última vez en la fatalidad de su suerte. ¡Qué grandes cosas hubiese realizado, si Flavia le hubiese comprendido! El día en que se hubiera arrojado á su cuello pronunciando la anhelada frase «Yo te amo», Nantás hubiera poseído la palanca necesaria para levantar el mundo.

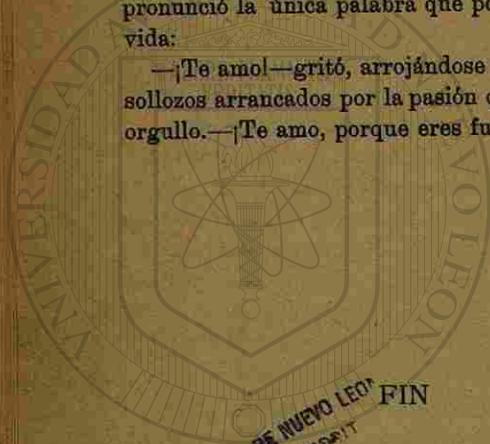
Y su último pensamiento fué de soberano desprecio hacia la fuerza, aquella fuerza que no había podido conquistar el amor de Flavia.

Levantó lentamente la mano en la que empuñaba el revolver. La mañana estaba hermosísima; por la abierta ventana, el sol, con su luz fecundante, arrojaba sobre la miserable bohardilla effluvios de juventud. A lo lejos se oía el rumor de la población, que comenzaba su labor diaria. Nantás apoyó el cañón del revolver sobre su frente.

Pero en aquel momento se abrió con violencia la puerta, y Flavia se abalanzó á su marido desviando rápidamente el cañón del revolver. Sonó una detonación y fué á incrustarse la bala en el techo de la bohardilla. Los dos se miraron un momento sin que

la emoción les permitiese pronunciar una palabra. Al fin Flavia, tuteando por vez primera á su marido, pronunció la única palabra que podía decidir de su vida:

—¡Te amo!—gritó, arrojándose á su cuello, entre sollozos arrancados por la pasión que dominaba á su orgullo.—¡Te amo, porque eres fuerte!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE NUEVO LEÓN
40466-1666 MONTERREY

DIRECCIÓN GENERAL

Biblioteca rosa

OBRAS PUBLICADAS

- 1 *La comedianta*, por Paul de Molenes.
- 2 *Drama de amor*, por Federico Soulié.
- 3 *Las ánimas del purgatorio*, por Próspero Meriméc.
- 4 *Pecados de la juventud*, por V. Perceval.
- 5 *Un drama sangriento*, por Luis Jacolliot.
- 6 *La justiciera de sí misma*, por Carlos Barbará.
- 7 *Teresita* (ilustrada), por Julio Ruiz Montero.
- 8 *El capitán Burle*, por Emilio Zola.
- 9 *Las sendas de Dios*, por B. Bjornson.
- 10 *El monstruo*, por Carlos Bodin.
- 11 *Naida Micoulin*, por Emilio Zola.
- 12 *El sillón fatal*, por Pedro New-ky.
- 13 *Un crimen infame*, por Enrique Murger.
- 14 *Noche trágica*, por E. Daudet.
- 15 *Sidoni y Mederico*, por Emilio Zola.
- 16 *La piel de león*, por Carlos de Bernard.
- 17 *El amor de una muerta*, por Aureliano Scholl.
- 18 *La voluntad de una muerta*, por Emilio Zola.
- 19 *El fin de Lucía Pellegrin*, por Paul Alexis.
- 20 *Santiago Damour*, por Emilio Zola.
- 21 *La fiesta de Coqueville*, por Emilio Zola.
- 22 *El secreto del cadalso*, por Villiers de L'Isle Adam.
- 23 *Sin trabajo*, por Emilio Zola.
- 24 *Los sufrimientos de un húsar* (ilustrada), por Paul de Molenes.
- 25 *El maestro de escuela*, por Federico Soulié.
- 26 *La inocencia de un presidiario*, por Carlos de Bernard.



MIGUELÓN

I

Una tarde, en el recreo de las cuatro, Miguelón me llamó aparte, á un rincón del patio. Tenía un aire grave que me hizo abrigar algún temor, porque Miguelón era un mozo fornido, con puños enormes, á quien por nada del mundo hubiera querido yo tener por enemigo.

—Oye,—me dijo con su voz grasa de lugareño apenas desbastado;—oye ¿quieres ser de los nuestros?

Respondí redondamente: ¡Sí! lisonjeado de representar algo para Miguelón. Entonces me explicó que se trataba de un complot. Las confidencias que me hizo me causaron una sensación deliciosa que jamás, quizá, he vuelto á experimentar después. Por fin entraba en las locas aventuras de la vida, iba á tener un secreto que guardar, una batalla que dar. Y ciertamente el terror no confesado que sentí á la idea de comprometerme de tal suerte contaba por una buena cantidad en las alegrías punzantes de mi nuevo papel de cómplice.

Así, mientras Miguelón hablaba, hallábame yo poseído de admiración ante él. Me inició con un tono algo rudo, como un quinto en cuya energía solo se tiene mediana confianza. No obstante, el estremecimiento de gusto, el aire de éxtasis entusiasta que debía yo tener al escucharle acabaron por hacerle formar mejor opinión de mí.

Al dar la campana el segundo golpe, yendo los dos á ocupar nuestro puesto en las filas para volver al estudio:

—¿Quedamos entendidos, no es eso?—me dijo en voz baja.—Eres de los nuestros. ¿No tendrás miedo, cuando menos? ¿No nos traicionarás?

—¡Oh, no! Ya verás. Es cosa jurada.

Me miró con sus ojos grises, fijamente, con una verdadera dignidad de hombre maduro, y me dijo aun:

—Si no es así, no te pegaré, pero diré por todas partes que eres un traidor, y nadie volverá á mirarte á la cara.

Aun recuerdo el singular efecto que me produjo esta amenaza. Me dió un valor enorme. «¡Bah!—me decía yo.—Ya pueden castigarme haciéndome copiar dos mil versos; ¡el diablo que haga yo traición á Miguelón!» Esperé con impaciencia febril la hora de la comida. La revuelta debía estallar en el rectorio.

II

Miguelón era del Var. Su padre, un labrador que poseía alguna piezas de tierra, había tomado las

armas el 51, cuando la insurrección provocada por el golpe de Estado. Dejado por muerto en la llanura de Uchane, había conseguido ocultarse. Cuando reapareció, no le molestaron. Lo único que hubo es que las autoridades del país, los notables, los gordos y los pequeños rentistas no le llamaban más que «ese bandido de Miguelón.»

Ese bandido, ese hombre honrado sin letras envió á su hijo al colegio de Aire. Sin duda, quería que fuese sabio para el triunfo de la causa que él no había podido defender más que con las armas en la mano. Sabíamos vagamente esta historia en el colegio, lo cual nos hacía mirar á nuestro camada como un personaje muy temible.

Miguelón, por otra parte, contaba mucha más edad que nosotros. Tenía cerca de diez y ocho años, por más que no estudiase aun más que cuarto año, pero nadie se atrevía á gastarle bromas. Era uno de esos espíritus rectos, que aprenden difícilmente lo que no adivinan; solo que, cuando sabía una cosa, la sabía á fondo y para siempre. Fuerte, como cortado á hachazos, reinaba como amo durante los recreos. Con eso, tenía una dulzura extremada. Nunca le ví encolerizado más que una vez; quería estrangular á un ayudante que nos enseñaba que todos los republicanos eran ladrones y asesinos. Fué menester sacarle de clase.

Hasta mucho más adelante, cuando he vuelto á ver á mi antiguo camarada en mis recuerdos, no he podido comprender su actitud dulce y fuerte. Desde muy temprano su padre había debido hacer de él un hombre.

III

Miguelón se mostraba complacido en el colegio, lo cual no era el menor de nuestros asombros. Solo experimentaba un suplicio del que no se atrevía á hablar: el hambre. Miguelón siempre tenía hambre.

No recuerdo haber conocido apetito igual. El, que tan altivo era, llegaba á veces hasta representar comedias humillantes para sacarnos un pedazo de pan, un desayuno ó una merienda. Criado en pleno aire, al pie de la Sierra de los Moros, sufría más cruelmente aun que nosotros con la roñosa cocina del colegio.

Era este uno de nuestros grandes temas de conversación, en el patio, á lo largo de la pared que nos abrigaba con su filete de sombra. Todos nos mostrábamos muy delicados. Recuerdo sobre todo cierto bacalao con salsa colorada y ciertas judías con salsa blanca que se habian convertido en objetos de la maldición general. Los días que aparecían estos platos no callábamos. Miguelón, por respeto humano, gritaba con nosotros, por más que de buena gana se hubiese zampado las seis raciones de su mesa.

Miguelón no solía quejarse más que de la cantidad de viveres. La casualidad, como para exasperarle, le había colocado al extremo de la mesa, al lado del ayudante, un joven esmirriado que nos dejaba fumar en el paseo. La regla era que los ayudantes tenían derecho á dos raciones. Así,

cuando servían salchichas había que ver á Miguelón mirar los dos cabos de salchicha que se alargaban lado á lado sobre el plato del ayudantillo.

—Soy dos veces más grueso que él, me decía una vez, y él es quien tiene dos veces más comida que yo. ¡Y no deja nada! ¡Aún no tiene bastante!

IV

Ahora bien: los agitadores habían resuelto que debíamos rebelarnos por fin contra el bacalao con salsa colorada y las judías con salsa blanca.

Naturalmente ofrecieron la jefatura á Miguelón. El plan de aquellos señores tenía una sencillez heroica: bastaría,—pensaban,—poner su apetito en huelga, rehusar todo el alimento hasta que el provisor declarase solemnemente que se mejoraría el principio. La aprobación que Miguelón dió á este plan es uno de los más hermosos rasgos de abnegación y el valor que yo conozca. Aceptó ser el jefe del movimiento con el tranquilo heroísmo de los antiguos romanos que se sacrificaban por la cosa pública.

¡Imaginaos, pues! ¡Mucho se le importaba á él ver desaparecer el bacalao y las judías; lo que él deseaba no era más que una cosa, y era tener más, á discreción! ¡Y para colmo se le pedía que ayunase! Después me confesó que jamás aquella virtud republicana que su padre le había enseñado, la solidaridad, el sacrificio del individuo á los intereses de la comunidad, había sido puesta en él á más ruda prueba.

Por la tarde, en el refectorio, era el día del bacalao con salsa colorada, comenzó la huelga con un conjunto verdaderamente bello. Solo era permitido el pan. Llegan los platos; no los tocamos, comamos nuestro pan seco. Y eso gravemente, sin hablar en voz baja, como teníamos por costumbre. Solo los pequeños reían.

Miguelón estuvo soberbio. Llegó, aquella primera noche, hasta el extremo de no comer pan. Se había puesto de codos sobre la mesa y miraba desdenosamente al ayudantillo, que devoraba.

Entretanto, el ayudante hizo avisar al provisor, que entró en el refectorio como una tromba. Nos apostofó rudamente, preguntándonos que podíamos decir de aquel manjar, que cató y declaró exquisito.

Entonces se levantó Miguelón.

—Caballero,—dijo,—es que el bacalao está podrido y no podemos digerirlo.

—Conque ¿sí?—gritó el esmirriado ayudante, sin dejar al provisor tiempo de responder; pues las otras noches os habéis comido casi toda la fuente vos solo.

Miguelón se ruborizó de un modo extraordinario. Aquella noche se nos envió sencillamente á dormir diciéndonos que al día siguiente lo reflexionaríamos sin duda mejor.

V

Al día siguiente y el otro, Miguelón estuvo terrible. Las palabras del ayudante le habían herido

en el corazón. Ahora cifraba todo su orgullo en demostrar que, cuando quería, no comía.

Fué un verdadero martir. Nosotros ocultábamos todos en los pupitres chocolate, tarros de confituras, hasta encurtidos, que nos ayudaban á no comer enteramente seco el pan de que nos llenábamos los bolsillos. El, que no tenía ningún pariente en la población, y que por otra parte no se permitía semejantes dulzuras, se mantuvo estrictamente á las pocas cortezas que puó encontrar.

A los dos días, habiendo declarado el provisor que puesto que los alumnos se obstinaban en no tocar los platos iba á mandar no se distribuyese más pan, estalló la revuelta, en el almuerzo. Era el día de las judías con salsa blanca.

Miguelón, cuya cabeza debía estar trastornada por un hambre atroz, se levantó bruscamente. Cogió el plato del ayudante, que comía á dos carrillos para mofarse de nosotros y darnos dentera, lo arrojó en medio de la sala y en seguida entonó la *Marsellesa* con fuerte voz. Fué como una gran ráfaga que nos levantó á todos. Los platos, las botellas, los vasos bailaron una linda danza. Y los ayudantes, ayudándose de sus piernas, se apresuraron á dejarnos campo libre en el refectorio. El esmirriado, en su fuga recibió en las espaldas un plato de judías cuya salsa le formó un ancho cuello blanco.

Entretanto, se trataba de fortificar la plaza. Miguelón fué nombrado general. Hizo llevar y amontonar las mesas delante de las puertas. Me acuerdo que todos empuñamos los cuchillos de la mesa. Y

la *Marsellesa* tronaba siempre. La revuelta se convertía en revolución. Felizmente se nos dejó abandonados á nosotros mismos por espacio de tres horas. Parece que habían ido á buscar la guardia. Aquellas tres horas de algazara bastaron para calmarnos.

Había en el fondo del refectorio dos anchas ventanas que daban al patio. Los más tímidos, espantados de la larga impunidad en que se nos dejaba, abrieron bonitamente una de las ventanas y desaparecieron. Poco á poco fueron seguidos por los demás alumnos, y pronto Miguelón no contó más que con diez insurrectos á su lado. Entonces les dijo con voz ruda:

—Id á encontrar á los otros; basta con que haya un culpable.

Luego, dirigiéndose hacia mí, que vacilaba, añadió:

—Te devuelvo tu palabra ¿oyes?

Cuando la guardia hubo derribado una de las puertas encontró á Miguelón, solo, sentado tranquilamente en un extremo de la mesa en medio de la vajilla rota. La misma noche fué enviado á su padre. En cuanto á nosotros, la revuelta nos aprovechó poco. Evitóse durante algunas semanas el servirnos bacalao y judías, pero después reaparecieron; solo que el bacalao era con salsa colorada y las judías con salsa roja.

VI

Largo tiempo después volví á ver á Miguelón.

No había podido continuar sus estudios; cultivaba á su vez algunos pedazos de tierra que su padre le había dejado al morir.

—Hubiera sido,—me dijo,—un mal abogado ó un mal médico, porque tenía la cabeza harto dura. Vale más que sea labrador. Es lo que me toca... ¡No importa! ¡Me dejásteis lindamente plantado! ¡A mi precisamente, que adoraba el bacalao y las judías!



LA FIESTA DE COQUEVILLE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No había podido continuar sus estudios; cultivaba á su vez algunos pedazos de tierra que su padre le había dejado al morir.

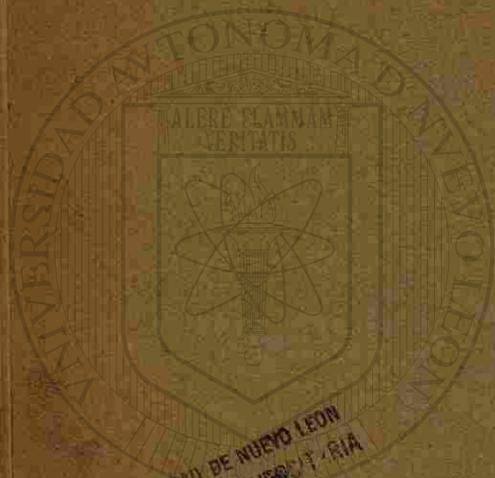
—Hubiera sido,—me dijo,—un mal abogado ó un mal médico, porque tenía la cabeza harto dura. Vale más que sea labrador. Es lo que me toca... ¡No importa! ¡Me dejásteis lindamente plantado! ¡A mi precisamente, que adoraba el bacalao y las judías!



LA FIESTA DE COQUEVILLE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Establecimiento tipográfico «La Ibérica»

BIBLIOTECA ROSA

OBRAS ESCOGIDAS DE LOS MAS CELEBRES AUTORES

LA FIESTA DE COQUEVILLE

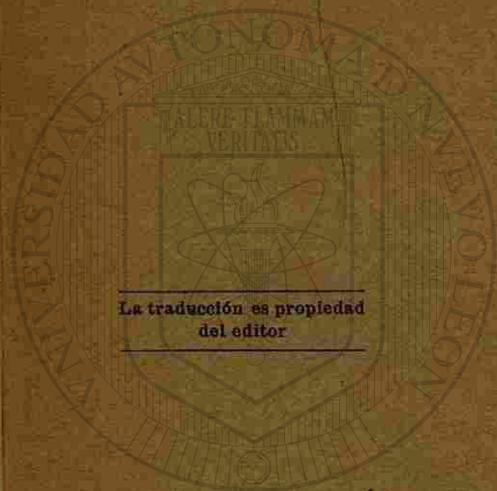
FOR

EMILIO ZOLA



ADMINISTRACION
PLAZA DE TETUAN, 50, PRAL.
BARCELONA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



La traducción es propiedad
del editor

LA FIESTA DE COQUEVILLE

I

Coqueville es un pueblecillo levantado en una hendidura de las rocas, á dos leguas de Grandport. Una hermosa playa de arena se extiende ante los edificios pegados á la ladera del acantilado como conchas dejadas allí por la marea. Cuando se sube á las alturas de Grandport, hacia la izquierda, se ve claramente, al oeste, la amarilla sábana de la playa, semejante á una oleada de polvo de oro brotada de la abierta hendidura de la roca; y aun, teniendo buena vista, se distinguen las casas, cuyo tono de orín mancha la piedra y cuyas chimeneas lanzan azuladas humaredas hasta la cresta de la enorme rampa, cerrando el cielo.

Es un agujero perdido. Coqueville no ha logrado alcanzar jamás la cifra de doscientos habitantes. La garganta que desemboca en el mar y en cuyo umbral está edificado el pueblo, se interna en las

tierras con vueltas tan bruscas y subidas tan ásperas, que es casi imposible pasar por allí con carruajes. Esto corta todas las comunicaciones y aísla el país, donde se cree uno estar á cien leguas de los caseríos vecinos; por lo tanto, los habitantes no se comunican con Grandport más que por agua. Pescadores casi todos, viviendo del Océano, llevan allí diariamente en sus barcas el pescado que han cogido. Una gran factoría, la casa Dufeu, les compra la pesca á un tanto alzado. Dufeu, padre, murió hace algunos años; pero su vinda continúa los negocios, habiéndose limitado á tomar un representante llamado Monchel, alto y rubio, encargado de recorrer la costa y tratar con los pescadores. Este buen Monchel es el único lazo entre Coqueville y el mundo civilizado.

Coqueville merecería una historia. Parece cierto que allá, en la noche de los tiempos, fué fundado el pueblo por los Mahé, una familia que fué á establecerse allí y que se desarrolló al pie del acantilado. Los Mahé debieron multiplicarse al principio casándose entre sí, pues durante siglos no se halla más apellido que el de Mahé. Luego, bajo Luis XIII, aparece un Floche que no se sabe exactamente de donde venía. Se casó con una Mahé y desde entonces observóse un fenómeno: los Floche prosperaron á su vez y se multiplicaron de tal modo que acabaron por absorber á los Mahé, cuyo número disminuía, mientras que su fortuna pasaba á manos de los recién llegados. Sin duda los Floche llevaban sangre nueva, órganos más vigorosos, un temperamento que se adaptaba mejor á aquel duro medio

de aire libre y plena mar. De todas maneras, ellos son hoy los amos de Coqueville.

Concíbese que este cambio de número y de riquezas no se realizó sin terribles sacudidas. Los Mahé y los Floche se detestaban. Existe entre ellos un odio secular y, á pesar de su caída, los Mahé conservan un orgullo de antiguos conquistadores. En suma, son ellos los fundadores, los antepasados; hablan con desprecio del primer Floche, un mendigo, un vagabundo recogido por ellos por compasión y al cual, con eterna desesperación suya, dieron una de sus hijas. Según ellos, aquel Floche no engendró más que una descendencia de pillos y de ladrones que pasaban la noche en hacer hijos y el día en codiciar herencias. Y dominados por la amargura rabia de esos nobles diezmados y arruinados que ven pulular á la burguesía, dueña de sus rentas y de sus castillos, no hay injuria con que no abrumen á la poderosa tribu de los Floche. Naturalmente, á estos, por su parte, les hace insolentes el triunfo. Poseen, lo cual les hace ser chocarreros. Llenos de sarcasmo hacia la antigua raza de los Mahé, juran arrojarlos del pueblo si no se les someten, pues, en su sentir, son unos muertos de hambre que, en vez de ostentar sus andrajos, harían mejor en remendarlos. Coqueville se ve presa de dos feroces facciones, algo así como ciento treinta habitantes resueltos á comerse á los otros cincuenta por la sencilla razón de que son los más fuertes. La lucha entre dos grandes imperios no tiene otra historia.

Entre las querellas que recientemente trastornaron Coqueville se cita la famosa enemistad de los

dos hermanos Fonasse y Tupain y las famosas batallas del matrimonio Rouget. Se ha de saber que cada habitante recibía antiguamente un mote que se ha llegado á convertir en un verdadero nombre de familia, pues era difícil entenderse entre los cruzamientos de los Mahé y los Floche. Rouget tuvo seguramente algún antepasado de un rubio subido; en cuanto á Fonasse y Tupain llamábanse así sin saber por qué, pues muchos sobrenombres pierden á la larga todo significado razonable. Ahora bien: la anciana Francisca, una buena moza de ochenta años que no pensaba en morirse, había tenido á Fonasse de un Mahé, su primer marido; luego, al enviudar, se había casado con un Floche, del cual dió á luz á Tupain. De aquí el odio de los dos hermanos, atizado aun por cuestiones de herencia. En casa de los Rouget se batía el cobre porque Rouget acusaba á su esposa María de que le hacía traición con un Floche, el gran Brisemotte, un robusto mozo sobre quien el marido se había lanzado ya dos veces cuchillo en mano, gritando que le abriría el vientre. Rouget, hombrecillo nervioso, era muy colérico.

Pero lo que apasionaba entonces á Coqueville no eran ni los furoros de Rouget ni las cuestiones de Toupain y Fonasse. Circulaba un rumor importante: Delfin, un Mahé, un galopin de veinte años, atreviase á amar á Margarita, la hija de La Queue, (1) el más rico de los Floche, alcalde del país. Este La Queue era en realidad un personaje importante

(1) *La Coleta.*

Llamábase así porque su padre, bajo Luis Felipe, había sido el último en prescindir de la coleta, demostrando una obstinación de viejo que se empeñó en conservar las modas de su juventud. La Queue poseía una de las dos grandes barcas de pesca de Coqueville; el *Céfiro*, la mejor de ambas, nueva aun y de sólida construcción; la otra, un patache podrido, llamado la *Ballena*, pertenecía á Rouget, cuyos marineros eran Delfin y Fonasse, mientras que la Queue llevaba consigo á Tupain y Brisemotte. Estos últimos no se cansaban de reír, menospreciando á la *Ballena*, de la que decían que era un zapato que se iría á fondo cualquier día como un puñado de lodo. En consecuencia, cuando La Queue supo que aquel pobretón de Delfin, el grumete de la *Ballena*, se permitía rondar á su hija, pegó á ésta dos soberbias bofetadas para advertirla sencillamente que jamás sería la esposa de un Mahé. Al pronto, Margarita, furiosa, exclamó que traspasaría el par de bofetadas á Delfin, si se permitía siquiera rozarle la falda, pues era triste cosa verse pegada por culpa de un mozo al que ni siquiera miraba á la cara. La joven, fuerte, á los diez y seis años, como un hombre, y hermosa como una dama, gozaba la reputación de ser de carácter despreciativo y muy dura para los enamorados. Y ya se comprenderá cuán interminables murmuraciones había en Coqueville sobre la historia de las dos bofetadas, de la audacia de Delfin y de la cólera de Margarita.

Sin embargo, decían algunos que ésta en el fondo no estaba tan furiosa como parecía de que Delfin

la rondase. El tal Delfin era un rubito de piel dorada por el aire del mar, con una cabellera rizada que le bajaba sobre los ojos y el cuello; á pesar de su corta estatura, era robusto y muy capaz de habérselas con tres mayores que él. Referíase que á veces se escapaba é iba á pasar la noche en Grandport, lo que le daba una reputación de calavera entre las jóvenes, que le acusaban entre sí de ser un vividor, expresión vaga que comprendía para ellas toda clase de placeres desconocidos. Margarita se arrebatava mucho cuando hablaba de Delfin. Este sonreía con aire socarrón y la miraba con sus ojos pequeños y relucientes sin preocuparse lo más mínimo de sus desdenes ni de sus arrebatos. Pasaba ante su puerta, se deslizaba á lo largo de las malezas, la acechaba durante horas enteras con la paciencia y la agilidad de un gato que acecha un abejarruco; y cuando ella le descubría de pronto detrás de sus sayas, tan cerca á veces que le adivinaba en su tibio aliento, él no huía y tomaba un aire dulce y triste que la dejaba cortada, sofocada, sin poder recobrar su cólera hasta que Delfin estaba lejos. De seguro si su padre la hubiese visto la hubiera vuelto á abofetear. Aquello no podía continuar; pero por más que la joven juraba que Delfin acabaría por recibir el par de bofetadas que le había prometido, no encontraba jamás ocasión de dárselas cuando estaba á su lado, lo que hacía decir á la gente que no debía hablar tanto supuesto que acababa por guardarse las bofetadas para sí.

Nadie, sin embargo, suponía que pudiera jamás ser esposa de Delfin. Veíase solo en su conducta

una debilidad de joven coqueta. En cuanto al casamiento del más pobre de los Mahé, un mozo que no tenía seis camisas de ajuar, y la hija del alcalde, la más rica heredera de los Floche, hubiese parecido simplemente monstruoso. Las malas lenguas insinuaban que á pesar de todo, ella podría muy bien entenderse con él, pero que no le daría su mano, pues una joven rica se divierte como quiere, mas si tiene cabeza no comete una tontería. En suma, todo Coqueville se preocupaba del caso, deseando saber en qué pararía aquello. ¿Recibiría al cabo Delfin las dos bofetadas ó bien Margarita se dejaría besar en las mejillas en cualquier hendidura del acantilado? Habría que verlo. Unos apostaban por los bofetones y otros por los besos, y Coqueville estaba en revolución.

Sólo dos personas en el pueblo, el cura y el guarda rural, no pertenecían ni á los Mahé ni á los Floche. El guarda, hombre alto y seco cuyo nombre se ignoraba, pero á quien llamaban el *Emperador*, sin duda porque había servido bajo Carlos X, no ejercía en realidad ninguna vigilancia seria en la comarca, donde todo eran peladas rocas y landas desiertas. Un sub-prefecto que le protegía había creado para él aquella prebenda, donde disfrutaba en paz un módico sueldo. En cuanto al padre Radiguet, era uno de esos sacerdotes de alma sencilla á quienes los obispos, deseosos de desembarazarse de ellos, entierran en algún agujero extraviado. Vivía como un buen hombre, vuelto á la vida del campo, cultivando su estrecha huerta, conquistada sobre la roca, fumando su pipa y mirando cómo crecían sus

verduras. Su único defecto era una glotonería que no sabía cómo refinar, pues estaba reducido á adorar las sargas y á beber cidra, acaso en más cantidad de la que podía contener. Por lo demás, era el padre de sus parroquianos que iban de tarde en tarde á oír una misa para darle gusto.

Pero el cura y el guarda rural hubieron de acabar por tomar partido, después de permanecer largo tiempo neutrales. *El Emperador* se declaró por los Mahé, mientras que el padre Radignet apoyaba á los Floche. De ahí surgieron complicaciones. Como *el Emperador* pasaba el día viviendo á lo burgués, y se cansaba de contar los barcos que salían de Grandport, se dedicó á hacer la policía del pueblo. Declarado partidario de los Mahé por secretos instintos de conservación social, daba la razón á Fonasse contra Tupain, trataba de sorprender á la esposa de Rouget en flagrante delito con Brisemotte, y sobre todo, cerraba los ojos cuando veía á Delfin deslizarse en el patio de Margarita. Lo peor era que esta conducta ocasionaba fuertes cuestiones entre *el Emperador* y su superior nato el alcalde La Queue. Respetuoso con la disciplina, el primero escuchaba las reprimendas del segundo... y continuaba procediendo á su antojo, lo cual desorganizaba los poderes públicos de Coqueville. No se podía pasar por la barraca decorada con el nombre de alcaldía sin ensordecer por el ruido de una disputa. De otro lado, el padre Radignet, aliado de los Floche triunfantes, que le colmaban de soberbias sargas, animaba sordamente las resistencias de la esposa de Rouget y amenazaba á

Margarita con las llamas del infierno si dejaba que Delfin la llegase á tocar con el dedo. Era aquello, en suma, la anarquía completa, el ejército insubordinado contra el poder civil, la religión mostrándose complaciente con los placeres de la burguesía, todo un pueblo de ciento ochenta habitantes devorándose en un agujero, frente al mar inmenso y bajo el infinito cielo.

En medio de Coqueville trastornado, sólo Delfin conservaba su risa de joven enamorado, que se burlaba de todo con tal que Margarita fuese suya. La cazaba con lazo, como á los conejos, pero muy prudente, á pesar de su aire atolondrado, quería que el cura los casase para que el placer durara siempre.

Una noche, Margarita levantó por fin la mano, en un sendero donde él la acechaba; pero se puso encarnada, pues sin esperar el bofetón, Delfin la cogió aquella mano que le amenazaba y comenzó á besarla furiosamente.

Como ella temblase, díjola él en voz baja:

—Te amo. ¿Quieres ser mía?

—¡Jamás!—exclamó la joven indignada.

El se encogió de hombros y repuso con aire tranquilo y tierno:

—No digas eso... Los dos hemos de ser uno de otro... y ya verás qué bueno es.

II

Aquel domingo el tiempo fué espantoso, estallando una de esas bruzcas tempestades de septiembre que

se desencadenan con terrible furia sobre las rocosas costas de Grandport. Al caer el día, vióse desde Coqueville un buque en peligro, arrastrado por el viento; pero las sombras aumentaban y no se podía pensar en socorrerlo. Desde la vispera el *Céfiro* y la *Ballena* estaban amarrados en el pequeño puerto natural que se halla á la izquierda de la playa, entre dos bancos de granito. Ni La Queue ni Rouget se habían atrevido á salir. Lo peor era que Monchel, el representante de la viuda de Dufeu se había tomado la molestia de ir allá en persona, para ofrecerles una prima si hacían un esfuerzo serio, pues el pescado escaseaba y se quejaban en los mercados. En consecuencia, el domingo por la noche, al acostarse bajo las rociadas de lluvia, Coqueville, de mal humor gruñía. Era la eterna historia: llegaban los pedidos cuando la mar defendía á sus peces. Y todo el pueblo hablaba de aquel buque que se había visto pasar, impulsado por el huracán, y que de seguro, á aquellas horas, debía dormir en el fondo del agua.

Al día siguiente lunes, el cielo continuaba sombrío. La mar, encrespada aun, rugía sin lograr calmarse, aunque el viento era menos fuerte. Este acabó por caer del todo, pero el oleaje continuaba furioso. A pesar de todo, las dos barcas salieron por la tarde. Hacia las cuatro, volvió el *Céfiro*, sin haber pescado nada. Mientras que los marineros Tnpain y Brisemotte lo amarraban en el pequeño puerto, La Queue, exasperado, enseñaba en la playa el puño al Océano, pensando en que Monchel esperaba. Margarita estaba allí, con la mitad de

Coqueville, contemplando las últimas oleadas de la tempestad y compartiendo el rencor de su padre contra el mar y el cielo.

—¿Dónde está la *Ballena*?—preguntó uno.

—Allá abajo, detrás de la punta,—dijo La Queue. Si ese chinchorro vuelve hoy entero, ya tendrá suerte.

Su tono era despreciativo. Luego dijo que arriesgar la piel de tal manera era bueno para los Mahés pues quien no tiene un céntimo, puede reventar, pero que él prefería faltar á su compromiso con Monchel.

Entretanto Margarita examinaba la punta de rocas detrás de la cual se hallaba la *Ballena*.

—Padre,—preguntó al fin,—¿han pescado algo ellos?

—¿Ellos?—gritó La Queue.—Nada absolutamente.

Calmóse luego y añadió con más dulzura viendo que el *Emperador* murmuraba:

—No sé si habrán cogido; pero, ¡cómo nunca pescan...!

—Sin embargo,—dijo con mala intención el *Emperador*,—puede que hoy hayan pescado algo... Eso ocurre á veces...

La Queue iba á contestar con cólera; pero el padre Radiguet que acababa de llegar, le apaciguó. Desde la plataforma de la iglesia, el cura acababa de distinguir la *Ballena* que parecía dar caza á algún pescado enorme. Esta noticia excitó al pueblo. En el grupo reunido en la playa había gente de los Mahé y de los Floche, los unos deseando que el

barco volviese con una pesca milagrosa, los otros haciendo votos porque regresara vacío.

Margarita, en pie, no apartaba la mirada del mar.

—Helos ahí,—dijo sencillamente.

Todos miraron. Habírase dicho que se veía un tapón bailando en el agua. *El Emperador* no distinguía la menor mancha negra. Era preciso ser de Coqueville para reconocer, á aquella distancia, á la *Ballena* y á sus tripulantes.

—¡Calle!—dijo Margarita que tenía los mejores ojos de la costa.—Fonasse y Rouget reman... El pequeño está en pie, á la proa.

Llamaba á Delfín *el pequeño* para no nombrarlo. Desde entonces siguió la marcha de la barca, tratando de explicarse sus extraños movimientos, pues como decía el cura, parecía dar caza á algún pescado que se hallase delante de ella. Esto pareció extraordinario. *El Emperador* sostenía que sin duda acababa de ser arrastrada la red; pero La Queue gritaba que eran unos holgazanes y que estaban divirtiéndose. ¡De seguro que no pescarían focas! Todos los Floche celebraron esta broma, mientras los Mahé manifestaron que de todas maneras Rouget era un bravo que arriesgaba la piel, en tanto que otros preferían tumbarse á la bartola en lugar seguro. El padre Radiguet hubo de intervenir nuevamente, pues la atmósfera olía á bofetadas.

—¡Pero qué les pasa?—dijo bruscamente Margarita.—¡Se alejan de nuevo!

Cesaren las amenazas y todo el mundo escurridió

el horizonte. La *Ballena* se había ocultado otra vez detrás de la punta. Entonces el mismo La Queue se inquietó, pues no podía explicarse tales maniobras. El temor de que Rouget estuviese realmente á punto de hacer una buena pesca le ponía fuera de sí. Nadie abandonó la playa aunque nada se veía de particular. Allí permanecieron todos esperando la barca que aparecía de vez en cuando y volvía á desaparecer, acabando por no mostrarse más. La Queue, rabioso, y deseándolo en el fondo, dijo que había debido zozobrar; y como precisamente la mujer de Rouget se hallaba allí con Brisemotte, miró á ambos fijándose á la vez que daba en el hombro á Tupain para consolarle de la muerte de su hermano Fonasse; pero cesó de reír, al ver á su hija Margarita, muda y empinándose, con la mirada fija en el horizonte. ¡Acaso era por Delfín!

—¿Qué haces ahí?—gruñó.—¿Quiéres largarte á casa?... ¡Ten cuidado, Margarita!

Ella no se movió. De pronto dijo.

—¡Ah! ¡Allí están!

Oyóse un general grito de sorpresa. Margarita, con su excelente vista, aseguraba que no veía un alma en la barca. ¡Ni Rouget, ni Fonasse, nadie!... La *Ballena*, como abandonada, corría á impulsos del viento, virando á cada minuto, balanceándose con aire perezoso. Por fortuna habíase levantado una brisa del oeste que la impulsaba á tierra, pero con caprichos singulares que la hacían oscilar á la derecha y á la izquierda. Entonces todo Coqueville bajó á la playa. Los más llamaban á los otros y no quedó en las casas ni una muchacha

para cuidar la sopa. Aquello era una catástrofe, algo inexplicable cuya extrañeza trastornaba los cerebros. María, la esposa de Rouget, al cabo de un instante de reflexión, creyó que debía echarse á llorar. Tupain no logró más que tomar un aire afligido. Todos los Mahé se desolaban, mientras los Floche procuraban guardar una actitud conveniente. Margarita se sentó como si tuviese las piernas rotas.

—¡Qué haces ahí todavía!—gritó La Queue que la encontró entre sus pies.

—Estoy fatigada,—repuso sencillamente la joven.

Entretanto menudeaban las suposiciones. ¿Habrían caído al agua los tres hombres? Parecía extraño que hubiesen caído los tres á la vez. La Quene hubiera querido hacer creer que la *Ballena* se había destrozado como un huevo podrido, pero como la barca se sostenía en el mar, los oyentes se encogieron de hombros. Luego cual si los tres hombres hubiesen perecido realmente, acordóse de que era alcalde y habló de cumplir ciertas formalidades.

—¡No tengáis prisa!—exclamó *el Emperador*.—¿Acaso se muere tan estúpidamente? Si hubiesen caído al mar, Delfin ya estaría aquí.

Todo Coqueville hubo de convenir en ello, pues Delfin nadaba como un arenque; pero entonces ¿dónde podían estar los tres hombres? gritábase:

—¡Te digo que sí!

—¡Te digo que no!

—¡Eso es estúpido!

—¡El estúpido eres tú!

Y las cosas llegaron al extremo de que hubo bofetadas. El padre Radiguet hubo de hacer un llamamiento á la conciliación, mientras *el Emperador* empujaba á la gente para restablecer el orden. Entretanto la barca, sin apresurarse, continuaba danzando ante todo el mundo: valsaba y parecía burlarse del público. La marea la arrastraba, haciéndola saludar á la tierra con largas y cadenciosas reverencias. Parecía loca.

Margarita, con el rostro entre las manos, seguía mirando. Acababa de salir del puerto un bote, para ir al encuentro de la *Ballena*. Era Brisemotte quien había mostrado tal impaciencia, como si le corriese prisa dar una noticia cierta á la esposa de Rouget. Desde entonces todo Coqueville se fijó en el bote. Elevábanse voces... ¿Y bien? ¿Se veía algo? La *Ballena* adelantaba con su aire misterioso y guasón. Al fin se vió á Brisemotte ponerse en pie y mirar adentro de la barca, de la que había logrado coger una amarra. Todas las respiraciones estaban en suspenso; él, bruscamente, se echó á reír... Nueva sorpresa: ¿por qué se reía?

—¿Qué es eso? ¿Qué hay?—le gritaban furiosamente.

Brisemotte, sin responder, reía más fuerte. Luego hizo signos como para decir que ya verían y habiendo atado la *Ballena* al bote, la remolcó. Entonces un espectáculo imprevisto dejó estupefacto á Coqueville.

Los tres hombres Rouget, Delfin y Fonasse esta-

ban en el fondo de la barca, beatamente tendidos boca arriba, roncando á más y mejor, borrachos perdidos. En medio de ellos hallábase un barrilito abierto; sin duda algún barril lleno, encontrado en el mar, y cuyo contenido debía ser bueno, pues lo habían apurado todo, salvo cosa de un litro que se había vertido en la barca, mezclándose con el agua del mar.

—¡Ah! ¡Puerco!—exclamó brutalmente la esposa de Rouget, dejando de llorar.

—¡Limpia pesca la que han hecho!—dijo La Queue que afectaba una gran repugnancia.

—¡Caramba!—repuso *el Emperador*.—Se pescalo que se puede. Siempre resultará que ellos han pescado un tonel mientras otros no han pescado nada.

El alcalde, humillado, se calló. Coqueville charlababa. Ahora se explicaba todo. Cuando las barcas están borrachas, danzan como los hombres; y aquella, en verdad, tenía el vientre lleno de licor ¡Ah! ¡Qué bribona! ¡Qué relajada! ¡Así daba tumbos por el Océano como un ebrio que no sabe encontrar su casa! Y Coqueville reía y se indignaba, pues los Mahé juzgaban el caso divertido, mientras á los Floche les parecía repugnante. Todos rodeaban la *Ballena*; estirábanse los cuellos, se entornaban los ojos para mirar dormir á los tres hombres que ostentaban rostros satisfechos, sin pensar en la multitud inclinada sobre ellos. Las injurias y las risas no les turbaban. Rouget no oía á su mujer acusarle de que se lo bebía todo. Ponasse no sentía los puntapiés disimulados que su hermano Tupain le daba en las costillas. Delfin estaba hermose cuando

bebía, con sus rubios cabellos y su sonrosada faz, llena de alegría. Margarita, que se había levantado, contemplaba entonces en silencio al pequeño, con dura expresión.

—¡Es preciso acostarlos!—dijo una voz.

Pero justamente en aquel momento abrió Delfin sus ojos y paseó miradas de asombro por la concurrencia. De todas partes le dirigieron preguntas con tal empeño que le dejaron aturrido, tanto más cuanto aun estaba borracho como una cuba.

—¡Bueno! ¡Qué!—balbuceó.— Es un barrilito... No hay pescado... Por eso hemos cogido un barrilito...

No salió de ahí, salvo que á cada frase añadía:

—¡Era muy bueno!

—¿Pero que había en el barrilito?—le preguntaban con furioso empeño.

—¡Ah!.. No lo sé... Pero era muy bueno.

Coqueville entonces ardía en deseos de enterarse. Todo el mundo bajaba la nariz hacia la barca, aspirando con fuerza. Según opinión unánime, oía á licor; pero nadie adivinaba qué licor era. *El Emperador* que se alababa de haber bebido de todo cuanto un hombre puede beber, dijo que iba á ver qué era aquello, y cogió gravemente en el hueco de la mano, un poco del líquido que nadaba en el fondo de la barca. La multitud guardó repentinamente silencio, poniéndose á la expectativa. Pero *el Emperador* luego de haber probado un trago, movió la cabeza como hombre que no se ha enterado bien todavía. Probó por segunda vez, más y

más y más embarazado, con aire inquieto y sorprendido, y hubo de declarar.

—No sé... ¡Es particular! Si no hubiese agua de mar, lo sabría indudablemente... ¡Palabra de honor que es particular!..

Todos se miraron, sorprendidos de que ni aun *el Emperador* se atreviese á resolver la duda. Coqueville miraba con respeto el barrilito vacío.

—¡Era muy bueno! —dijo una vez más Delfin, que parecía burlarse de la gente.

Luego señalando al mar con ademán generoso, añadió:

—Si quereis, hay todavía... Yo los he visto... barrilitos... barrilitos... barrilitos...

Y se dormía en aquel estribillo que canturreaba mirando dulcemente á Margarita, en quien hasta entonces no se había fijado. La joven furiosa, hizo ademán de pegarle; pero él ni siquiera cerró los ojos y esperó el bofetón con aire tierno.

El padre Radiguet, extrañado por aquella desconocida golosina, mojó también el dedo en la barca y chupó. Luego movió la cabeza como *el Emperador*; no, él conocía aquello, lo cual era raro. En una sola cosa estaban todos de acuerdo: el barril debía ser un resto del cargamento del buque en peligro que habían viste el domingo por la noche. Los buques ingleses llevaban con frecuencia cargamentos de licores y de vinos finos á Grand-port.

Poco á poco, la luz palideció y la gente acabó por retirarse; pero La Queue permaneció absorto, atormentado por una idea que se reservaba. Detú-

vose y escuchó una vez más á Delfin, á quien se llevaban á su casa y que seguía canturreando:

—¡Barrilitos!.. ¡barrilitos!.. ¡barrilitos! ¡Si quereis, hay muchos todavía!

III

Aquella noche cambió el tiempo por completo. Cuando Coqueville se despertó al día siguiente, hacía un sol espléndido, la mar estaba en calma, lisa, como una inmensa pieza de raso verde, y hacía calor, uno de esos calores suaves del otoño.

La Queue fué el primero del pueblo que se puso en pie, todavía aturdido por sus sueños de la pasada noche. Miró largo tiempo el mar, á derecha é izquierda; por último dijo con aire adusto que era preciso contentar al señor Monchel, y partió en seguida con Tupain y Brisemotte, amenazando á Margarita con calentarla las costillas sino andaba derecha.

Sin embargo cuando el *Céfiro* abandonó el puerto y el alcalde vió á la *Ballena* balancearse pesadamente sujeta á su amarra, se puso algo alegre y gritó:

—Hoy es otro día... ¡Apaga la luz, Juanon, esos señores están acostados!

Y cuando el *Céfiro* hubo llegado á alta mar, La Queue tendió sus redes. En seguida fué á visitar los cestos, especie de nasas prolongadas en las que se cogen sobre todo langostas y salmonetes; pero á pesar de la calma del mar, por más que recorrió los cestos uno á uno, hallólos todos vacíos; sólo en el

último y como por irrisión, había una pequeña sarga que La Queue arrojó con rabia al mar. Parecía una maldición; á veces pasaban semanas durante las cuales los peces se burlaban de Coqueville siempre en los momentos en que Monchel hacía pedidos. Cuando una hora después La Queue retiró sus redes solo recogió un manojito de algas. Al pronto juró, apretó los puños, tanto más colérico cuanto en el océano estaba tranquilo, perezoso, dormido, semejante á una sábana de bruñida plata, bajo el azul firmamento. El *Céstro*, sin un balanceo, se deslizaba con lenta dulzura. La Queue se decidió á regresar, después de haber tendido de nuevo las redes. A la tarde volvería á ver, y amenazaba á Dios y á los santos, lanzando blasfemias abominables.

Entretanto, Rouget, Fonasse y Delfin continuaban durmiendo. No se consiguió hacerles tenerse en pie hasta la hora de almorzar. No se acordaban de nada; sólo tenían conciencia de haberse regalado con algo extraordinario que no conocían. Por la tarde, cuando los tres se hallaban en el puerto, *el Emperador*, viéndolos ya serenos, trató de interrogarlos. ¿Se parecía aquello al aguardiente con jugo de regaliz ó era más bien como ron azucarado? Decían que sí y que no. Por sus respuestas, dedujo *el Emperador* que el licor debía ser ratafia, pero no se hubiera atrevido á jurarlo. Aquel día, Rouget y sus hombres estaban demasiado fatigados para ir á pescar. Además sabían que La Queue había salido inútilmente aquella mañana y hablaban de esperar al otro día, antes de ir á visitar sus masas.

Los tres sentados sobre bloques de piedra, encorvados, con la boca pastosa y medio dormidos, miraban subir la marea.

Pero bruscamente, Delfin despertó, saltó sobre la piedra y miró á lo lejos, gritando:

—¡Patrón! ¡Mire usted allá abajo!

—¿Qué hay?—preguntó Rouget desesperándose.

—¡Un barril!

Rouget y Fonasse se pusieron inmediatamente en pie, con los ojos chispeantes é investigaron el horizonte.

—¿Donde, muchacho? ¿Dónde está el barril?—repetía muy conmovido el patrón.

—Abajo... á la derecha... aquel punto negro...

Los otros no veían nada. Por fin Rouget lanzó un juramento.

—¡Dios de Dios!

Acababa de distinguir el barril, del tamaño de una lenteja destacándose sobre el agua blanca, en un rayo oblicuo del sol poniente. Y corrió á la *Ballena*, seguido por Delfin y Fonasse, los tres á escape, haciendo saltar los guijarros del camino.

Salía del puerto la *Ballena* cuando ya se esparció por Coqueville la noticia de que se veía en el mar un barril. Los chiquillos y las mujeres echaron á correr, gritando:

—¡Un barril! ¡Un barril!

—¿Le veis? La corriente lo empuja á Grandport.

—¡Ah! Sí... á la derecha... ¡Un barril!... ¡Venid pronto!...

Y Coqueville bajaba de su roca; los chiquillos

descendían dando vueltas, las mujeres se recogían las sayas con ambas manos para bajar más de prisa, y pronto, como el día anterior, estuvo en la playa el pueblo entero.

Margarita se presentó allí un instante y luego volvió corriendo á su casa para avisar á su padre que discutía sobre una denuncia con *el Emperador*. Al fin se presentó la Quene. Estaba lívido y decía al guarda rural:

—¡Déjeme usted en paz!... Sin duda Rouget le ha enviado á usted para que me entretenga; pero esta vez no será de él... Ahora lo veremos.

Cuando distinguió á la *Ballena* á trescientos metros, haciendo fuerza de remos hacia el punto negro que se balanceaba á lo lejos redobló su furor. Empujó á Tupain y Brisemotte al *Céfiro* y salió del puerto á su vez, repitiendo:

—¡No! ¡No será de ellos! ¡Antes reventaría yol...

Entonces Coqueville presenció un espectáculo hermoso, una empuñada regata entre el *Céfiro* y la *Ballena*. Cuando esta vió á la otra abandonar el puerto, comprendió el peligro y se deslizó á toda velocidad, Llevaba cerca de cuatrocientos metros de ventaja, pero las probabilidades estaban equilibradas, pues el *Céfiro* era mucho más rápido y ligero; así es que la emoción, en la playa, llegó á su colmo. Los Mahé y los Floche habían formado instintivamente dos grupos y seguían con pasión las peripecias de la lucha, sosteniendo cada cual su barco. Al principio, la ventaja estaba de parte de la *Ballena*; pero cuando el *Céfiro* tomó impulso, viose que ganaba á aquella poco á poco. La embar-

cación de los Mahé hizo un supremo esfuerzo y durante algunos minutos logró conservar las distancias. Luego fué perdiendo de nuevo; el *Céfiro* se acercaba á ella con rapidez extraordinaria y desde aquel momento fué evidente que las dos barcas se encontrarían, cerca del barril. La victoria dependería de un azar, de la menor falta.

—¡La *Ballena*! ¡La *Ballena*!—gritaron los Mahé.

Pero hubieron de callarse. Cuando la *Ballena* casi tocaba al barril, el *Céfiro*, mediante una maniobra atrevida, pasó delante de ella y empujó el barril á la izquierda, donde La Quene se apoderó del casco con un arpón.

—¡El *Céfiro*! ¡El *Céfiro*!—aullaron los Floches.

Y como *el Emperador* hablase de traición, se cruzaron palabras gruesas. Margarita aplaudía. El padre Radiguet, que había bajado con su breviario, hizo una observación profunda, que calmó y consintió bruscamente á todo el mundo.

—¡Acaso esos también se lo beban todo!—murmuró con aire melancólico.

En el mar había estallado una violenta cuestión entre los tripulantes de la *Ballena* y los del *Céfiro*. Rouget trataba á La Quene de ladrón, mientras que éste llamaba á aquel inútil. Levantáronse los remos para pegarse con ellos y en poco estuvo que el lance no terminara en un combate naval.

Además, se desafiaron para cuando llegasen á tierra, enseñándose los puños y amenazándose de muerte para cuando se encontraran.

—¡Canallas!—gruñía Rouget.—Ese barril es más

grande que el de ayer, sabéis... ¡Este es amarillo!... Debe ser cosa buena...

Y añadió con acento de desesperación:

—Vamos á ver las nasas... ¡Puede que haya lan-gosta!

La *Ballena* se alejó pesadamente dirigiéndose á la izquierda, hacia la punta.

En el *Céfiro*, La Quene, hubo de incomodarse para contener á Tupain y Bisemotte ante el barril. El arpón había hecho saltar un aro produciendo un rezumamiento de un licor rojo que ambos hombres gustaban con la punta del dedo y que encontraban exquisito. Muy bien se podían beber un vaso, sin que eso tuviera consecuencias. Pero La Quene no quería.

Puso en la cala el barril y declaró que el primero que le tocase, se las habría con él. En tierra, ya se veía lo que había que hacer.

—Entonces,—preguntó Tupain con aire adusto,—¿vamos á ver las nasas?

—Sí, ahora, no corre prisa,—respondió La Quene.

La verdad es que él también acariciaba el barril con la mirada y ardía en deseos de saltar á tierra para probar aquello. El pescado le causaba hastío.

—¡Bah!—dijo al cabo de un instante de silencio.—Regresemos á tierra.. Ya volveremos mañana á á ver si las nasas están llenas ó vacías.

Y renunciaba ya á la pesca, cuando distinguió á su derecha otro barril, muy pequeño y que se sostenía derecho, girando sobre sí mismo como una peonza. Este fué el golpe de gracia para las redes y las nasas. Ya no se habló más de ellas, y el *Cé-*

firo dió caza al nuevo barril del que se apoderó con facilidad.

Durante este tiempo acontecía á la *Ballena* una aventura semejante. Cuando Rouget habla examinado ya cinco cestas completamente vacías, Delfin, siempre en acecho, gritó que veía algo, pero que no parecía ser un barril, pues era demasiado largo.

—Es un palo,—dijo Fonasse.

Rouget dejó caer la sexta nasa sin sacarla por completo del agua.

—No importa,—dijo;—vamos á verlo.

A medida que avanzaban creían reconocer una tabla, una caja, un tronco de árbol. Luego lanzaron un grito de alegría. Era un tonel, pero un tonel muy extraño, como jamás habían visto otro: parecía un tubo hinchado en el centro y cerrado por los dos extremos con una capa de yeso.

—¡Ah! ¡Es gracioso!—exclamó Rouget encantado.—Este quiero que lo pruebe *el Emperador*... Vamos, muchachos, regresaremos...

Convinieron en que no tocarían al tonel y la *Ballena* regresó á Coqueville en el momento mismo en que el *Céfiro*, por su parte, amarraba en el pequeño puerto. Ni un curioso había abandonado la playa y la inesperada pesca de los tres barriles fué acogida con gritos de alegría. Los muchachos tiraban la gorra al aire, mientras las mujeres iban corriendo á buscar vasos. Inmediatamente se había acordado probar los líquidos allí mismo. Los barriles pertenecían al pueblo: sobre esto no hubo cuestión; pero se formaron dos grupos: los Mahé rodearon á Rouget, mientras los Floche no saltaron á La Quene.

—*Emperador*, para usted el primer vaso!—gritó Rouget.—¡Díganos lo que es!..

El licor tenía un hermoso color de oro. El guarda rural levantó el vaso, miró, olió y por fin se decidió á beber.

—Esto viene de Holanda,—dijo al cabo de un largo silencio.

Y no dió ninguna noticia más. Los Mahé bebieron con respeto, encontraron el licor algo espeso y lo que más les sorprendía es que tenía gusto á una flor. Las mujeres lo hallaron muy bueno; en cuanto á los hombres lo hubiesen preferido menos azucarado. Sin embargo, en el fondo acababa por resultar fuerte al tercero ó cuarto vaso. Cuanto más se bebía más agradaba. Los hombres se alegraban, las mujeres se ponían picarescas.

Pero *el Emperador*, á pesar de sus recientes cuestiones con el alcalde, fué á rondar el grupo de los Floches. El tonel más grande daba un color rojo subido, mientras que el del pequeño era blanco como el agua de roca; y este precisamente era el más áspero, una verdadera pimienta, algo que pelaba la lengua. Ninguno de los Floche conocía el rojo ni el blanco, á pesar de que los había entendidos, y les fastidiaba regalarse sin saber con qué.

—*Emperador*, pruebe usted esto!—dijo al fin La Queue, dando así el primer paso.

El Emperador, que esperaba la invitación, se dedicó de nuevo á catador. Respecto del rojo, dijo:

—Este tiene naranja.

Y acerca del blanco, declaró:

—¡Esto es *de mistó!*

Hubo que contentarse con estas respuestas, pues *el Emperador* meneaba la cabeza con aire inteligente y con el rostro alegre de un hombre que ha dejado satisfecha á la gente.

Sólo el padre Radiguet no parecía convencido. Quería conocer los nombres; según él, los tenía en la punta de la lengua, y para cerciorarse, bebía vasito tras vasito, repitiendo:

—Esperad... esperad... Ya se lo que es... En seguida voy á decíroslo... Esperad un poco..

Entretanto y poco á poco, había ido alegrándose la gente en el grupo de los Mahé y en el de los Floche. Estos sobre todo reían fuerte, porque mezclaban los licores, lo que les mareaba más. Por lo demás, unos y otros permanecían separados. No se ofrecieron de sus respectivos barriles, contentándose con lanzarse mutuamente miradas simpáticas, dominadas por un secreto deseo de probar el licor del vecino que debía ser el mejor. Los hermanos enemigos, Tupain y Fonasse, estuvieron inmediatamente toda la tarde sin enseñarse los puños. Observóse también que Rouget y su mujer bebían en el mismo vaso. En cuanto á Margarita, repartía el licor entre los Floche; y como llenaba mucho los vasos y el líquido le corría por los dedos, se los chupaba continuamente, tanto que, sin desobedecer á su padre que la había prohibido beber, habíase puesto á medios pelos, como una vendimiadora. Y ello no la sentaba mal, al contrario, poníase encendida y con los ojos chispeantes como ascuas.

Poníase el sol, la velada era de una dulzura primavera. Coqueville había agotado los barriles y

no pensaba en ir á comer, pues se encontraba perfectamente en la playa. Cuando se hizo de noche, Margarita sentada aparte, sintió que alguien la soplabá en la nuca. Era Delfin, muy alegre, andando á gatas y rondando detrás de ella como un lobo. La joven contuvo un grito, para no alarmar á su padre que hubiera pegado un puntapié á Delfin, y murmuró, medio seria, medio risueña:

—¡Vete, imbécil! ¡Vas á hacer que te sorprendan!

IV

Al día siguiente, Coqueville, al despertarse, halló el sol ya alto en el horizonte. Aun reinaba mayor calma, una mar dormida bajo un cielo puro, uno de esos tiempos de pereza en los que es tan agradable no hacer nada. Era miércoles. Hasta la hora del almuerzo, Coqueville descansó del regalo de la vispera, y luego bajó á la playa, á ver qué pasaba.

La pesca, la vinda Dufeu, Monchel, todo quedó olvidado aquel miércoles. La Queue y Rouget ni siquiera hablaron de ir á visitar sus nasas. Hacia las tres se descubrieron barriles: cuatro danzaban frente al pueblo. El *Céfiro* y la *Ballena* les dieron eaza, pero como había para todos, no hubo disputas y cada barea se llevó su parte.

A las seis, después de haber registrado el pequeño golfo, Rouget y La Queue regresaron, cada uno con tres toneles, y se reanudó la fiesta. Las mujeres habían bajado mesas para mayor comodidad;

también se llevaron bancos, y así quedaron establecidos dos cafés al aire libre como los había en Grandpot. Los Mahé estaban á la izquierda, los Floché á la derecha, separados aun por montecillo de arena. Sin embargo, aquella noche, el *Emperador* que iba de su grupo á otro, paseó vasos llenos, á fin de que todo el mundo probara de los seis toneles. Hacia las nueve, todos estaban más alegres que la vispera. Coqueville, al día siguiente, no pudo recordar de qué modo se había encontrado.

El jueves, el *Céfiro* y la *Ballena* no pescaron más que cuatro barriles, los cada uno, pero eran enormes.

El viernes la pesca fué soberbia, inesperada: hubo sieta toneles, tres para Rouget y cuatro para La Queue. Entonces Coqueville entró en la edad de oro. Nadie hacía ya nada. Los pescadores, digiriendo los alcoholes de la vispera, dormían hasta el mediodía; luego bajaban paseándose por la playa é interrogaban el mar: su única preocupación era preguntarse qué licor les llevaría la marea. Allí permanecían horas enteras cruzados de brazos; en cuanto aparecía algún tonel lanzaban gritos de alegría. Las mujeres y los niños, desde lo alto de las rocas, señalaban con exagerados ademanes hasta las menores ramas de algas empujadas por las olas; y á todas horas, el *Céfiro* y la *Ballena* estaban en disposición de partir. Salían, batían el golfo, hacían la pesca de los toneles como la pesca de latun, desdeñando á las sargases tranquilizadas que hacían cabriolas al sol, y á los perezosos sollos que se mecían á flor de agua. Coqueville presenciaba

la pesca, reventando de risa sobre la arena, y por la noche se bebía la pesca.

Lo que entusiasmaba á Coqueville era que los barriles no se acababan. Cuando ya no los había se presentaban más. Preciso era en verdad que el buque perdido llevase un buen cargamento á bordo. Coqueville, egoísta y alegre, bromeaba acerca del buque náufrago, un verdadero depósito de licores en cantidad suficiente para emborrachar á todos los peces del Océano. Además, nunca se pescaba un barril igual á los otros; los había de todas las formas, de todos los tamaños y de todos los colores; luego, cada uno era de un líquido diferente, así es que *el Emperador* estaba sumido en hondas preocupaciones: él, que había bebido de todo, no sabía por donde se andaba. La Quene declaró que jamás había visto un cargamento semejante. El padre Radiguet creía que aquello debía ser un pedido hecho por algún rey salvaje que quisiera montar sus bodegas. Por lo demás, á Coqueville, mecido en sus desconocidas borracheras, le importaba poco no comprender qué era ello.

Las señoras preferían las cremas, y tuvieron cremas de moka, de cacao, de menta y de vainilla. María Rouget bebió una noche tanto anisete que se puso enferma. Margarita y las otras jóvenes cayeron sobre el curazao, la benedictina, la trappistine, la chartreuse. En cuanto al cassis quedó reservado para los niños. Como es natural, los hombres se regocijaban más cuando se pescaba cognac, ron, ginebra, todo lo que cosquilleaba la garganta. De vez en cuando había sorpresas. Un to-

nel de *raki* de Chio á la almáciga, dejó estupefacto á Coqueville, que creyó haber hallado un tonel de esencia de trementina; no por esto dejó de beberse, porque era cosa de no desperdiciar nada; pero se habló de ello durante largo tiempo. El *arack* de Batavia, el aguardiente sueco al comino, el *tuica calugaresca* de Rumanía, el *shiwowitz* de Servia, trastornaron igualmente todas las ideas del pueblo respecto á lo que se puede beber. En el fondo hubo una predilección por el kummel y el kirsch, licres claros como el agua y fuertes, para matar á un hombre. ¿Era posible que se hubiesen inventado cosas tan buenas? En Coqueville no se conocía más que el aguardiente y aun no de todo el mundo; así es que las imaginaciones acababan por exaltarse, llegando hasta una verdadera devoción, ante aquella inagotable variedad de lo que emborracha. ¡Oh! ¡Embriagarse cada noche con algo nuevo y no saber su nombre! Esto parecía un cuento de hadas, una lluvia, una fuente que arrojase líquidos extraordinarios, todos los alcoholes destilados, perfumados con todas las flores y todos los frutos de la creación.

Decíamos que el viernes por la noche había siete barriles en la playa. Coqueville no se apartaba de esta, viviendo allí, gracias á la benignidad del tiempo. Jamás, en septiembre se había disfrutado una semana tan hermosa. La fiesta duraba desde el lunes, y no había razón para que no durase siempre, si la Providencia continuaba enviando toneles, pues el padre Radiguet veía en esto la mano de la Providencia. Todos los negocios se ha-

hían suspendido: ¿para qué trabajar desde el momento en que el placer venía durmiendo? Todos eran burgueses, burgueses que habían líquidos caros, sin tener que pagar nada en el café. Coqueville, con las manos metidas en los bolsillos, tomaba el sol y esperaba el banquete de la noche. Además, no se serenaba nunca, pues empalmaba las alegrías del kummel, del kirsch y de la ratafia; en siete días conoció los arrebatos de la ginebra, los enternecimientos del curazao, las risas del cognac; y se volvió inocente como el niño recién nacido, no sabiendo nada de nada y bebiendo con convicción lo que le enviaba el buen Dios.

El viernes fué cuando los Mahé y los Floche fraternizaron. Aquella noche estaban todos muy alegres. Ya la víspera se habían estrechado las distancias, pues los más ébrios habían pisoteado la prominencia de arena que separaba los dos grupos. Vacíábanse los cuatro toneles por parte de los Floche, á la vez que los Mahé acababan sus tres barrilitos, que contenían tres licores que formaba precisamente la bandera francesa: uno azul, otro blanco y otro rojo. El azul excitaba la envidia de los Floche, pues un licor azul les parecía una cosa sorprendente. La Quene, vuelto persona desde que no soltaba la papalina, se adelantó, vaso en mano, comprendiendo que él, como autoridad, debía dar el primer paso.

—Veamos, Rouget, —baluceó:— ¿quieres que trinquemos?

—Con mucho gusto, —repuso Rouget, vacilando enternecido.

Y se abrazaron. Entonces todo el mundo lloró: hasta tal punto que estaba la gente emocionada. Los Mahé y los Floche fraternizaron, ¡ellos que se devoraban desde hacia tres siglos! El padre Radiguet, muy conmovido, volvió á hablar de la mano de la Providencia, y se trincó con los tres licores, el azul, el blanco y el rojo.

—¡Viva Francia!—gritó *el Emperador*.

El azul no valía nada; el blanco poca cosa; pero el rojo era muy bueno. En seguida, se acudió á los toneles de los Floche. Luego se bailó. Como no había música, algunos mozos de buena voluntad la improvisaron palmoteando y silbando, lo cual arrebató á las jóvenes. La fiesta fué soberbia. Los siete toneles estaban puestos en fila y cada cual podía elegir lo que más le gustaba. Los que ya tenían bastante, se tendían sobre la arena, donde echaban un sueño, y cuando despertaban volvían á empezar. Los otros ensanchaban poco á poco *el salón* de baile, tomando toda la playa. Se bailó hasta media noche al aire libre. La mar exhalaba un rumor dulce y las estrellas brillaban en un cielo profundo, de una tranquilidad inmensa. Era aquello una serenidad de las edades primitivas, envolviendo la alegría de una tribu de salvajes, embriagada por su primer tonel de aguardiente.

Sin embargo, Coqueville aun iba á sus casas á acostarse. Cuando ya no había más que beber, los Floche y los Mahé se ayudaban, se conducían y mal ó bien acababan por encontrar sus lechos. El sábado duró la fiesta hasta cerca de las dos de la

madrugada. Se habían pescado seis toneles, dos de ellos enormes. Fonasse y Tupán estuvieron á punto de pegarse. Tupán que tenía mala borrachera, hablaba de matar á su hermano; pero aquella cuestión indignó á todo el mundo, casi tanto á los Floche como á los Mahé. ¿Era razonable seguir disputando cuando el pueblo en su casa se abrazaba? Obligóse á los dos hermanos á trincar juntos, y como se mostrasen reacios, *el Emperador* se prometió vigilarlos. El matrimonio Rouget tampoco iba bien. Cuando María bebía demasiado anisete, prodigaba á Brisemotte demostraciones de amistad que Rouget no podía ver con calma tanto más en cuanto habiéndose puesto tierno, también quería ser amado. El padre Radiguet, lleno de mansedumbre, les predicaba el perdón de las injurias; pero á pesar de ello, se temía un accidente.

—¡Bah!—dijo La Queue:—todo se arreglará... Si mañana es buena la pesca, ya lo vereis... ¡A vuestra salud!

Sin embargo, el mismo La Queue todavía no era perfecto; continuaba acechando á Delfin y le propinaba puntapiés en cuanto le veía acercarse á Margarita. *El Emperador* se indignaba, pues no tenía sentido comun impedir que dos jóvenes se divirtieran; pero La Queue seguía jurando que mataría á su hija antes que dársela al pequeño. Además que Margarita no le quería.

—¿No es verdad? Tú eres muy orgullosa,—gritaba el padre.—¿Verdad que no te casarás nunca con un mendigo?

—¡Nunca, papá!—respondía Margarita.

El sábado, la joven bebió mucho de un licor azucarado: no se había conocido jamás un dulce semejante. Como bebió con confianza, pronto se halló sentada junto al tonel: reíase, sintiéndose feliz, como en el paraíso; veía estrellas y parecía que tenía dentro del cuerpo una música que tocaba piezas de baile. Entonces fué cuando Delfin, deslizándose en la sombra de los toneles, le cogió la mano y preguntó:

—Dí, Margarita: ¿quieres?

Ella, sin dejar de sonreír, repuso:

—Quien no quiere es papá.

—¡Oh! Eso no importa,—repuso el mancebo.—Ya sabes tú que los viejos no quieren nunca. ¡Pero siempre que tú quieras...!

Y enardeciéndose, la dió un beso en el cuello. Ella se irguió, sintiendo estremecimientos que la corrían á lo largo de los hombros.

—¡Basta! me haces cosquillas...

Pero ya no hablaba de pegarle. En primer lugar no hubiera podido, pues tenía las manos muy mojadas; y luego la parecía cosa buena los besitos en el cuello: eran como el licor, que la entorpecía de un modo delicioso. Acabó por volver la cabeza y por alargar la barba como una gata.

—¡Calle!—murmuraba al oído del joven.—¡Esto me pica!... ¡Oh! ¡Es bueno!...

Ambos olvidaban á La Queue; por fortuna *el Emperador* velaba: mostróselos al padre Radiguet y dijo:

—Mire usted, padre cura... Valdría más casarlos.

—La moral ganaría,—declaró sentenciosamente al sacerdote.

Y se encargó del asunto para el día siguiente.

El hablaría á La Quene. Este, entretanto, había bebido de tal modo que *el Emperador* y el cura hubieron de llevarle á su casa. Por el camino trataron de hablarle respecto á su hija; pero no pudieron obtener de él más que algunos gruñidos. Detrás de ellos, Delfin marchaba, á la claridad de la noche, sosteniéndole á Margarita.

Al día siguiente, á las cuatro, el *Céfiro* y la *Ballena* habían pescado ya siete barriles; á las seis el *Céfiro* pescó otros dos, lo cual formaba un total de nueve. Entonces Coqueville celebró el domingo. Era el séptimo día que se emborrachaba y la fiesta fué completa, una fiesta como no se había visto nunca otra, como no se verá jamás. Hablad de ello en la Baja Normandía y os dirán entre carcajadas:

—¡Ah! Sí: ¡la fiesta de Coqueville!

V

Entretanto, desde el martes, Monchel estaba sorprendido de que no llegasen á Grandport ni Rouget, ni La Quene. ¿Qué diablos podían hacer aquellos hombres? La mar estaba hermosa y la pesca debía haber sido soberbia. Acaso quisieran llevar de una vez toda una carga de lenguados y langostas. Y tuvo paciencia hasta al miércoles.

El miércoles se incomodó. Es preciso saber que la viuda Dufeu no tenía nada de amable. Era una

mujer que enseguida apelaba á las palabras gordas. Aunque Monchel era un buen mozo, rubio y fuerte, temblaba ante ella, tanto más en cuanto pensando en hacerla su esposa, la rodeaba de atenciones, á reserva de calmarla con un bofetón, si llegaba á ser el amo. Ahora bien, el miércoles por la mañana, la viuda Dufeu tronó y relampagueó quejándose de que los pedidos no se servían, de que el pescado faltaba; y acusó á su representante de correr tras las muchachas de la costa, en vez de preocuparse de la pescadilla y las sargas, que debían haber venido en abundancia. Monchel, vejado, se disculpó con la singular falta de palabra de los de Coqueville. La sorpresa apaciguó por un instante á la viuda Dufeu. ¿En qué pensaban los de Coqueville? Jamás se habían portado de aquel modo... Pero pronto manifestó también que ella no tenía nada que ver con Coqueville, que Monchel se arreglase y que si este se dejaba aun engañar por los pescadores, tomaría otra determinación. El representante, muy inquieto al pronto, dió á todos los diablos á Rouget y á La Quene; pero luego pensó que tal vez se presentarían al día siguiente.

El jueves no compareció ninguno de los dos. Monchel, desesperado, subió por la tarde á la roca situada á la izquierda de Grandport, desde donde se descubre á lo lejos Coqueville, con la mancha amarilla que forma su playa; y miró largo rato. El pueblo, iluminado por el sol, tenía un aspecto tranquilo, y ligeras columnas de humo salían de las chimeneas; sin duda las mujeres preparaban la

sopa. Monchel se cercioró de que Coqueville continuaba en su sitio, de que no le había aplastado ninguna roca, y entonces entendió menos lo que pasaba. Cuando iba á bajar, creyó distinguir dos puntos negros en el golfo, la *Ballena* y el *Céfiro*, visto lo cual fué á calmar á la viuda Dufeu, participándola que Coqueville pescaba.

Pasó la noche y llegó el viernes sin que viniese nada de Coqueville. Monchel subió más de diez veces á la roca. Comenzaba á perder la cabeza, pues la viuda Dufeu le trataba de un modo abominable, sin que él supiera qué contestar. Coqueville continuaba allá abajo, calentándose al sol como un lagarto perezoso; más Monchel ya no vió humo. El pueblo parecía muerto: ¿habrían perecido todos en sus agujeros? En la playa se observaba algún movimiento; pero podía ser cansado por algunas algas, arrojadas por el mar.

Vino el sábado y nadie tampoco! La viuda Dufeu ya no gritaba; tenía la mirada fija y los labios blancos. Monchel pasó dos horas en la roca. Desarrollábase en él una gran curiosidad, una necesidad particular de conocer la causa de la extraña inmovilidad del pueblo. Aquellos edificios durmiendo tranquilamente al sol, acabaron por irritarle, y tomó su resolución: el lunes muy temprano partiría y procuraría llegar á Coqueville hacia las nueve de la mañana.

No constituía un paseo la ida á Coqueville. Monchel prefirió ir por tierra pues así caería sobre el pueblo de improviso. Fué hasta Robigneux en carruaje; allí dejó este en una granja, pues no hu-

biera sido prudente arriesgarle en los desfiladeros, y partió bravamente resuelto á salvar siete kilómetros por el más abominable de los caminos. Era este, sin embargo, de salvaje belleza; baja dando repetidas vueltas entre dos enormes rampas de rocas y en algunos sitios es tan estrecho que no pueden pasar tres hombres de frente. Más lejos, va bordeando precipicios; la garganta se abre á trechos bruscamente y deja ver el mar é inmensos horizontes azules. Pero la situación de ánimo de Monchel no era propicia para admirar el paisaje. Cuando las piedras rodaban bajo sus pies, lanzaba un terno: la culpa era de Coqueville y el hombre juraba que sacudiría el polvo á aquellos holgazanes. Entretanto iba aproximándose. De pronto, al dar la vuelta á la última roca, vió las veinte casas del pueblo colgadas de la ladera del acantilado.

Eran las nueve. Hubiérase creído estar en junio, tan azul y templado estaba el cielo: un tiempo hermoso, un aire puro, dorado por el polvillo de los rayos solares y refrenado por el olor á la marina. Monchel se internó por la única calle del pueblo, que había visitado con frecuencia y al pasar por delante de la casa de Rouget, entró en ella. La casa estaba vacía. En seguida dió una ojeada á los de Fonasse, Tupain y Brissebotte. ¡Ni un alma! Todas las puertas estaban abiertas y no había nadie en las habitaciones. ¿Qué significaba aquello? Monchel experimentó un ligero estremecimiento. Entonces pensó en las autoridades: de seguro que el *Emperador* le informaría; pero la casa del *Emperador* estaba tan vacía como las otras: ¡hasta el

guarda rural se hallaba ausente! Aquel pueblo desierto y silencioso comenzó á inspirarle terror. Corrió á casa del alcalde, donde le esperaba una nueva sorpresa: aquel lugar se encontraba en un lamentable desorden; no se habían hecho las camas desde hacía tres días; la vajilla estaba esparcida; las sillas por el suelo parecían indicar alguna batalla.. Trastornado, soñando con cataclismos, Monchel quiso ir hasta el fin y visitó la iglesia. No había más cura que alcalde. Todos los poderes y hasta la misma religión habían desaparecido. Coqueville abandonado, dormía sin un alma, sin un perro, sin un gato, hasta sin aves, pues las gallinas también se habían ido. ¡Nada! ¡El vacío, el silencio, un sueño de plomo bajo el inmenso cielo azul!

¡Diablo! ¡No era extraño que Coqueville no llevase pesca. Coqueville había levantado el campo, estaba muerto, y era preciso avisar á la policía. Esta catástrofe misteriosa exaltaba á Monchel, cuando habiéndosele ocurrido la idea de bajar á la playa, lanzó su grito. En medio de la arena, yacía la población entera. El representante creyó en una matanza general; pero unos sonoros ronquidos le desengañaron. En la noche del domingo, Coqueville había celebrado la fiesta hasta tan tarde que se había encontrado en la imposibilidad de irse á acostar al pueblo. Entonces se había dormido sobre la arena, cada cual en el sitio donde había caído, en torno de los nueve toneles, completamente vacíos.

Sí: allí roncaba todo Coqueville; Monchel quedó estupefacto; los niños, las mujeres, los viejos, los

jóvenes, ni uno estaba en pie. Los había boca abajo; los había boca arriba; otros dormían á lo perro de caza. Cuando se ha hecho la cama, se acuesta uno. Y las bravas gentes estaban allí sembradas según el capricho de la borrachera, semejantes á un puñado de hojas esparcidas por el viento. Había hombres que cayeron con la cabeza más baja que los pies y mujeres que enseñaban la parte posterior: aquello estaba lleno de agradable franqueza, como dormitorio al aire libre, pues donde hay miramientos, no hay placer.

Precisamente se estaba en luna nueva y Coqueville, creyendo haber apagado su luz, se había dormido en la obscuridad; luego, el día había ido creciendo y en aquellos instantes brillaba esplendoroso el sol y caía á plomo sobre los durmientes sin hacerles mover los párpados. Dormían pesadamente, con la faz regocijada y con la hermosa inocencia de los borrachos. Las gallinas debían haber ido por la madrugada á picar en los toneles, pues también ellas estaban ébrias, tendidas en la arena; hasta había cinco gatos y tres perros con las patas al aire, embriagados por haber lamido los vasos, chorreando azúcar.

Por un instante, anduvo Monchel por enmedio de los durmientes teniendo cuidado de no pisar á nadie. Había comprendido ya lo que acontecía, pues también en Grandport se habían recogido toneles procedentes del naufragio de un buque inglés. Toda su cólera había desaparecido. ¡Qué espectáculo tan conmovedor y tan moral! ¡Coqueville reconciliado! ¡Los Mahé y los Floche dur-

miendo juntos! Al beber el último vaso, los más encarnizados enemigos se habían abrazado. Tupain y Fonasse roncaban estrechándose la mano, como hermanos incapaces de cuestionar por una herencia. La familia Rouget ofrecía un cuadro más amable aún: María dormía entre Rouget y Brisemotte, como dando á entender que en adelante vivirían así, los tres felices.

Pero un grupo, sobre todo, formaba una conmovedora escena de familia. Delfin y Margarita estaban abrazados; dormían mejilla contra mejilla, con los labios todavía abiertos por el último beso. A sus pies, los guardaba *el Emperador*, acostado de través; y por encima de ellos, La Queue roncaba como padre satisfecho de haber casado á su hija, mientras que el padre Radiguet, tendido allí como los demás, y con los brazos extendidos, parecía bendecirlos. Margarita durmiendo, alargaba aun su rozado hociquillo, como una gata amorosa á la que le gusta que le rasquen debajo de la barba.

La fiesta había terminado en un casamiento. Y el mismo Monchel se casó más tarde con la viuda Dufeu, á la que sacudió el polvo de lo lindo. Hablad del caso en la baja Normandía, y os contestarán entre carcajadas;

—¡Ah! ¡Sí!... ¡La fiesta de Coqueville!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 2526 MONTERREY, MEXICO

EN LOS CAMPOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECA GENERAL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
AÑO 1926 MONTERREY, MEXICO

miendo juntos! Al beber el último vaso, los más encarnizados enemigos se habían abrazado. Tupain y Fonasse roncaban estrechándose la mano, como hermanos incapaces de cuestionar por una herencia. La familia Rouget ofrecía un cuadro más amable aún: María dormía entre Rouget y Brisemotte, como dando á entender que en adelante vivirían así, los tres felices.

Pero un grupo, sobre todo, formaba una conmovedora escena de familia. Delfin y Margarita estaban abrazados; dormían mejilla contra mejilla, con los labios todavía abiertos por el último beso. A sus pies, los guardaba *el Emperador*, acostado de través; y por encima de ellos, La Queue roncaba como padre satisfecho de haber casado á su hija, mientras que el padre Radiguet, tendido allí como los demás, y con los brazos extendidos, parecía bendecirlos. Margarita durmiendo, alargaba aun su rozado hociquillo, como una gata amorosa á la que le gusta que le rasquen debajo de la barba.

La fiesta había terminado en un casamiento. Y el mismo Monchel se casó más tarde con la viuda Dufeu, á la que sacudió el polvo de lo lindo. Hablad del caso en la baja Normandía, y os contestarán entre carcajadas;

—¡Ah! ¡Sí!... ¡La fiesta de Coqueville!

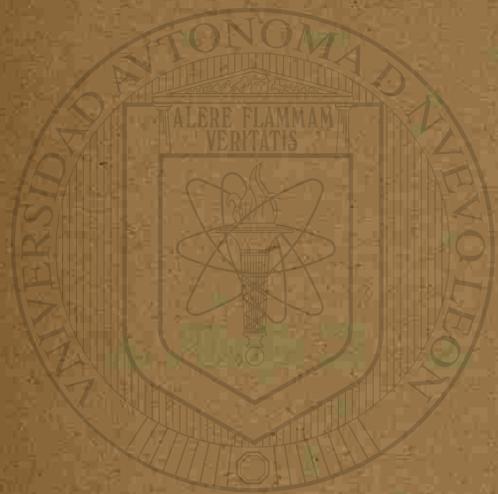
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 2526 MONTERREY, MEXICO

EN LOS CAMPOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECA GENERAL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
AÑO 1926 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

EN LOS CAMPOS

LOS ALREDEDORES

I

Los parisienses demuestran hoy un gusto inmoderado por el campo. A medida que París se ha ensanchado, han retrocedido los árboles, y los habitantes, ávidos de verdura, viven soñando continuamente con poseer en cualquier parte un pedazo de campo suyo.

Los más pobres encuentran medio de instalar un jardín en sus ventanas, mediante algunos tiestos que sujeta una tabla y contienen guisantes de olor ó claveles de España. Así se tiene la primavera en casa y con poco gasto. También se disfruta gran alegría cuando se posee un piso cuyas ventanas dan á algunos de los raros jardines que ha respetado el demoledor pino; pero la mayoría desconfía de hallar semejante ganga. El domingo, la población que se ahoga, se ve obligada á andar muchos

kilómetros á pie, para ver el campo desde lo alto de las fortificaciones.

II

Este paseo á las fortificaciones es el paseo clásico de los obreros y de los burgueses modestos. A mí me conmueve, pues los parisienses no podrían dar una prueba más grande de su delicada pasión por la yerba y los vastos horizontes.

Después de recorrer las calles llenas de gente, llegan fatigados y sudorosos entre las nubes de polvo que levantan con los pies, y se sientan en familia sobre el ardiente césped del talud, en pleno sol ó á veces á la débil sombra de un arbol desmenuado y lleno de orugas. Detrás de ellos, murmura París, esfumado por el sol de julio; el ferrocarril de circunvalación silba furiosamente, mientras que, más lejos, las industrias malsanas envenenan el aire. Ante ellos se extiende la zona militar, desnuda, desierta, ostentando sus blancos guijarros y apenas animada, más que á largos trechos, por algunas tabernas de tablas. Las fábricas elevan sus altas chimeneas de ladrillo que cortan el paisaje y lo manchan con sus largos penachos de negro humo.

Pero ¿qué importa! Más allá de las chimeneas, más allá de los terrenos devastados, las buenas gentes distinguen las colinas lejanas, prados que forman manchas verdes, grandes como sábanas, árboles enanos que se parecen á los árboles de papel rizado de las cajas de juguetes; y esto les bas-

ta, quedan encantados contemplando la naturaleza á dos ó tres leguas de distancia. Los hombres se quitan las chaquetas, las mujeres se echan sobre sus pañuelos, extendidos por el suelo, y allí permanecen hasta la noche, llenándose los pulmones con el aire que ha pasado por los bosques. Luego, cuando vuelven al horno de las calles, dicen seriamente:

—Venimos del campo.

No conozco nada tan feo ni tan siniestro como la primera zona que rodea á París. Toda gran ciudad se forma un cinturón de ruinas. A medida que los empedrados avanzan, el campo retrocede, y entre el final de las calles y el principio de la yerba hay una región asolada, una naturaleza destruida, cuyas llagas no han ocultado aun los nuevos barrios. Allí se ven montones de escombros, estercoleros donde se vacían toda suerte de inmundicias, cercados á medio arrancar, restos de pantano, huertas, donde crecen las legumbres en aguas de sumideros, construcciones ruinosas hechas de tierra y tablas que caerían de un puntapié. París parece arrojar continuamente la espuma á sus orillas.

Allí se encuentra toda la inmundicia y todo el crimen de la gran ciudad. La basura va allí á pudrirse al sol; la miseria lleva allí su porquería. Solo algunos hermosos árboles quedan en pie como dioses tranquilos y fuertes, olvidados en aquel esbozo monstruoso de ciudad que comienza.

Ciertos sitios, sobre todo, inspiran inquietud; y entre ellos citaré la llanura de Montrouge, y la de Arcenil, en Vanves. Allí se abren antiguas cante-

ras que han transtornado el suelo; y por encima de la desnuda llanura se elevan sobre el horizonte trémulo, calles inmensas con perfiles de horcas y de guillotinas. El suelo es gredoso, el polvo se ha comido la yerba; márchase por calles en ruina, llenas de profundos baches, en medio de precipicios que las aguas de lluvia transforman en pantanos. No conozco un horizonte más desolado, de una melancolía más desesperada, á la hora de la puesta del sol que prolonga las débiles sombras de las cábricas.

A la otra parte de la población, al norte, hay también rincones de conmovedora tristeza. Los arrabales populosos, Montmartre, la Chapelle, la Villette, mueren allí, en un cuadro de espantosa miseria. Aquello no es la llanura desnuda, la fealdad de un terreno asolado: es la basura humana, el hervidero de una población de hambrientos. Edificios derruidos forman trozos de callejuelas; de las ventanas cuelga ropa sucia y los chiquillos andrajosos se revuelcan por el barro: ¡espantoso umbral de París donde se reúnen todos los porros, y ante el cual un extranjero se detendría temblando!

Recuerdo que siendo joven, llegué á París, en la diligencia, y experimenté allí una de las más crueles decepciones de mi vida. Esperaba encontrar una serie de palacios y, durante más de una legua el pesado carruaje rodó entre construcciones arruinadas, tabernas y casas de aspecto sospechoso; luego se entraba en calles sucias... París se mostraba más ahogado y más sombrío que la pequeña ciudad que yo acababa de abandonar.

III

Si el foso de las fortificaciones forma las delicias de la gente pobre, los empleados de poco sueldo y aun los obreros acomodados, llevan más lejos sus paseos. Estos van hasta los primeros bosques de los alrededores, y aun llegan al verdadero campo, gracias á los innumerables medios de locomoción de que hoy se dispone. Estamos lejos del tiempo de los carabanes de Versalles. Además de los ferrocarriles, hay los vapores del Sena, los ómnibus, los tranvías, los coches de alquiler. El domingo hay un verdadero tumulto. Se ha calculado que en ciertos domingos en que hace buen sol, una cuarta parte de la población, quinientas mil personas, toman por asalto los carruajes y los vagones y se esparcen por el campo. Las familias se llevan la comida y la toman sobre la yerba; encuéntanse alegres bandadas, parejas enamoradas que se ocultan, paseantes aislados, que divagan haciendo molinetes con su bastón. Detrás de cada matorral hay un corro de gente. Por la noche, las tabernas echan chispas, y las carcajadas llenan el espacio.

Está por escribir aun un estudio sobre la afición al campo, por parte de los parisienses. Este gusto no ha sido siempre el mismo. No solo faltaban antes los medios de transporte, lo cual como es natural restringía el número de los paseantes, sino que no se había desarrollado aun el gusto por las excursiones largas. Hace cien años apenas eran

conocidos algunos puntos de los alrededores. Muchos sitios encantadores, adorables aldeas perdidas entre el follaje, dormían con el sueño de la virginitad.

En los siglos xvii y xviii, era muy poco pronunciada la afición al campo. Se le toleraba bien arreglado, pomposo, como estudiado adorno colocado en torno de los castillos de los príncipes. La pequeña propiedad no existía; solo algunos burgueses enriquecidos se atrevían á hacerse construir casas de campo, y en vano se hubieran buscado los campos fraccionados de nuestra época, los pedazos de tierra distribuidos entre mil manos, los centenares de casitas con su jardín rodeado de paredes. Ha sido necesaria la Revolución para crear en torno de París ese número incalculable de quintas burguesas, edificadas sobre los trozos de los grandes parques antiguos.

Nuestros padres no gustaban, pues, del campo ó no lo amaban á nuestro modo. La literatura, que es el eco de las costumbres, permanece muda en el siglo xvii sobre esta ternura por la naturaleza que nos dominó á fines del siglo xvi, y que desde entonces no ha hecho más que aumentar. Si en los libros de la época buscamos datos sobre los alrededores, y sobre los placeres que los parisienses pudieran ir allí á disfrutar, apenas encontramos nada. Hemos de contentarnos con los famosos versos de la señora Deshonnières, en los que habla de las «floridas márgenes que baña el Sena» ¡y estas «floridas márgenes» son todo lo que aquel siglo dice de esas encantadoras orillas del río, cuyos

menores pueblos son célebres hoy. El mismo La-fontaine, el poeta que, en su tiempo, sintió mejor la naturaleza, no tiene siquiera un verso para los alrededores de París; hay en sus obras algún lejano perfume de estos, pero no se debe buscar en ellas la menor nota exacta y precisa.

La explicación es sencilla. No se hablaba aun de la naturaleza en los libros, porque esta no había sido aun humanizada y permanecía olvidada como inferior ó indiferente. Esto no quería decir que se la detestase; gozábale ciertamente de ella; se paseaba, pero sin dar á los árboles la importancia suficiente para hablar de ellos. Fué preciso que apareciera Rousseau para que se declarase una ternura universal y se abrazase á los robles como hermanos. Hoy todavía nuestra pasión por los campos nos viene del gran movimiento naturalista del siglo xviii. Buscamos el campo con su rudeza y, al ir á él, huimos de la ciudad en vez de llevar la ciudad con nosotros.

Rousseau fué, pues, el iniciador. Tras él, el romanticismo prestó un alma á la naturaleza; más adelante, con Chateaubriand, Lamartine y Victor Hugo entróse en un panteísmo poético, en el que sollozaba la fraternidad de los seres y de las cosas. El arte antiguo divinizó la naturaleza; el arte moderno la ha humanizado, y nuestro arte clásico la pasaba simplemente en silencio. Sin embargo, si no me equivoco, Lamartine no ha escrito siquiera un verso sobre los alrededores de París, y Victor Hugo ha hablado de ellos con su extravío de profeta. Preciso es confesar que los alrededores parisien-

ses, tan íntimos y tan sonrientes, no están hechos para la poesía lírica.

IV

Hay un narrador mucho más modesto y ya casi olvidado, cuyos libros popularizaron mucho los susodichos alrededores: quiero hablar de Paul de Kock; él fué seguramente quien más trabajó para empujar al pueblo ínfimo fuera de las fortificaciones. En su tiempo es indudable que el impulso estaba ya dado; pero él puso en moda las partidas de campo que refería, y dió voga á ciertos sitios llenos de verdura y de sol. Cierito que el valor literario de sus novelas no es muy grande; pero ¡cuánta sinceridad respiran y cómo se siente que pinta escenas verdaderas bajo la exageración cómica! No es el poeta lírico que se arrodilla ante los grandes bosques: es el burgués parisiense que trata familiarmente al campo y le pide ante todo libertad y aire libre; en él se encuentra la nota exacta de los alrededores de París bajo Luis Felipe.

Nada es tan curioso como buscar en los libros de Paul de Kock lo que eran los bosques de Bolonia y Vincennes hace cincuenta años. Allí se encuentran excursiones en asnos, comidas sobre la yerba; los paseantes se pierden en ellos con facilidad y se habla de organizar batidas para buscarlos. Hoy seguramente han variado mucho las cosas. Los asnos han dejado el puesto á los carruajes del París elegante; todavía se puede comer sobre la yer-

ba, pero los guardas le miran á uno de reojo. En cuanto á perderse, sería preciso empeñarse mucho en ello; se han limpiado los matorrales, se han recortado los arbustos, se han abierto avenidas y se han transformado las claras en plazoletas cubiertas de césped. El famoso pantano de Anteuil, del que habla Paul de Kock como de un sitio apartado y salvaje, parece hoy el aristocrático émulo del jardín de las Tullerías.

Pero el sitio predilecto del novelista, el punto de los alrededores á donde lleva siempre á sus héroes, es Romainville. Allí se está hoy á las puertas de París, puede hacerse el paseo á pie, siguiendo la calle Mayor de Belleville; sin embargo, antes ir á Romainville era más costoso que ir ahora á Mantes ó á Fontainebleau. ¡Y cuántos cambios se han realizado también por este lado! Paul de Kock habla con emoción de un verdadero bosque de lilas: el bosque ha sido arrasado para dejar paso á París que sigue avanzando; hoy no se ve sino una vasta llanura desnuda de vegetación, donde se han levantado, á lo largo de los caminos, horribles construcciones: es el arrabal, con su trabajo y su miseria.

A propósito de esto, es de notar que la moda respecto á los sitios de regocijos campestres varía de cincuenta en cincuenta años, poco más ó menos. ¡Cuántas canciones se han dedicado á Romainville, hoy mudo y desierto! Robinson, un grupo de figones, reemplazó á Romainville en los comienzos del Segundo Imperio; hoy Robinson ha palidecido también y la moda ha variado. Tam-

bién pueden citarse Asnieres y Bongival, de los que jamás se habla en las obras de Paul de Kock y que están llenos en nuestros días.

Detrás de Paul de Kock, vino toda una bandada de pintores, y estos son en realidad los que han descubierto los alrededores de París. Este descubrimiento va unido á la historia de nuestra escuela naturalista del paisaje. Cuando François, Corot y Daubigny abandonaron la fórmula clásica del paisaje para pintar del natural, partieron bravamente con el saco á la espalda y el bastón en la mano, en busca de nuevos horizontes; y no tuvieron que ir muy lejos, pues dieron en seguida con paisajes deliciosos.

François y algunos de sus amigos descubrieron á Meudon; nadie había sospechado aun el encanto de las orillas del Sena. Más tarde, Daubigny exploró el río entero, desde Meudon hasta Mantes, teniendo numerosos hallazgos por el camino: ¡Chatou, Bongival, Maisons-Laffitte, Conflans, Andresy! Los parisienses ignoraban hasta los nombres de estos pueblos; quince años después había en ellos tal concurrencia que los pintores tuvieron que huir. Así fué como Daubigny, arrojado del Sena, remontó el Oise y se estableció en Anvers, entre Pontoise y la isla Adam, Corot se contentó con Ville-d'Avray, donde había estanques y grandes árboles.

De este modo, los alrededores parisienses fueron revelándose á cada Exposición de pinturas. Había allí, no solo una evolución artística, sino también una protesta contra las gentes que iban á buscar

lejos hermosos horizontes, cuando los tenían encantadores, al alcance de la mano. ¡Y qué admiración la del público! ¡Cómo! ¡A las puertas de París había tan preciosos paisajes! Nadie los había visto hasta entonces; todos se lanzaron á aquel nuevo mundo y, á cada paso, experimentaron agradables sorpresas. Los alrededores quedaron conquistados.

V

El grito de París es un continuo grito de libertad. La ciudad cruge en su cinturón demasiado estrecho; mira sin cesar al horizonte y, ahogándose, pide sin cesar sol y viento. Su sueño parece ser cambiar la llanura en un jardín de recreo, para pasearse por él, por la tarde, después de concluir sus tareas. Es este un empuje universal que va creciendo de año en año y que acabará por hacer de los alrededores una simple prolongación de los bulevares, plantados de desmedrados árboles.

EL BOSQUE

I

Recuerdo las grandes excursiones que hacíamos Pablo y yo, hace veinte años, al bosque de Verrières. Pablo era pintor; yo, empleado en una librería, muy pobre y completamente desconocido. En esta época hacía malos versos, que duermen, en el fon-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1905 MONTERREY, MEXICO

do de un cajón el sueño de la nada. Desde el lunes soñaba con el domingo, con la pasión de un mozo de veinte años criado al aire libre y á quien deses- peraba la sujeción de su vida de empleado. En otros tiempos, y en los alrededores de Aix, habíamos andados por esos caminos, recorriendo leguas enteras y durmiendo al raso. En París no podíamos renovar tan largas marchas, pues era preciso pensar en la inexorable hora de entrada en el despacho, que llegaba demasiado pronto. Partíamos, pues, en el primer tren del domingo, para estar temprano fuera de las fortificaciones.

II

Era asunto serio. Pablo llevaba consigo todos los menesteres del pintor; yo solamente un libro en el bolsillo. El tren costeaba el Bievre, ese río apestoso que arrastra las rojas aguas de las tenerías vecinas. Atravesábase la desolada llanura de Montrouge, donde se elevan sobre el horizonte los desnudos esqueletos de las grandes cábricas; luego aparecía Bicetre en la ladera de una colina, detrás de los olmos. Nosotros, asomados á la ventanilla, aspirábamos largamente los primeros olores á yerba. La entrada en el paraíso con que soñábamos durante toda la semana, era para nosotros el olvido de París, el olvido de todo.

Bajábamos en la estación de Fontenay-aux-Roses, donde se halla una magnífica avenida de árboles; luego marchábamos juntos á través de los campos, pues habíamos descubierto un sendero, á

la orilla de un arroyo. Aquello era delicioso: á derecha é izquierda había campos de flores, en los que abundaban especialmente los heliotropos y las rosas. El país está poblado por jardineros que cultivan las flores como los campesinos el trigo. Se camina aspirando un perfume penetrante y viendo á las mujeres que cortan rosas, giroflées, claveles que luego se llevan á París en carros.

Hacia las ocho llegábamos á casa de la tía Sens: creo que la buena mujer ha muerto ya. La tía Sens tenía una taberna entre Fontenay-aux-Roses y Robinson, y sobre su establecimiento circulaba toda una leyenda. Hacia 1845 lo había puesto en moda una banda de pintores realistas. Courbet reinó allí un momento y hasta se sostenía que era debida en parte á su pincel la gran muestra de la puerta, conjunto de carnes, aves y legumbres. Sea como fuere, era aquella una taberna agradable, con bosquecillos de una frescura deliciosa, donde se bebía un vinillo seco en jarros de barro y se comían unos famosos guisados de conejo. Allí hacíamos, á la sombra, nuestra primera comida, en un trozo de mesa ennegrecido por la lluvia y sin mantel. A aquella hora matinal estábamos solos, entre los criados atareados que desollaban los conejos desplumaban los pollos para la tarde. ¡Ah! ¡Cuán bien nos sabían los huevos frescos en aquellas mañanas de los hermosos domingos primaverales!

Cuando reanudábamos la marcha, comenzaba á hacer calor, y nos dábamos prisa, dejando á Robinson á nuestra derecha, pues nos era preciso atravesar inmensos campos de fresas antes de

llegar á Aunay. Después de las rosas, las fresas; tal es, en unión de las violetas, el cultivo del país; allí se venden las fresas al peso, en viejas balanzas de un color verde gris. El domingo por la tarde, véanse familias que van con fuentes y que se instalan junto á un campo para darse una indigestión de fresas. Hacia ls nueve llegábamos á Aunay, un cortijo, unas cuantas casas agrupadas á lo largo de un camino. Allí se abre el Valle de los Lobos que ilustró Chateaubriand con su permanencia en él. El camino tuerce y se entra en un verdadero desierto; este camino debió romper una cantera de arena; á derecha é izquierda se elevan pendientes y al andar se hunden los pies en un fino polvo amarillo; pero pronto se ensancha la garganta, alzáanse rocas en medio del bosque bravo que desciende por escalones. Precisamente en este sitio, en el fondo del estrecho valle, encuéntrase la antigua propiedad de Chateaubriand; la casa tiene un extraño y romántico aspecto, pareciendo como si se hubiesen aplicado, á una morada plebeya, ventanas ojivales y torrecillas góticas. Después el camino continua subiendo y se hace cada vez más salvaje; ábreanse hendiduras profundas, y entre las rocas crecen pinos de retorcidos troncos; en los ardientes días de julio podría uno creerse allí en algún extraviado rincón de Provenza. Por fin se desemboca en la meseta y bruscamente se abre un vasto horizonte, mientras que, al ras del cielo azul, se extiende por delante la oscura línea del bosque de Verrieres.

Entonces, se sigue el borde de la meseta para di-

rigirse al bosque, se ve debajo todo el valle del Bievre, luego una interminable sucesión de colinas que se amontonan, cada vez más violáceas y confusas, hasta que se pierden en el horizonte. La mirada distingue pueblecillos, hileras de olmos, puntos blancos que son fachadas de casas, campos cultivados, muy divididos, lo cual forma á modo de un traje de arlequín con todos los matices del verde y del amarillo. En ninguna parte he experimentado una impresión tan amplia de la extensión.

III

Al principio, aunque el bosque de Verrieres no es muy grande, nos perdíamos con facilidad. Recuerdo que un día, habiéndonos antojado cortar por entre los matorrales para llegar más pronto, nos encontramos anegados en tal oleada de follajes que durante dos horas dimos vueltas y más vueltas sin poder salir de ellos. Pablo quiso subir á un roble como el *Pulgarcillo*, á fin de reconocer el camino; pero se despellejó las piernas y no vió más que las copas de los árboles, agitadas por el viento y que se perdían á lo lejos.

No conozco bosque más encantador. Las largas avenidas están cubiertas de una fina yerba que da bajo los pies la impresión del terciopelo, y terminan en vastas plazoletas, por encima de las cuales los árboles de elevados troncos, semejantes á columnas, sostienen bóvedas de hojas. Camínase allí con recogimiento, como por la nave de una iglesia;

pero yo prefería los pequeños senderos, las verdaderas estrechas que se internaban en los matorrales y á cuyo término se distinguía la luz lejana, una mancha redonda de claridad. Otras sendas formaban recodos, serpenteaban en una claridad verdosa, hasta lo infinito; y había también escondrijos adorables, claras con grandes y elevados abedules, y con grandes y majestuosos robles, cuyas hileras formaban un cortejo real á lo largo de los macizos de césped; había en fin, taludes donde florecían sábanas de fresales y de pequeñas violetas pálidas, hondonadas imprevistas donde la yerba llegaba hasta la barba, cuevas plantadas de árboles en desorden que parecían descender á la llanura como la vanguardia de un ejército de gigantes.

Uno de estos retiros nos había seducido especialmente. Cierta mañana, al batir el bosque, dimos en un pantano, lejos de todo camino; era un pantano lleno de juncos, de turbias aguas y al que llamamos el *pantano verde*, ignorando su verdadero nombre; después he sabido que se le llama el *pantano de Chalot*. Raras veces se ha visto un sitio más retirado. Por encima del pantano los árboles extienden haces, ramos de sábanas de verdura: veíase allí dos clases de verde pálido de una ligereza de encaje y verdes casi negros, fuertemente amasados; un sauce dejaba caer sus ramas; un pobo parecía formar en el centro una lluvia de ceniza gris; y toda esta hojarasca, ya en elevados haces, ya en círculos, ya en guirnaldas, se reflejaban en el acerado espejo del pantano, abriendo allí

otro cielo, donde estas imágenes puras se repetían exactamente. Ni el vuelo de una mosca rizaba la superficie del agua. Una calma profunda, una paz soberana dominaba en aquel claro agujero. Recor dábase el baño de la antigua Diana, que mojaba sus pies de nieve en las ignoradas fuentes de los bosques. Un encanto mistesioso descendía de los grandes árboles, mientras que de aquellas muertas aguas subían una voluptuosidad discreta, los silenciosos amores de los bosques.

El pantano verde acabó por ser el término de todos nuestros paseos; sentíamos por él un capricho de poeta y de pintor; le profesábamos verdadero cariño y pasábamos nuestros domingos en la fina yerba que le rodeaba. Pablo había empezado allí un estudio; el agua figuraba en primer término, con grandes yerbas flotantes, y los árboles se internaban como los bastidores de un teatro, cerrando el fondo con los pliegues de las cortinas formadas por sus ramas. Yo me tendía boca arriba con un libro al lado; pero apenas leía: miraba al cielo á través de las hojas, por agujeros azules que desaparecían en un remolino cuando soplaban el viento. Delgados rayos del sol atravesaban el follaje como hebras de oro y lanzaban sobre el césped chispas luminosas, formando redondas manchas de luz que caminaban lentamente. Allí permanecía horas enteras sin aburrirme, cambiando alguna rara frase con mi compañero, cerrando á veces los ojos y soñando entonces, en la confusa y sonrosada claridad que me bañaba.

Allí acampábamos, allí almorzábamos, allí co-

míamos, y solo el crepúsculo vespertino nos arrojaba de aquel sitio, pues esperábamos á que el sol oblicuo iluminase el bosque con resplandores de incendio. Ardía la llama en las copas de los árboles, y el pantano que la reflejaba, adquiría tonos sangrientos en la sombra, cuya espesa joleada invadía ya la tierra. Cuando esta sombra dominaba ya completamente, todavía el espejo de acero conservaba un resplandor; hubiérase dicho que tenía luz propia, que resplandecía en medio de las tinieblas como un diamante; y nosotros permanecíamos aun todavía un momento ante aquel brillo misterioso, ante aquella blancura de diosa bañándose á la luz de la luna. Pero era preciso volver á la estación y atravesábamos el bosque que se dormía. Una especie de vapor daba matices azules á los matorrales; los negros troncos de los árboles elevaban sus columnatas en el fondo purpúreo del cielo; bajo las avenidas era ya de noche, una noche que subía lentamente de los matorrales y se comía poco á poco los grandes robles.

Quando salíamos del bosque parecía como que despertábamos. En la meseta había luz aun, y nos volvíamos por última vez, como vagamente inquietos por la masa de tinieblas que dejábamos atrás. Á nuestros pies, se extendía la vasta llanura, de un tono azulado que en las hondonadas llegaba al lila. Un último rayo de sol hería una lejana colina, asemejándola á un campo de trigo maduro. Un

trozo plateado del Bievre relucía como un galón entre los olmos. Entretanto, dejábamos, á la derecha, el valle de los Lobos, seguimos el borde de la meseta hasta el camino de Robinson, y apenas comenzábamos el descenso, oíamos la música de los caballitos del *Tío vivo* y las carcajadas de la gente que comía bajo los árboles.

Conservo especial recuerdo de ciertas noches. Atravesábamos Robinson por la curiosidad que nos inspiraba aquella ruidosa alegría. Ardían luces en los castaños y partía de lo alto el ruido de los tenedores; levantábamos entonces la cabeza, buscando el nido colosal donde se trincaba con tanto brío. La seca explosión de las carabinas cortaba á veces los interminables vales de los organillos. En los bosquecillos y junto al camino, comíase también alegremente... A veces nos deteníamos y esperábamos allí el último tren.

¡Y qué delicioso regreso, en la clara noche! Apenas nos alejábamos de Robinson, cesaba todo aquel estrépito. Las parejas que se dirigían al ferrocarril, marchaban con lentitud; bajo los árboles no se veía más que faldas blancas, muselinas ligeras que flotaban como vapores exhalados de la yerba. El aire tenía un suave perfume. Pasaban risas como estremecimientos, y en aquella calma los ruidos llegaban muy lejos: oíanse, por otros caminos, de la parte alta, lánguidas voces de algunas mujeres que entonaban alguna canción, un estribillo cuya necesidad adquiría gran encanto, mecida por el aire de la noche. Grandes bandadas de abejorres zumbaban en los árboles. Cuando hacía calor, es-

tos pesados animales iban á roncar hasta la noche á los oídos de los paseantes; las jóvenes lanzaban pequeños gritos, y fugitivas faldas pasaban rápidamente produciendo un ruido semejante al de una bandera agitada por el viento, mientras que, allá abajo en la taberna de la tía Sens, un tocador de corno entonaba una sonata que llegaba melancólica y rápida como si saliera del fondo de un bosque legendario. Luego la noche se hacía más oscura, las risas se extinguían y no se distinguía más, en las tinieblas, que el brillante quinqué de la estación de Fontenay-aux-Roses.

En la estación se agolpaba la gente. Era un local pequeño con una sala de espera muy estrecha. Los días en que estallaba una tormenta, los paseantes, estrujados, se ahogaban allí dentro. Cuando las noches eran hermosas, se esperaba en la parte de afuera. Todas las mujeres llevaban brazadas de flores, y las risas, aguijoneadas por la impaciencia, volvían á empezar. Después, cuando estaban todos amontonados en los vagones, los viajeros entonaban muchas veces, de un extremo á otro del tren, el mismo estribillo imbécil, improvisando un formidable concierto que dominaba el ruido de las ruedas y los rugidos de la locomotora. Las flores sobresalían de las ventanillas, las mujeres agitaban sus desnudos brazos, se lanzaban al cuello de sus amantes. Era la juventud, ébria de primavera, que volvía á París.

V

¡Oh! ¡Mis hermosos domingos de los alrededores, cuando yo tenía veinte años! Ellos constituyen uno de mis más queridos recuerdos. Después he gustado otros placeres, pero ninguno como el de ser joven y pasar un día en la libertad de los grandes bosques.

EL RIO

I

Llega el invierno. Amo sus primeras tristezas, dulces como melancolias, el fuerte olor de las hojas caídas y el estremecimiento matinal del río. A veces cojo mi barca, voy á amarrar en el fondo del brazo pequeño, entre las dos islas; y allí, en esta serena muerte del verano, estoy al fin solo, retirado del mundo, semejante á un ermitaño de los antiguos tiempos.

¡Ah! ¡Cuán lejos está todo y cuán pequeño parece! ¿Por qué, pues, me apasioné tanto ayer? ¿Qué necio empeño tuve en sostener la verdad? Ahora me siento perdido como un átomo en el seno de la vasta naturaleza, no sé ya lo que es verdad en nuestra agitación de hormiguero, en esas batallas de la literatura y de la política que nosotros creemos decisivas y que no doblan siquiera un junco de las márgenes. Lo que sé es que nos vemos arrastrados como briznas de paja en medio de la eterna

tos pesados animales iban á roncar hasta la noche á los oídos de los paseantes; las jóvenes lanzaban pequeños gritos, y fugitivas faldas pasaban rápidamente produciendo un ruido semejante al de una bandera agitada por el viento, mientras que, allá abajo en la taberna de la tía Sens, un tocador de corno entonaba una sonata que llegaba melancólica y rápida como si saliera del fondo de un bosque legendario. Luego la noche se hacía más oscura, las risas se extinguían y no se distinguía más, en las tinieblas, que el brillante quinqué de la estación de Fontenay-aux-Roses.

En la estación se agolpaba la gente. Era un local pequeño con una sala de espera muy estrecha. Los días en que estallaba una tormenta, los paseantes, estrujados, se ahogaban allí dentro. Cuando las noches eran hermosas, se esperaba en la parte de afuera. Todas las mujeres llevaban brazadas de flores, y las risas, aguijoneadas por la impaciencia, volvían á empezar. Después, cuando estaban todos amontonados en los vagones, los viajeros entonaban muchas veces, de un extremo á otro del tren, el mismo estribillo imbécil, improvisando un formidable concierto que dominaba el ruido de las ruedas y los rugidos de la locomotora. Las flores sobresalían de las ventanillas, las mujeres agitaban sus desnudos brazos, se lanzaban al cuello de sus amantes. Era la juventud, ébria de primavera, que volvía á París.

V

¡Oh! ¡Mis hermosos domingos de los alrededores, cuando yo tenía veinte años! Ellos constituyen uno de mis más queridos recuerdos. Después he gustado otros placeres, pero ninguno como el de ser joven y pasar un día en la libertad de los grandes bosques.

EL RIO

I

Llega el invierno. Amo sus primeras tristezas, dulces como melancolias, el fuerte olor de las hojas caídas y el estremecimiento matinal del río. A veces cojo mi barca, voy á amarrar en el fondo del brazo pequeño, entre las dos islas; y allí, en esta serena muerte del verano, estoy al fin solo, retirado del mundo, semejante á un ermitaño de los antiguos tiempos.

¡Ah! ¡Cuán lejos está todo y cuán pequeño parece! ¿Por qué, pues, me apasioné tanto ayer? ¿Qué necio empeño tuve en sostener la verdad? Ahora me siento perdido como un átomo en el seno de la vasta naturaleza, no sé ya lo que es verdad en nuestra agitación de hormiguero, en esas batallas de la literatura y de la política que nosotros creemos decisivas y que no doblan siquiera un junco de las márgenes. Lo que sé es que nos vemos arrastrados como briznas de paja en medio de la eterna

labor del mundo, y que esto de percibir á solas ese trabajo de la tierra, en una mañana de otoño, vuelve modesto y prudente.

Pasan las aguas con amplitud; algunas finas nubes, de una blancura de pluma, vuelan en el cielo pálido, mientras que un silencio estremecedor desciende de los árboles; y no siento más que un deseo, el de aniquilarme allí, el de abandonarme á aquellas aguas, á aquellas nubes, el de perderme en el fondo de aquel silencio. ¡Es tan grato poner término á las querellas de la duda y reponerse en la serenidad del campo que realiza su tarea sin descanso y sin discusión alguna! Mañana volvemos á nuestras vanas disputas; hoy, seamos fuertes é inconscientes, como esos caballos á los que se deja libres, en las islas, con la yerba hasta el vientre.

Toda mi juventud despierta. Recuerdo el tiempo en que partíamos en bandada para descubrir el Sena, á algunas leguas de París: ¡la época feliz en que se esperaba conquistarlo todo y no se tenía nada que guardar!

II

Era una aldea, muy separada de la vía férrea, lo cual explica su aislamiento. Las casas estaban irregularmente distribuidas en una margen elevada, lo cual no impedía que, á veces, en las grandes crecidas, entrase el río en ellas, y sus habitantes se vieran obligados á visitarse en barca. En el verano se bajaba al Sena por un talud cubier

to de césped, cruzado por varios senderos. Allí habíamos encontrado un posadero bonachón que ponía á nuestra disposición su posada. Los clientes eran escasos; sólo los domingos iban algunos campesinos; así es que el hombre estaba encantado de aquella bandada de parisienses que caía para semanas en su establecimiento.

Durante tres años finimos los reyes de la comarca. La posada era pequeña y cuando íbamos una docena era preciso buscar habitaciones en la aldea. Yo elegí una en casa del albeitar. Tengo siempre ante los ojos la extensa pieza, con su colosal armario de roble, sus paredes blanqueadas con cal, en las que estaban pegadas algunas estampas, y su chimenea de yeso, sobre la cual se ostentaba todo un lujo de aldeano, floreros de papel bajo campana, cajas doradas ganadas en las ferias y conchas traídas del Havre. Para subir á la cama se necesitaba una escalera. La habitación olía á lienzo lavado, pues el armario estaba lleno con la ropa de la última colada.

El cuarto que me cedía el albeitar era el de su hija mayor, y todavía colgaban de los clavos varias faldas de indiana y corpiños de tela. Mis compañeros me daban broma diciéndome que dormía con faldas. La verdad es que todo aquel guardaropa de aldeana me turbaba un poco. A veces tenía la curiosidad de visitar el armario y examinar los efectos colgados. ¡Qué moza debía ser aquella! Los cinturones de sus trajes no me venían estrechos, y dos parisienses hubieran bailado en uno de sus corpiños. Una noche descubrí un corsé

detrás de una pila de servilletas y me quedé estupefacto: era una verdadera armadura, una coraza atestada de ballenas y bastante grande para contener el torso de la Venus de Milo. Esto no impidió que, al segundo año de nuestras excursiones, la bella Ernestina se casara con un carnicero de Poissy.

A las cuatro de la mañana, las golondrinas que habían hecho su nido en lo alto de la chimenea, me despertaban con su aguda charla; sin embargo me volvía á dormir; pero hacia las seis se oía un estrépido ensordecedor. Era que abajo se ponía á trabajar el herrador. Mi habitación estaba encima de la fragua. El fuelle soplaba con la violencia de una tempestad, los martillos caían cadenciosamente sobre el yunque y toda la casa saltaba á aquella música. Las primeras mañanas, mi cama me pareció tan rudamente sacudida que hube de levantarme; luego me acostumbé y, cuando estaba muy cansado, los martillazos acababan por adormecerme.

III

No íbamos sino por el Sena y pasábamos allí días enteros. En tres años hicimos un paseo á pie, y en cambio no había isla, pequeño brazo, ni bahía que no conociésemos. Los árboles de la margen se habían hecho amigos nuestros; hubiéramos dicho el número de las rocas y una legua arriba y otra abajo estábamos como en nuestra casa. Hoy, cuando cierro los ojos, veo aun aquel pedazo del Sena

con sus cortinas de olmos, sus floridas orillas, de grandes flores azules y de color violeta y sus islas desiertas, con gigantescas yerbas.

Nuestro posadero tenía una barca, algo pesada, construída en el Havre, según creo, y que podía contener cinco ó seis personas. ¡Sólida debía ser para resistir las terribles aventuras por que pasaba! La impulsábamos contra las orillas sin miramiento alguno, la hacíamos pasar por encima de los árboles caídos, la metíamos en la arena tan profundamente que teníamos que echarnos al agua, con las piernas desnudas, para sacarla de allí; y ella se contentaba con crugir, lo cual nos causaba risa. A veces cediendo á un mal pensamiento, queriendo probarla, según decíamos, la arrojábamos contra gruesas piedras con un violento golpe de manos. La rudeza del choque nos hacía caer de espaldas; ella, lastimada, lanzaba una sorda queja y quedábamos encantados.

Ignoro si el posadero sospechaba los experimentos á que sujetábamos la solidez de su barca, pero recuerdo haberle visto pensativo y conmovido delante de ella, en las ocasiones en que creía no ser observado. Bajábase, la examinaba, la tocaba con aire de paternal inquietud, pero era un hombre de carácter dulce y jamás se atrevió á quejarse.

IV

Luego nos calmábamos y disfrutábamos el profundo encanto del río.

Las dos orillas se separan; la sábana de agua se ensancha formando un vasto estanque, y en él tres islas se presentan de frente á la corriente. La primera, á la izquierda, muy prolongada, desciende á cerca de media legua; la segunda ocupa una extensión de trescientos metros á lo sumo, y en cuanto á la tercera no es más que un trozo de césped cubierto de grandes árboles. Detrás se extienden á la desbandada otras masas de verdura, otras pequeñas islas, limitadas por estrechos brazos de río. Sobre la izquierda de éste dilátanse llanuras culti vadas; á la derecha se eleva una colina con un frondoso bosque en su cima.

Remontábase la corriente costeano las orillas para evitar la fatiga; luego, cuando estábamos en lo alto del estanque, íbamos al centro y dejábase que nuestra barca fuese á la derecha y descediese por sí misma, lenta y silenciosamente, mientras nosotros hablábamos tendidos sobre los bancos y dominados por la pereza; pero cada vez que la barca llegaba, en tiempo de calma, á la vista de las islas, la conversación cesaba y nos invadía poco á poco un recogimiento invencible.

Enfrente, por encima de la blanca agua, se presentaban las tres islas en una sola línea con sus puntas redondeadas, con sus enormes proas de verdura. En la purpúrea puesta del sol parecían tres ramos de árboles de poderosos tallos, de verdes copas, dormidas en el aire. Hubiérase dicho que eran tres navíos anclados, tres Leviatanes, cuyos más-tilos se hubiesen cubierto milagrosamente de hojas. Y en la sábana de agua, en el espejo de plata

que se extendía desmesuradamente, sin una arruga, se reflejaban las islas, sepultando sus árboles y prolongando sus orillas. Aquellos dos azules, el cielo y el río, donde era tan puro el sueño de los árboles, tenían una serenidad y una majestad grandes. Sobre todo por la noche, cuando no se movía ni una hoja y la sábana de agua tomaba el azulado pulimento del acero, el espectáculo era aun más magnífico y hacía soñar con lo infinito.

Seguíamos bajando, entrábase en un brazo del río, entre las islas, y entonces se disfrutaba de un encanto más íntimo. Los árboles de ambas márgenes se inclinaban cambiando el río en una avenida de jardín. Sobre nuestras cabezas no había más que una franja de cielo, mientras que ante nosotros, á lo lejos, se abría como un escape del Sena, una corriente que huía frotando continuamente contra la tierra sus escamas de plata, y se veían márgenes llenas de arboleda y el lejano campanario de un pueblo. En las islas, después de la siega deleno, las praderas presentaban un aspecto aterciopelado que cortaban los rayos oblicuos del sol. Un martin-pescador, lanzando un grito, dejaba ver por encima del agua el reflejo rosado y verde de sus alas. En lo alto de los árboles se arrullaban las palomas torcaces. Era una paz soberana, una frescura deliciosa, la impresión grande y fuerte de un parque secular, donde en otro tiempo poderosas damas se hubiesen entregado á sus amores.

Luego nos internábase en uno de los pequeños

brazos y allí encontrábamos aun nuevos gozos. Era imposible manejar los remos, precisaba abandonarse á la corriente y servirse del vichero en los sitios difíciles. Los muros de árboles se apretaban, las copas se unían, marchábase bajo una bóveda, sin distinguir un pedazo de cielo. Saucos centenarios, medio desarraigados por la corriente, mostraban los entrecruzamientos de sus raíces semejantes á la sor de culebras; sus troncos podridos se inclinaban en actitudes trágicas de ahogados suspendidos por sus cabellos; y de aquella madera hueca, lívida, manchada por las espumas de las oleadas, salía toda una juventud de frágiles tallos y de delicadas hojas, subiendo y cayendo á manera de lluvia. Al pasar por allí, teníamos que bajar la cabeza y las ramas acariciaban nuestra frente.

Otras veces pasábamos entre plantas aromáticas; los nenúfares ostentaban sus espesas hojas redondas, nadando como espaldas de rana, y arrancábamos sus flores amarillas, tan carnosas y pesadas, abiertas en la superficie, como ojos de carpas curiosas. Había también otras flores cuyos nombres ignorábamos, y en especial una pequeña flor de color violeta, de exquisita finura.

Pero la barca seguía descendiendo entre el prolongado frote de las plantas. A cada instante debía torcer para seguir los recodos de los pequeños brazos, y esto nos proporcionaba una emoción, pues nunca había seguridad de poder pasar. Con frecuencia se presentaba un banco de arena, de suerte que constituía un gran triunfo de que de-

sembocáramos sin dificultad en un brazo grande, dejando atrás el estrecho paso, como uno de esos apenas trazados senderos de los bosques, por donde hay que pasar de uno á uno y cuyos matorrales se cierran por sí mismos.

V

¡Cuántas hermosas mañanas pasábamos así en el río! De madrugada, una bruma ligera se desprendía del agua: hubiérase dicho muselinas que volaban dejando pedazos de un fino tejido en los árboles de la orilla. Los olmos parecían todos vestidos de blanco. Luego, cuando salía el sol, el traje caía dulcemente como un vestido de desposada, en día de boda; humeaban un instante en el aire, y brillaban, mientras sus hojas se estremecían ligeramente.

Gustábamos de aquellas madrugadas de blancos vapores é íbamos al río á ver salir el sol. En torno nuestro, el agua exhalaba un aliento lechoso. Bruscamente surgía un rayo de luz, un boquete de oro daban color purpúreo á la niebla. Durante algunos minutos se fundían en el aire vago los tonos más delicados, el rosa pálido, el azul celeste, el violeta suave con un punto de laca. Luego parecía como si hubiese pasado una racha de viento: los vapores habían desaparecido, y el río, muy azul, chispeaba bajo los rayos del sol triunfante.

Por la noche, sobre todo en las noches de luna, gustábamos asimismo de ir á un pueblo vecino, río

arriba, y regresar tarde, dejándonos llevar por la corriente. La barca descendía con gran lentitud en el mayor silencio. En el cielo, de un azul apagado, subía la luna, lanzando sobre la extensa sábana su abanico de plata. Nada más se veía; las dos márgenes, con sus campos y sus colinas, eran como dos masas de sombra, entre las cuales parecía completamente blanca la corriente del río. Entretanto, de aquellos campos invisibles subían en ocasiones lejanas voces, el chillido de un mochuelo, el graznido de una rana, el amplio estremecimiento de los cultivos dormidos. Y mirábamos a la luna bailar en la estela de nuestra barca, dejando caer nuestras ardientes manos en el agua fresca.

Cuando volvía a París, conservaba yo durante largo tiempo la impresión del balanceo de la barca. Por la noche soñaba que remaba, que una negra barca me llevaba, derivando, al fondo de la sombra. Estos regresos estaban llenos de tristeza. El pavimento de las calles me exasperaba y, cuando pasaba por los puentes, lanzaba al Sena una mirada de amante celoso. Luego recomenzaba la vida normal: bien era preciso vivir. Me consagraba por completo a mi tarea; volvía a entrar en el gran combate.

VI

Y hé aquí porqué anhelo con frecuencia, a la hora presente en que soy dueño de mis acciones, morir en un extraviado rincón, junto a una margen

florida, entre dos viejos troncos de sauce. ¡Necesita tan poco sitio un hombre para disfrutar la paz eterna! Ya las vanas disputas de los hombres dejarían de apasionarme; me echaría boca arriba, extendería mis brazos en la yerba y diría a la buena naturaleza que me recogiera y me guardase.

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA
 CALFONIA DE ILES
 PUEBLO VIEJO, MEXICO



EL
B
M

LA Grande...

REC
F
C